



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**CUANDO NO ES COMO DEBERÍA SER:
SIGNIFICADOS DE LA MATERNIDAD EN LAS
EXPERIENCIAS DE MUJERES ADULTAS QUE FUERON
MADRES JÓVENES**

Andrea Carolina Bernal Vargas

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género

Bogotá, Colombia

2018



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**CUANDO NO ES COMO DEBERÍA SER:
SIGNIFICADOS DE LA MATERNIDAD EN LAS
EXPERIENCIAS DE MUJERES ADULTAS QUE FUERON
MADRES JÓVENES**

Andrea Carolina Bernal Vargas

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Estudios de Género

Directora:

Doctora en Salud Pública y Ciencias Sociales: María Cristina Quevedo Gómez

Codirección: Luz Gabriela Arango q.e.p.d.

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Maestría en Estudios de Género

Bogotá, Colombia

2018

Agradecimientos

Agradezco, especialmente, a las cuatro mujeres participantes y protagonistas de esta investigación, por brindarme su tiempo, disposición, confianza y abrirme su vida y su corazón. Sus historias fueron para mí, una motivación para perseverar, reflexionar, y ampliar la mirada del mundo.

Doy gracias a Dios, a mi familia, a mi pareja y a mi gata, quienes acompañaron y alentaron amorosamente este proceso.

Resumen

En la presente investigación me propuse conocer, analizar, y reflexionar sobre los significados de la maternidad que emergen en las historias de vida de cuatro mujeres adultas (actualmente tienen entre 38 y 48 años) que fueron madres adolescentes o jóvenes. La aproximación a estas experiencias se realizó desde un enfoque biográfico con el fin de comprender el sentido que estas mujeres le han dado su experiencia como mamás, desde una perspectiva crítica frente a las desigualdades de género, clase y edad que la configuran.

Palabras clave: maternidad, maternidad adolescente, maternidad joven, género, experiencia, significados, enfoque biográfico.

Abstract

In this research I proposed to know, analyze, and think about the meanings of motherhood that emerge in the life stories of four adult women (currently they are between 38 and 48 years old) who were teen or young mothers. The approximation to these experiences was made from a biographical approach in order to understand the sense that these women have given to their experience as mothers, from a critical perspective in front of the inequalities of gender, class and age that shape it.

Key words: Motherhood, teen motherhood, young motherhood, gender, experience, meanings, biographical approach.

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN.....	1
1. Desafiando el sentido común: propósitos de la investigación.....	1
2. Objetivos.....	8
2.1. Objetivo General.....	8
2.2. Objetivos específicos.....	8
3. Perspectiva teórica: categorías que orientan la comprensión de la maternidad	9
3.1. La maternidad como fuente y efecto del sistema sexo/género.....	9
3.2 Experiencia de la maternidad.....	13
4. Reflexión metodológica.....	16
4.1. La maternidad como experiencia desde un punto de vista feminista.....	16
4.2. Conociendo las experiencias desde un enfoque biográfico.....	22
4.3. Recolección y análisis.....	23
4.4. La participantes de esta investigación.....	24
4.5. Consideraciones éticas.....	25
5. Ruta de capítulos.....	26
CAPITULO 1. MUY JÓVENES PARA SER MADRES.....	27
1. ¿Y cuál es el problema?	28
1.1. El embarazo adolescente: un problema construido en femenino.....	35
1.2. Evaluando la experiencia de ser madre joven.....	44
1.2.1 Imposibilidad de encajar en la categoría “adolescente”	44
1.2.2. Ambivalencia en la evaluación de la experiencia de la maternidad joven.....	48
2. Como si tuviera una X en la espalda: estigmatización de la experiencia de la maternidad adolescente.....	53
3. Las “Niñas de su casa”	59

CAPITULO 2. ENCARGARSE DE TODO: Encuentros y desencuentros entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado.....	68
1. El arte del malabarismo: trabajo remunerado y el trabajo de cuidado.....	69
1.1. “Una obligación más dura”: embarazo y trabajo.....	71
1.2. Tareas en simultáneo y disponibilidad permanente.....	74
a. Luna: un buen equipo.....	75
b. Tatiana: red de cuidados.....	79
c. Luz: llevar la obligación y la contratación del cuidado.....	85
2. Cuidar de los hijos/os: invisibilidad y ausencia de reconocimiento del trabajo de cuidado.....	96
2.1. Los hijos deciden irse.....	98
2.2. La cuota: invisibilidad del trabajo de cuidado.....	113
2.3. “Un manual de que como ser mamá y no cometa estos errores”: reflexiones en torno al cuidado y el ser “buenas madres”	120
CAPITULO 3. ¿DECIDIR SER MAMÁ? En la intersección entre planear y desear.....	127
1. “Está bien. Yo no soy un error”	128
2. Culpables de no desear	135
2.1. Maternidad y pobreza.....	138
2.2. Aborto voluntario vs. Aborto espontáneo.....	141
2.3. Castigo por el no deseo.....	147
CAPITULO 4. MARCAS QUE NO SE VEN: violencia de género en la experiencias de la maternidad.....	151
1. Crecer con miedo: retratos de la violencia sexual en la adolescencia.....	153
2. Yo dije que ese día me moría: ciclos de violencia en la relación de pareja.....	160
CONCLUSIONES.....	164
BIBLIOGRAFÍA.....	170

Introducción

1. Desafiando el sentido común: sobre los propósitos de la investigación

La pregunta por la maternidad desde el punto de vista de las mujeres adultas quienes consideran haber iniciado muy jóvenes en ella, tuvo un origen personal y laboral que desde la perspectiva feminista y de género adquirió un sustento académico el cual le dio orden y profundidad.

Mi interés por el tema de la maternidad surge en primer lugar porque me he sentido confrontada constantemente por mi decisión de no tener hijos, la cual difícilmente encuentra una justificación válida para la mayoría de personas. Esto ha hecho que me cuestione la forma en que aludiendo a las diferencias biológicas y “naturales” entre hombres y mujeres, se ha favorecido una lógica dentro de la cual la capacidad fisiológica de procrear no solo nos dispone sino que nos destina a la maternidad (Saletti, 2008).

Pero, por otra parte, me llama la atención la manera en que otras mujeres dinamizan esta definición de la maternidad y construyen esta experiencia como una faceta fundamental de su identidad. Más que rechazo, estas formas de concebir la maternidad han generado en mí admiración y una curiosidad investigativa por la manera en que se han construido estos significados: ¿Quiénes son las mujeres que piensan de esta manera? ¿Cuáles han sido sus experiencias en relación con la

maternidad? ¿Cómo han llegado a pensar, sentir y vivir la experiencia de la maternidad de una manera tan diferente a la mía?

De otro lado, la pregunta por las “madres jóvenes” surge a partir de mi experiencia de trabajo en Profamilia¹, donde trabajé durante cuatro años. Dentro de las actividades que realizaba allí, se encontraban talleres dirigidos a la “prevención del embarazo adolescente”, esta era una “problemática” señalada de manera importante por las diferentes instituciones educativas. Para mí era “obvio” cuál era el problema y porque había que prevenirlo, me parecía, como sugiere Quintero (2008) que preguntar -¿Por qué el embarazo adolescente es un problema? -era desafiar al sentido común.

Sin embargo, ingresar a la Maestría en Estudios de Género fue precisamente esto: un desafío al sentido común. La respuesta al porqué el embarazo adolescente era un problema me pareció menos obvia al acercarme a los estudios que cuestionaban el gobierno sobre la vida (biopolítica) a través de las regulaciones sobre la sexualidad de las mujeres y de los jóvenes como formas de garantizar un éxito individual y un bienestar de la población que favoreciera el desarrollo nacional (Viveros, 2004; Melo, 2010). Estos planteamientos me llevaron a pensar que la “maternidad adolescente”, era una categoría social que no siempre había existido, o en otras palabras, que aunque efectivamente había madres en edades correspondientes a la adolescencia, como sujetos sociales no siempre han tenido una connotación especial.

Después de empezar a pensar en este trabajo, durante la realización de los talleres de “prevención del embarazo adolescente” empecé a notar la expresión de desacuerdo (verbal o no) de las mujeres que estaban pasando o habían pasado por

¹ Entidad privada sin ánimo de lucro, que promueve el ejercicio de los Derechos sexuales y reproductivos en Colombia. Fundada en 1965, con el propósito de brindar acceso a los servicios de anticoncepción a las mujeres colombianas.

esta situación cuando me la trataba como una experiencia “no deseada”; noté como estas actividades cambiaban de rumbo al considerar abiertamente sus vivencias y opiniones; me di cuenta que para muchas y muchos jóvenes era una experiencia cercana: sus madres, hermanas, amigas habían sido madres adolescentes, y entonces para ellos y ellas aunque no era una experiencia deseable, no tenía la misma connotación problemática que a mí me parecía tan “obvia”.

Es entonces, cuando empiezo cuestionarme sobre el porqué “la maternidad adolescente” se había convertido en un problema social y sobre todo, cuál era el impacto de dicha etiqueta en la percepción de las mujeres que la encarnaban sobre sí mismas. De esta manera, empecé a preguntarme: ¿Cuáles eran los significados de la maternidad que tenían las mujeres que habían sido madres adolescentes? ¿Por qué decidían asumir la maternidad? ¿Por qué no otra opción?

Al abordar académicamente estas preguntas encontré que la mirada “problemática” de la maternidad adolescente que había empezado a cuestionarme a partir de los talleres que realizaba en Profamilia, era también una perspectiva dominante en la investigación alrededor del tema, así lo sugieren las revisiones sobre la literatura hechas por Reyes y González (2014), Llanes (2013), Aguilera (2010) y Alvarado et.al., (2007). Estos autores y autoras señalan que la percepción del “embarazo adolescente” como un problema prevenible se enmarca inicialmente en un enfoque de riesgo biomédico para la salud de la madre y del bebé, que posteriormente se traslada a una perspectiva sociodemográfica que amplía estos factores de riesgo a la configuración familiar, escolaridad, unión e inicio de vida sexual (Binstock y Näslund-Hadley, 2010; Binstock y Näslund-Hadley 2013; Flórez, et. Al. 2004; Binstok, 2014; Flórez y Soto 2013; Galindo, 2012).

Las miradas biomédicas y sociodemográficas han llevado a hacer énfasis en las desventajas de la maternidad en la vida de las adolescentes. Por un lado,

señalando que como consecuencia de ser madres jóvenes se ven afectadas sus trayectorias educativas y laborales, generando una situación de desventaja social para ellas (Barrera e Higuera, 2013; Núñez y Cuesta, 2006; Urdinola y Ospino, 2010; Salazar, Rodríguez, Daza, 2007; Penagos y et.al., 2007; Binstock y Näslund-Hadley; 2013). Y por otra parte, estas miradas, han sugerido que la maternidad adolescente incentiva la reproducción intergeneracional de la pobreza, promueve uniones inestables y estimula patrones reproductivos tempranos en sus hijos, lo que a largo plazo acrecienta la vulnerabilidad de madres e hijos (Buvinic, 1998 en Lanes 2013; Meade, Kershaw, e Ickovics, 2011; García, 2014; Gaviria, 2000; Gaviria y Chaskel (s.f.); González, y Molina, 2007; Núñez y Cuesta, 2006; Penagos, et.al., 2007; Rojas, Alarcón y Calderón, 2010; Salazar et.al., 2007; Urdinola y Ospino, 2010).

La mayoría de estas investigaciones se han realizado en América Latina y sus hallazgos están encaminados a encontrar factores puntuales que permitan dilucidar estrategias para la regulación de la fecundidad en este grupo de edad, con miras a favorecer el desarrollo económico y social de los países de la región. Por supuesto, en Colombia, está ha sido la perspectiva dominante para abordar el tema, señalando la importancia de prevenir la maternidad “temprana” y resaltando aquellos elementos a los que se debe prestar mayor atención en las estrategias diseñadas para este fin en nuestro país (Barrera e Higuera, 2013; Flórez y Soto, 2013; Flórez et.al. 2004; Galindo, 2012; Gaviria, 2000; Núñez y Cuesta, 2006; Penagos, G. et.al.,2007; Quintero y Rojas, 2015; Rojas, Alarcón, y Calderón, 2010; Salazar, et.al., 2007; Urdinola y Ospino, 2010; Zambrano, Vera, y Flórez, 2012).

Sin pretender desconocer los aportes que se han realizado desde el campo sociodemográfico, es necesario señalar que esta perspectiva hace una definición negativa del fenómeno de la “maternidad adolescente” y lo homogeniza bajo un carácter “problemático”, lo cual limita la comprensión de la maternidad como un fenómeno complejo y como una experiencia encarnada en mujeres concretas.

Como contraparte, algunas investigaciones desde las ciencias sociales como antropología, sociología y trabajo social, hacen un abordaje más situado del tema y me dieron pistas sobre las posibles formas de acercarme a las experiencias que me proponía analizar. En este campo de estudio la literatura puede clasificarse en dos vertientes: la primera de ellas se ha interesado por conocer la percepción de las y los adolescentes (tanto de las que son madres/padres como de quienes no lo son) sobre el fenómeno de la maternidad adolescente (González, et.al. 2010; Agurto, 2012; Cleves, et.al. 2010; Castrillón, 2010; McDermonntt, et.al. 2004; Mulherim y Jhonstone, 2015; Ngum Chi Watts, et. al., 2012; Nóblega 2009, Turner, 2010). En segundo lugar se encuentran algunos estudios que se han propuesto revisar los significados que las mujeres madres adolescentes o jóvenes atribuyen a esta experiencia en contextos particulares como: instituciones de protección (Aparicio, et.al., 2015), situación de desplazamiento forzado (Nieto, et.al. 2011), escenarios de inmigración (Llanes, 2014), y sectores populares urbanos y rurales (Marcús, 2006; Ortega, 2013).

La mayoría de estos estudios utilizan una metodología cualitativa y haciendo uso de métodos etnográficos, biográficos y fenomenológicos analizan la manera en que la maternidad en las mujeres jóvenes adquiere diferentes significados en situaciones y contextos particulares. Algunas (os) autoras (es) han señalado que en ciertos contextos puede ser una experiencia planeada y deseada con propósitos de inserción social (Castrillon, 2010; Komura, 2008; Marcús, 2006); aunque la mayoría coinciden en que la maternidad no es una experiencia anhelada pero que una vez se presenta adquiere un significado positivo en que desarrolla madurez, responsabilidad, y da un nuevo sentido a la vida de las jóvenes (Gonzales, et.al., 2010; Agurto, 2012; Aparicio, et.al., 2015; Baker, 2009; Cleves, et.al., 2010; Jordán, 2013; McDermonntt, et.al., 2004; Nóblega, 2009).

Las investigaciones realizadas desde las diferentes disciplinas de las ciencias sociales me ayudaron a distanciarme del enfoque “preventivo” y “problemático” con el que había abordado la “maternidad adolescente” en mi trabajo en Profamilia y a observar la manera en que puede complejizarse y cuestionarse esta concepción del fenómeno al abordarlo desde una perspectiva subjetiva; pues la mayoría de ellos resaltan como el sentido que adquieren ciertas vivencias para las mujeres adolescentes y jóvenes que son madres se enmarcan en el entramado de desigualdades de género y clase a partir de las cuales configuran sus experiencias.

Finalmente, desde los Estudios Culturales, Marco Melo (2010), realizó una investigación en la que por medio del análisis de los discursos de la prensa bogotana (*El Tiempo, El Espacio y El Nuevo Siglo*) sobre el embarazo adolescente entre los años 2000-2007, analiza las estrategias y las formas de producción discursiva de las mujeres (madres) adolescentes que son centrales para el desarrollo de las prácticas y mecanismos de subjetivación propios de la gubernamentalidad (neo) liberal en el país. Esta investigación fue clave para comprender la manera en que la categoría social de madre adolescente emerge en el marco de un contexto social, económico particular en nuestro país y desde allí empezar a comprender el sentido que adquiere esta experiencia en mujeres concretas

De esta revisión de literatura me pareció interesante encontrar que el embarazo “adolescente” aparece principalmente asociado a las mujeres y la investigación aborda particularmente con la paternidad adolescente es mucho más reducida y reciente (Ortega, 2013; Cabral, 2002). Por otra parte, me parece importante señalar que la mayoría de estas investigaciones se centran en las experiencias de mujeres de 14 y los 19 años² y solo tres de ellas se centraron en la experiencia de madres jóvenes de 18 a 25 años (Baker, 2009) o en contrastar las

² Edades definidas por la Organización Mundial de la Salud (OMS) como el periodo de adolescencia media y tardía.

percepciones entre las mujeres adolescentes y las jóvenes (Mulherim y Jhonstone, 2015; Ngum Chi Watts, et. al., 2015).

Sin embargo, la maternidad es una experiencia que no se agota en un determinado momento de la vida. Es decir desde el momento en que se inicia a ser mamá se continua siéndolo por el resto de la vida. Esto me llevó a preguntarme ¿Qué pasa cuando ya no son adolescentes, pero siguen siendo madres? ¿Qué sentido adquiere para ellas esta experiencia?

Con estas preguntas en mente empecé a darme cuenta de que, entre mi familia, amigas, compañeras de trabajo conocía mujeres que habían pasado por la experiencia de ser “madres jóvenes” y nunca había indagado por la forma en que lo habían vivido, el significado para ellas y como estos significados se habían transformado hasta hoy. Es por esta razón que decidí que ellas fueran las protagonistas de la presente investigación.

Así, partiendo de estas inquietudes personales y desde el interés académico de aportar a una comprensión situada de lo que significa a lo largo de la vida haber sido madre joven, por medio del presente trabajo me propuse acercarme a los significados que emergen en las historias de vida de mujeres adultas que habían sido madres adolescentes o jóvenes, desde una perspectiva biográfica y prestando particular atención a las desigualdades de edad, género y clase que las configuran.

2. Objetivos

Objetivo general

Conocer, analizar y reflexionar sobre los significados de la maternidad en las experiencias de cuatro mujeres adultas que fueron madres adolescentes o jóvenes desde un enfoque biográfico y con una perspectiva crítica frente a las relaciones desiguales de género, clase y edad que las configuran.

2.1. Objetivos específicos

- Explorar e identificar las experiencias significativas en relación con la maternidad presentes en las historias de vida de mujeres que fueron madres adolescentes o jóvenes.
- Comprender los significados dentro del contexto cultural e histórico en el cual estas mujeres pasaron por la experiencia de la “maternidad adolescente o joven”.
- Analizar la manera en que operan las desigualdades sociales de género, clase y edad en la forma en que estas mujeres dan sentido a sus experiencias como mamás a lo largo de sus historias de vida.

3. Perspectiva teórica: categorías que orientan la comprensión de la maternidad

3.1. La maternidad como fuente y efecto del sistema sexo/género

El género es un sistema que estructura y ordena a la sociedad desde una lógica arbitraria, binaria y jerárquica basado en categorías sociales sexuadas (masculino-femenino). Y la maternidad, es una función social que aparece como fuente y efecto de este sistema primario de orden social (Palomar, 2005).

Como lo señala Ana María Fernández (2006) en su libro *la Mujer de la Ilusión*, uno de los símbolos culturales desde el cual nuestra sociedad organiza el universo de significaciones alrededor de lo femenino es el mito de que ser mujer es igual a ser madre; dicha función constituye tanto el conjunto de prescripciones que organizan las diferentes acciones en el concebir, parir y criar la descendencia, como los proyectos de vida de mujeres concretas, y también los discursos sobre la mujer (Fernández. 2006, pág. 161).

Esta ecuación Mujer=Madre, responde a dos tipos de razonamientos desde los cuales se crea una correspondencia entre características fisiológicas con representaciones, roles y funciones diferenciados bajo las categorías sexuadas de masculino y femenino. En primer lugar, se basa en el hecho de que el sexo biológico es un rasgo físico, no solamente apto sino destinado a ser el receptáculo de las clasificaciones (de género); y en segundo lugar el sexo biológico, y en particular los diferentes roles procreativos a los que da lugar, engendran necesariamente una división del trabajo (Delphy, 1993).

El primero de estos aspectos, hace referencia a la manera en que se naturalizan las diferencias biológicas entre hombres y mujeres favoreciendo una lógica dentro de la cual: “la capacidad fisiológica de procrear como mujeres -las

únicas que disponemos de un cuerpo capaz de engendrar y albergar otro cuerpo- se ha sustentado la identificación femenina homogénea reducida a la función maternal, invisibilizando las posibles diferencias individuales con respecto a lo que se puede ser y desear” (Saletti, 2008; Pág. 177).

Además, esta concepción de la **maternidad cómo identidad homogénea** para las mujeres, no implica solo el hecho de estar destinadas a tener hijos, sino que nos compromete con “un ideal maternal asexuado, carente de deseo y de hostilidades, [que se adecue] a una perfecta relación filial que se debe cumplir a la perfección [si es que no queremos] ver peligrar nuestra feminidad y aceptación social” (Saletti, 2008, Pág. 177). Esta concepción de la maternidad ha sido reforzada y actualizada por los discursos religiosos, médico-científicos y gubernamentales a lo largo del tiempo.

Desde nuestro pasado colonial marcado por la circulación de iconografía religiosa, especialmente de imágenes marianas, dentro las que se destacan las referentes a la “virgen y el niño”, se buscaba la exaltación y sacralización de la maternidad como nuevo modelo de feminidad y la imposición colonial de un nuevo orden social en donde el cuidado y la crianza de los niños/as se les atribuyen a las mujeres. Una representación que marca aun hoy en día los imaginarios sobre la feminidad latinoamericana.

De otro lado hacia los Siglos XVI y XVII, para explicar las diferencias entre los seres humanos los discursos médico-científicos establecieron un modelo universal de cuerpo: el del hombre blanco adulto, el cual siendo la referencia anatómica permite marcar como diferentes el cuerpo de las mujeres, los niños, y las otras razas (Pedraza, 2008). Ante una fallida búsqueda por encontrar diferencias anatómicas que demostraran la inferioridad de los cuerpos femeninos (en el esqueleto, el calor, la disposición de los órganos reproductivos), se fortaleció la representación de estos

como un organismo cualitativamente diferente, ya no inferior, del masculino y especialmente dotado para la maternidad, en virtud del reconocimiento de la particularidad del útero (Pedraza, 2008).

Paradójicamente, a pesar de que la maternidad se convertía en el único rol socialmente valorado para las mujeres, nos reconocía como poseedoras de los conocimientos relacionados con el organismo femenino:

“la gestación, el parto, la crianza y la educación de los niños se convierten en áreas de especialización médica –ginecología, obstetricia, puericultura y pediatría– que incluso disertan sobre la “innata superioridad moral” femenina, y con ello devalúan los principios de autonomía y los conocimientos propio de las mujeres” (Pedraza, 2008. pág. 215).

Así, a partir de una diferenciación que opera jerárquicamente, a pesar de la supuesta disposición natural de las mujeres a la maternidad los saberes en torno a ésta no nos son propios, sino que suponen una vigilancia social de la manera y las condiciones en las que se ejerce esta labor y establecen un ideal difuso e inalcanzable de lo que debería ser una madre, una “buena madre”.

Este tipo de representaciones se reproduce y refuerza un orden social basado en la diferencia sexual cuyo origen se encuentra en supuestas características fisiológicas de orden “natural”. En este marco, la maternidad aparece como una experiencia siempre deseable, y a la que estamos predispuestas por el hecho de ser mujeres, además es un rol social “sacralizado” con una función fundamental: el cuidado y formación de los niños y las niñas.

En segundo lugar, la maternidad como materia prima para y producto de la naturalización de la diferencia sexual en la construcción de una identidad femenina, implica necesariamente una distribución de las tareas reproductivas y productivas

desde la lógica de **la división sexual del trabajo**. Scott (1996) nos recuerda siguiendo a Bourdieu cómo: “la "división del mundo", basada en "las diferencias biológicas y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción", actúan como "la mejor fundada de las ilusiones colectivas"” (pág. 26).

Como lo explica Pineda (2011) esta división entre el trabajo productivo y reproductivo suponía:

“la asignación a los hombres del trabajo productivo, en el encuentro económico social y político en la esfera de lo público y a las mujeres el trabajo reproductivo en la esfera de lo privado, caracterizado por la relación de afecto y responsabilidad en el cuidado físico, psicológico y emocional de los miembros de la familia, por fuera del mercado y su valoración social” (Pineda, 2011.pág. 135).

En este sentido, el modelo de familia convencional –mamá, papá e hijos/as-producto del mercado, el capital y la modernidad, implicó entre otras cosas, la división sexual del trabajo, es decir, “la asignación prioritaria de los hombres a la esfera productiva y de las mujeres a la esfera reproductiva, y el aparcamiento por parte de los hombres de las funciones con un alto valor social agregado” (Molinier, 2011; pág. 47); esta estructura, implicaba la ruptura del tiempo familiar y tiempo laboral que ya no podían compartirse en un mismo espacio (Pineda, 2011).

El ideal de familia es por tanto uno de los discursos constitutivos en la producción de las experiencias de la maternidad, y en él se acoge una idealización de la maternidad connatural al ser mujer y la división sexual en la organización del trabajo, dentro de la cual se atribuye a las mujeres las tareas de cuidado de los hijos y las hijas, y se definen estas tareas en gran medida por la concepción o el valor social que se tiene de la infancia.

De esta manera, la definición de las “madres” como sujetos sociales responde a los mecanismos de producción de la diferencia de hombres y mujeres que opera por naturalización, ahistorización, universalización y biologización (Delphy, 1993) y se concreta bajo la lógica de la división del trabajo que la vincula de forma directa con la obligación de las tareas reproductivas y la domesticidad. En este sentido la maternidad se convierte en una función sagrada, exaltada por proveer un amor natural y desinteresado (el amor maternal) desde el cual se realizan las tareas de cuidado y que desconoce su valor en la economía productiva y los conocimientos de las mujeres sobre estas tareas.

Así, las posturas feministas han cuestionado el concepto de maternidad como eje principal de la identidad femenina, señalado este carácter como construido social, cultural e históricamente. Y en este sentido para tratar la maternidad como una construcción histórica es de importancia cuestionar el discurso hegemónico, cuyo fundamento ha sido presentarla como un estereotipo unificador, rechazando las individualidades y elementos tales como clase social, la raza, la edad, etc..., que intervienen en la configuración de esta experiencia.

3.2. Experiencia de la maternidad

La importancia de señalar los discursos hegemónicos que han configurado la definición de la maternidad en una cultura occidentalizada y la importancia de cuestionarlos como una apuesta feminista para abordarla, radica precisamente en el rol que estos juegan en la forma en que damos sentido a nuestras experiencias.

De acuerdo con Stuart Hall (2010) cada uno de nosotros entiende e interpreta el mundo de una manera única e individual. Sin embargo, somos capaces de comunicarnos porque compartimos ampliamente los mismos mapas conceptuales, es decir, compartimos de manera general la forma en que ordenamos, clasificamos y relacionamos entre sí los diferentes conceptos y por tanto interpretamos el mundo,

o le damos sentido, aproximadamente de la misma manera. Esto es lo que de hecho entendemos cuando decimos que “pertenecemos a la misma cultura”. El lenguaje, es en este sentido, el conjunto de signos que compartimos dentro de la cultura para poder intercambiar la manera en que interpretamos el mundo.

Las teorías de la representación se han preguntado por la manera en que se construyen estos sentidos, de donde provienen, cual es el verdadero sentido de una palabra, una imagen, un hecho. Desde una perspectiva construccionista se ha señalado que las cosas no significan: nosotros construimos el sentido, usando sistemas representacionales –conceptos y signos–. En otras palabras, son los actores sociales los que al usar “los sistemas conceptuales de su cultura y los sistemas lingüísticos y los demás sistemas representacionales construyen sentido, para hacer del mundo algo significativo, y para comunicarse con otros, con sentido, sobre ese mundo” (Stuart Hall, 2010).

Por otra parte, Foucault, desplazó la pregunta por la producción de sentido a la producción de conocimiento por medio de lenguaje: los discursos. Los discursos para Foucault, según Stuart Hall: “Definen y producen los objetos de nuestro conocimiento, gobiernan el modo como se puede hablar y razonar acerca de un tópico. También influyen el modo de poner en práctica y usar las ideas para regular la conducta de los otros” (pág. 465). En otras palabras, para Foucault los discursos son conjuntos de enunciados que permiten a un lenguaje hablar sobre un tópico particular en un momento histórico particular y que no solamente se define en términos lingüísticos, sino que hace referencia a la intención con la que se usa y las prácticas sociales que regulan.

Estos planteamientos resultan muy relevantes al momento de abordar la pregunta por los significados que las mujeres que fueron madres jóvenes le dan a la experiencia de la maternidad. Pues al centrarme en sus experiencias podría asumirse

que lo que ellas han vivido es suficiente evidencia para cuestionar los marcos discursivos que las ubican como un “problema” tanto individual como social pues, parafraseando a Scott (2001), ¿qué podría ser más verdadero que el relato propio de un sujeto que lo que ella ha vivido?

Sin embargo, es importante considerar como lo sugiere Scott (2001) que “el sentido que le damos a la experiencia tiene que ver con los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos” (Pág. 45). En esto radica el carácter discursivo de las experiencias, pues, no solamente son la forma en que se le da sentido a lo que vivimos, sino que a través de ellas como sujetos “nos ubicamos o somos ubicados en la realidad social y de ese modo percibimos y comprendemos como subjetivas (referidas a y originadas en nosotros mismas) esas relaciones – materiales, económicas e interpersonales – que de hecho son sociales” (De Lauretis en Scott, 2001. pág. 53). Es decir, “no son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia” (Scott 2001, pág. 52).

En este sentido, a través de las historias de vida de las cuatro participantes de la investigación, pretendo acercarme a sus **experiencias de la maternidad** entendiéndolas como un proceso por el cual han construido la subjetividad como madres. Es decir, un proceso a través del cual los discursos alrededor de la maternidad las ubican en determinados lugares dentro del orden social, y a su vez mediante el cual ellas recurren al discurso para explicarse y dar sentido a sí mismas.

Desde esta comprensión es necesario abordar el género, como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos, como señalaba en el apartado anterior; así como una forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, 1996). Es decir que como un sistema que opera bajo los principios de distinción y jerarquización organizando la sociedad

basado en categorías sociales sexuadas (masculino-femenino), permite comunicar y organizar otros modos de ordenamiento y jerarquización social, como la clase, la edad, la raza y la sexualidad, trascendiendo su función primordial de organizar las relaciones basadas en él.

En este sentido el análisis de las experiencias de la maternidad de las participantes de esta investigación como mujeres adultas que fueron madres jóvenes busca cuestionar los discursos hegemónicos en relación con la maternidad así como las relaciones desiguales de género que subyacen a ellos y que se interconectan con otras formas de ordenar jerárquicamente la sociedad como la edad y la clase, que hacen que sus experiencias se ubiquen en diferentes momentos de su historia fuera de la maternidad “legítima” y sean señaladas por esta razón.

4. Reflexión metodológica

La metodología cualitativa de esta investigación se corresponde con el objetivo de analizar la dimensión subjetiva de la maternidad. Esta metodología permite rastrear de manera profunda las experiencias y sentidos en torno a la maternidad de mujeres que fueron madres jóvenes, permitiendo así dar protagonismo a la “singularidad” como nivel legítimo de la producción del conocimiento y preservar la individualidad en los análisis.

En este marco metodológico, la forma que propongo para acercarme, al problema es una perspectiva **fenomenológica** (Husserl, Eugen Fink, Tyminiecka, Van Brenda, and Georgi citados en Creswell, 2003) y se abordará desde un enfoque **biográfico** mediante la recopilación de historias de vida de la maternidad.

4.1. La maternidad como experiencia desde un punto de vista feminista

El enfoque fenomenológico para estudiar la realidad se basa en los significados que las personas asignan a las experiencias de la vida. Este enfoque propone que, en cualquier situación dada, no existe una única realidad objetiva, sino más bien múltiples realidades

subjetivas (Guba y Lincoln, 1985; citada en Shami y Koshal, 2008). Desde esta perspectiva, la pregunta por la “maternidad adolescente o joven” implica la comprensión de los diversos significados que mujeres concretas le habían dado al inicio “temprano” de la maternidad.

En este sentido, las historias de mujeres cercanas, que sabía, habían sido madres jóvenes fueron el primer acercamiento para empezar a comprender esta experiencia, entonces me dispuse a indagar con mayor profundidad sobre sus vidas como mamás. Tras encontrarme y conversar con cada de las participantes y posteriormente transcribir dichas conversaciones, la sistematización y el análisis de la narración sobre su experiencia implicó un ejercicio interpretativo a partir del cual me fue posible identificar y analizar los significados que le han atribuido. Esta tarea me llevó a considerar dos aspectos epistemológicos fundamentales.

En primer lugar, las experiencias subjetivas, como lo sugiere Joan Scott, no son “el origen de nuestra explicación, sino aquello que queremos explicar” (Scott, 2001. Pág. 73). Esta claridad fue clave tanto para construir el método de investigación, como para la sistematización y análisis de las historias de vida producto de éste. Pues, si bien el conocimiento previo que tenía de las participantes me sugería que habían superado muchas de las consecuencias que se atribuyen a la maternidad adolescente y/o joven, exponer sus experiencias como evidencia de la estigmatización y de las formas de sobreponerse a esta, limita el potencial del enfoque fenomenológico para la comprensión compleja de dicha categoría social.

Como lo sugiere Scott (2001) el uso de las experiencias subjetivas como evidencia de las problemáticas de determinados grupos sociales tiene dos limitaciones: en primer lugar, con este uso tendemos a naturalizar las categorías sociales a las que nos referimos (por ejemplo, hombre, mujer, o para este caso “madre adolescente”), dando por sentado que han existido siempre y de la misma manera a lo largo del tiempo. En segundo lugar, es necesario reconocer que el hecho de “darle voz” o de visibilizar las experiencias de individuos de determinado grupo o categoría social que se consideran “diferentes” (son excluidos, silenciados, sin reconocimiento dentro del orden social establecido) no permite develar la

manera en cómo estas relaciones desiguales operan, bajo qué lógica, cómo se configuran y conectan con otras formas de opresión.

Partiendo de estas reflexiones, el ejercicio de interpretación que realicé sobre las experiencias narradas por Luz, Luna, Patricia y Tatiana, consistió por una parte en identificar en ellas los significados que estas cuatro mujeres le atribuyen a la experiencia de ser madres, y por otro lado en analizar la manera en que el género, la clase y la edad *posicionan a las mujeres que son madres y producen sus experiencias*. Dicho ejercicio de interpretación es fundamental desde una perspectiva fenomenológica, pues permite a quien investiga la comprensión de la realidad social a partir de la interpretación de las percepciones subjetivas de una experiencia compartida, y no una descripción objetiva de esta.

En este sentido, el segundo aspecto fundamental que quisiera señalar es que el análisis de los significados de la maternidad desde esta mirada no es, ni pretende ser neutral; como lo sugiere Patton (citado en Shamaí y Kochal, 2008) “el carácter interpretativo propio de la investigación fenomenológica supone que las perspectivas subjetivas del investigador inevitablemente moldean los hallazgos de la investigación” (Pág. 327).

El valor de hacer explícitas las perspectivas subjetivas de la investigadora que intervienen en el proceso de investigación, ha sido lo señalado desde la epistemología feminista del conocimiento situado, por Donna Haraway (1995); para esta autora la objetividad en la producción del conocimiento científico no radica en controlar la participación de la subjetividad de quien investiga, sino por el contrario, en ser consciente y hacer explícito durante todo el proceso de la investigación las perspectivas parciales, la localización y los conocimientos encarnados desde los cuales producimos dicho conocimiento. Aunque este es uno de los aspectos de la metodología feminista que fue más novedoso y potente para mí, aplicarlo no fue una tarea fácil.

Al iniciar la categorización de las transcripciones de las historias de vida de las participantes me enfrenté al temor de estar clasificando fragmentos de sus relatos de forma arbitraria, y sentí la necesidad de encontrar un método “científico” y “objetivo” que

organizara esta sistematización. Por otra parte, me preocupaba que las interpretaciones que estaba haciendo sobre lo que estas cuatro mujeres me habían contado pudieran incomodarlas o herirlas en el momento de releer sus historias atravesadas por el sentido que yo les había dado. Finalmente, plasmar de forma explícita mi punto de vista al momento de escribir estaba atravesado por estos temores y por la formación académica que había tenido hasta ahora, que me sugería constantemente que debía poner una distancia entre la investigación y quien investiga.

Estas dudas y temores se fueron disipando en la medida en que pude reconocer y hacer explícita la manera en que esta búsqueda de los significados de la maternidad y el análisis de estos me remitía a mis propias experiencias como mujer, o como exfuncionaria de Profamilia, o como amiga/conocida de las participantes de esta investigación, o como respuestas a las inquietudes latentes y cambiantes que surgían a lo largo de mi formación en la Maestría de los Estudios Feministas y de Género.

En resumen, la presente investigación de carácter fenomenológico se propone conocer, analizar y reflexionar sobre los significados alrededor de la maternidad en las experiencias de cuatro mujeres (Luna, Tatiana, Luz y Patricia), desde una perspectiva crítica frente a las relaciones desiguales de género, clase y edad que las configuran y desde mis reflexiones como mujer, mi formación en estudios de género y mi tránsito por Profamilia a lo largo de la escritura de la investigación.

4.2. Conociendo las experiencias desde un enfoque biográfico

Como estrategia para conocer las experiencias de Luz, Tatiana, Luna y Patricia en relación con la maternidad propuse inicialmente una guía de entrevista a profundidad, que organicé en torno a tres ejes temáticos, el primero de ellos embarazo adolescente, indagaba por los conocimientos y prácticas de salud sexual y reproductiva en ese momento, y las reacciones, decisiones y cambios que trajo consigo la noticia de su primer embarazo; el segundo tema era la experiencia de la maternidad en la que preguntaba en torno a los embarazos, partos, lactancia, recuerdos significativos como mamás, proyecciones en su rol de madres, opiniones de los demás en torno a esto; y finalmente las reflexiones actuales

sobre la experiencia de la maternidad que hacía referencia a cómo veían desde hoy su primer embarazo, sus opiniones sobre el embarazo adolescente, las diferencias en la relación con sus hijos y sus motivaciones para ser mamá. Esta estructura fue producto de la revisión de la literatura sobre maternidad adolescente y de los aspectos que consideraba más relevantes para comprender las percepciones que estas mujeres tenían sobre el hecho de haber sido madres jóvenes.

La primera mujer con quien conversé fue Luna, y en el encuentro con ella pude darme cuenta como este formato pasó a un segundo plano en momento de conversar. Luna, curiosa por mi interés de “investigar” a mujeres como ella me abordó con preguntas sobre el por qué me interesaba el tema, cuál iba a ser el proceso de la investigación, y finalmente me dijo: “Ok., entonces ¿Qué quieres que te cuente?” y recurrí a preguntar: “Empecemos por ¿Cómo era tu vida cuando quedaste en embarazo?”

Esta pregunta me llevó a conocer su historia incluso desde mucho tiempo antes de este momento específico. Durante dos horas mis intervenciones se limitaron a preguntas aclaratorias con respecto a los personajes, lugares o el orden de los eventos que me estaba narrando; después de este tiempo Luna finalizó: “Bueno y pues es esa fue mi historia como mamá adolescente. ¿Qué más quieres que te cuente?” Fue hasta ese momento en el que recurrí a la guía para preguntar por su relación actualmente con su hija, su educación sexual y para conversar sobre mi decisión de no tener hijos/as. No esperaba que este encuentro se desarrollara de manera tan fluida y fue Luna quien a partir de la pregunta por el momento en que inicio su vida como madre, me contó un conjunto de relatos de su vida relacionados con este rol que hacían referencia tanto a acciones y sentimientos, como a las reflexiones sobre estos: un conjunto de relatos biográficos.

Los relatos biográficos son una forma de dar sentido a lo que hemos vivido desde el momento presente, por tanto, no se limitan a una descripción de la experiencia, sino que incorporan también su interpretación, la cual une con puntos y disyunciones temporales, continuidades y rupturas. Dichos relatos se transforman en “historias de vida” producto de la interpretación que hace el o la investigador/a al reconstruir el relato en función de

distintas categorías conceptuales, temporales, temáticas, entre otras (Puyana y Barreto, 1993).

Teniendo en cuenta esto y a partir de la forma en que se desarrolló este primer encuentro, el instrumento para conocer las experiencias de estas mujeres pasó de ser una entrevista orientada por ciertos temas a una situación de conversación que permitiera reconstruir la “historia de vida de la maternidad” de cada una de las participantes. Así, posteriormente al encontrarme con Patricia, Tatiana y Luz la conversación se abrió con la pregunta por cómo era su vida cuando quedaron por primera vez en embarazo o qué recuerdan de este y a partir de allí fluyó en torno a las situaciones, sentimientos, pensamientos y reflexiones que le daban continuidad a su trayectoria vital como madres.

La selección de los relatos de vida de estas mujeres, en primera medida, está atravesada por la pregunta por la maternidad por eso me refiero a ellas como “historias de vida de la maternidad”; las cuales posteriormente organicé a partir de las categorías edad, clase y desde una perspectiva de género. De esta manera, a partir de estos relatos biográficos de la maternidad y en coherencia con el enfoque fenomenológico que enmarca la investigación, no trate de retratar lo que “realmente” sucedió en la vida de estas cuatro participantes sino de conocer la manera en que le han dado sentido a sus vivencias como mamás a partir de los marcos social y culturalmente disponibles.

La reconstrucción de estas historias se realizó durante un solo encuentro con una duración en promedio de dos horas y treinta minutos con cada una de las participantes. Aunque en las investigaciones con historias de vida se suelen realizar más de un encuentro con los o las protagonistas, en mi caso la elección de realizar un solo encuentro para la reconstrucción de las “historias de vida de la maternidad” obedeció principalmente a dos razones: en primer lugar a la disponibilidad de tiempo de las participantes; y en segunda medida, a que durante este tiempo observe que las conversaciones se dieron en torno a los temas que privilegiaban las participantes y fue posible la apertura de un espacio ameno y de confianza en el que podían expresar detalles de su experiencia de vida que incluso no habían compartido con nadie más, lo cual las cuatro mencionaron de forma explícita.

Esto, me llevó a reflexionar sobre el privilegio de haber podido construir un espacio de empatía y confianza a partir de una relación investigativa, hallando que el escuchar fue clave para posibilitar esta relación y uno de los aprendizajes personales más importantes de mi encuentro con estas mujeres.

Mónica Tobón (2002) dice que: “Escuchar es una de las artes de la sanación. Para hacerlo es necesario abrirse, disponerse a dejar un verdadero espacio a lo que nos dicen. Se escucha con todo el ser, no sólo con los oídos”. Creo que el hecho de que estas conversaciones estuvieran enmarcadas en una investigación me dispuso a escuchar de esta manera, pues me interesaba conocer cada detalle de lo que me estaban contando más que exponer mi opinión sobre ello, lo que generalmente hago en otro tipo de conversaciones. Fue mi relación con ellas como investigadora, la que me enseñó la importancia de escuchar y la manera de hacerlo.

En la mayoría de las situaciones como lo sugiere Tobón (2002) parece que escuchamos con la boca, cualquier palabra del otro nos conecta con la nuestra referida a nosotros mismos. Sin embargo, durante las conversaciones con Luz, Patricia, Tatiana y Luna me propuse y fue posible dejar de lado mis propios sonidos y concentrarme en escucharlas. Así, en medio de un ruidoso centro comercial, o de una cafetería junto a una calle en construcción o acompañadas de los ladridos de una mascota, fue posible crear un espacio en el cual pudiera decirse incluso aquello que nunca antes se había dicho. El silencio de afuera no fue necesario para que la voz de adentro pueda hablar; se trataba de que aquello que se estaba diciendo encontrara una concavidad donde resonar, de allí la importancia de aprender a escuchar con todo el ser.

Por otra parte, el que estos encuentros llevaran a estas mujeres a contar “cosas que nunca le habían contado a nadie” no fue solo por mi disposición de escucha, o porque consideraban importante decirlo para los objetivos de la investigación o porque yo los hubiera indagado con este interés, sino probablemente porque antes no habían encontrado un espacio en que pudieran decirlo y fuera valorado y no juzgado. El tocar un tema como la maternidad se conecta con la forma en que hemos aprendido a ser mujeres, con vivencias relacionadas con nuestra sexualidad, nuestra pareja, nuestra crianza, las cuales muchas

veces no se dicen porque no se consideran correctas, importantes, o valiosas dentro de las normas de género establecidas en nuestra sociedad.

En este sentido, la importancia de escuchar no solo permitía la construcción de una relación empática y de confianza, sino que fue una oportunidad de escucharnos solidariamente entre mujeres y se convirtió en una forma de visibilizar y reconocer las consecuencias de una sociedad arbitraria y jerárquicamente organizada en términos de género y de quebrantar este orden, por un breve momento, a través de la transformación de las relaciones entre nosotras; como lo sugiere Jean Shinoda Bolen:

“Cuando las mujeres se escuchan unas a otras contar sus vivencias y comparten las suyas propias, se produce un crecimiento y la confianza aumenta. Esta acción en principio tan inofensiva, puedes suponer una amenaza para el orden establecido”.
(Bolen, 2005. Cáp 3. párr.44)

De esta manera, el enfoque biográfico a través de la recolección de historias de vida de la maternidad se configura como el instrumento de aproximación a las experiencias de cuatro mujeres adultas que fueron madres adolescentes o jóvenes e incorpora dentro de su aplicación un escucha activa y solidaria entre mujeres como parte fundamental para su desarrollo y para responder a los objetivos de la investigación.

4.3. Recolección y análisis de la información

La recolección de historias de vida fue instrumento de investigación. Dicha recolección se llevó a cabo en un encuentro de aproximadamente dos horas con cada una de las participantes en los que se inició la conversación a partir de la pregunta por el contexto del primer embarazo. Elaboré un formato de guía para estas conversaciones en el que registré algunos datos de referencia sobre las participantes y enuncié temas a profundizar.

Las conversaciones con las participantes fueron grabadas en audio y posteriormente transcritas y su contenido analizado con ayuda del programa QDA-miner. En la sistematización privilegié la categorización de los significados de manera particular dentro de cada una de las historias (análisis vertical), y posteriormente los organicé en categorías de análisis más amplias a partir de las cuales se estructuró el documento.

Estas categorías fueron: maternidad adolescente, maternidad joven, maternidad y trabajo, maternidad y cuidado, decisión frente a la maternidad y violencia de género. A partir de ellas ordené los temas abordados por las participantes y me permitieron poner en diálogo las diferentes experiencias y significados en torno a estos que emergían en las historias de cada una de las participantes.

4.4. Participantes

Durante el trabajo de campo recogí las historias de vida de cuatro mujeres cuyas edades están entre los 36 y los 48 años y quienes perciben que eran muy jóvenes cuando tuvieron su primer hijo o hija. Dos de las participantes eran mujeres con quienes yo tenía relaciones de amistad y quienes motivaron en gran medida las preguntas por las transformaciones de los significados de la maternidad a lo largo de la vida habiéndola iniciado desde la adolescencia. Luna, la primera de las entrevistadas, es una mujer de 38 años, nació y ha vivido durante toda su vida en Bogotá, su única hija nació cuando ella tenía 16 años en 1995; ella es contadora pública, aunque no se ha desempeñado directamente en esta profesión. Tatiana, la segunda participante, también nació y ha vivido toda su vida en Bogotá, tiene 41 años, tiene estudios técnicos en Gestión Humana; ella quedó en embarazo de su única hija a los 17 años, cuando corría el año de 1993.

A medida que socializaba mi interés de investigación con mis familiares y mis compañeras de estudio y trabajo, resultó que conocían personas cercanas que habían sido “madres MUY jóvenes”. Así conocí a las otras dos participantes; la particularidad de ellas era que consideraban eran muy jóvenes para ser madres cuando quedaron en embarazo por primera vez, pero no eran adolescentes. Patricia, tiene 48 años, tiene dos hijos, el primero de ellos lo tuvo a sus 22 años, en el año de 1990. Su nivel de estudios es bachiller, y se desempeña como empleada en una empresa de mensajería, ella nació y vive actualmente en Bogotá. Luz por su parte, nació y vive actualmente en Medellín, tiene 39 años y tiene dos hijas y un hijo; fue

mamá por primera vez cuando tenía 21 años en el año 2000; estudió el bachillerato completo y actualmente trabaja en una multinacional colombiana.

4.5. Consideraciones éticas

En el proceso de recolección de información se elaboró un consentimiento informado en el que se explica: los objetivos y alcances de la investigación, los riesgos y beneficios de participar en la misma, los costos y los no costos de la investigación para las participantes, y se ratifica la confidencialidad de los datos brindados por las participantes, de igual manera se les dio la posibilidad de reflexionar con esta información si deseaban o no participar del estudio. Se anexa a esta tesis el documento de consentimiento informado por las participantes (Anexo 1); el consentimiento informado de la primera de estas participantes se tomó de forma verbal.

Aunque, de acuerdo con el Decreto 8430 de 1993 emitido por el Ministerio de Salud de Colombia, la presente investigación es considerada de bajo riesgo, teniendo en cuenta la sensibilidad del tema a trabajar y la posibilidad de que salieran a flote sentimientos, emociones y experiencias muy personales o dolorosas para las participantes, se acordó mediante el consentimiento informado que los nombres de las participantes así como los de sus hijos e hijas fueron remplazados por seudónimos para proteger su identidad.

5. Ruta de capítulos

En el primer capítulo, presento un análisis de las autoevaluaciones que hacen las participantes de su experiencia como madres adolescentes o jóvenes. Allí cuestiono la manera en que socialmente se ha construido la ‘maternidad adolescente y joven’ como una experiencia problemática, a partir de una definición de juventud desde los discursos médicos y psicológicos y las demandas de autorregulación y orientación al éxito propias de un raciocinio neoliberal.

En el segundo capítulo, a partir de las tensiones entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado de los hijos e hijas, narradas por las participantes de la investigación, reflexiono en torno a la manera en que la ‘división sexual del trabajo’ y la definición de la maternidad como una identidad homogénea de las mujeres favorece la falta de visibilidad y reconocimiento de las diversas tareas de cuidado que cotidianamente realizan para sus hijos e hijas y los recursos materiales, emocionales y morales invertidos en su realización.

En el tercer capítulo, abordo las diversas formas en que las cuatro participantes han resignificado los embarazos no deseados, evidenciando la manera en que opera la sacralización de la maternidad como un marco de sentido compartido bajo el cual el “no deseo” de un hijo o hija implica para las mujeres cuestionamientos y juicios sobre ellas mismas e inevitablemente tramitar la culpa por este sentimiento.

Y finalmente en el cuarto capítulo, me permito plantear que la violencia es un elemento central en la definición de las jerarquías en un orden binario de género, mostrando como esta aparece como un correlato de las experiencias en relación con la sexualidad y la maternidad de las mujeres participantes de la investigación.

Capítulo 1. Muy jóvenes para ser madres

Una de las primeras obviedades que tuve que replantearme, fue la definición de la adolescencia como una etapa del ciclo vital con edades y características claramente definidas. Para mí, todas las personas pasábamos por la adolescencia entre los 13 y los 19 años, aproximadamente, tiempo en cual se “desarrollaban” las “características sexuales” secundarias y se configuraba cierta “madurez” expresada en la forma de razonar sobre los diferentes ámbitos de la vida. Así comprendí mi propio tránsito por ese momento del ciclo vital y desde allí abordaba mi trabajo en educación sexual con los y las adolescentes en Profamilia.

Por otra parte, cuando se abordaba el tema de la “maternidad adolescente” en la mayoría de literatura académica y los planes y políticas que revisé y en las actividades educativas en las que participé, se hacía énfasis en la forma en que el embarazo irrumpía en esta etapa de formación y preparación para la adultez y en la necesidad de prevenirlo, lo que me había llevado a cuestionarme el impacto de esta experiencia en el transcurso de la vida como mamá.

Así, me dispuse a contactar a mujeres que habían sido madres adolescentes (14-19 años) y que hoy fueran adultas. Las dos primeras mujeres que contacté y que aceptaron participar en la investigación: Luna y Tatiana, cumplían con este requisito de edad de inicio de la maternidad; pero Luz y Patricia, a quienes conocí por medio de personas cercanas que las ubicaban como “madres muy jóvenes” habían sido madres por primera vez cuando tenían 22 años. Luz y Patricia no fueron “madres adolescentes”, de acuerdo con mi definición inicial, pero percibían igual que Luna y Tatiana, que eran muy jóvenes y estaban poco preparadas para ser madres en ese momento de su vida.

Estas consideraciones con respecto a la edad en que las participantes fueron madres por primera vez y la percepción que tenían de ellas mismas en ese momento, me llevaron a ampliar la mirada y preguntarme ¿Cómo se define cuando se es muy joven para ser madre? ¿Quién define esto y con qué criterio? y ¿Por qué es problemático ser una madre adolescente o joven?

La respuesta a estas preguntas requería pensar la adolescencia y la juventud más que como etapas del ciclo vital (definidas con base a unos criterios fisiológicos y psicológicos determinados) como categorías social y discursivamente construidas, en donde la maternidad adquiere una connotación particular.

En las narrativas de las cuatro participantes, se reflejaba la forma en que estos discursos alrededor de la adolescencia y la maternidad intervienen en la manera en que se comprende y se da sentido a la experiencia de ser “madre joven”. Para dar cuenta de ello he organizado este primer capítulo en tres apartados: en el primero de estos analizaré la manera en que la adolescencia adquiere una connotación problemática desde una lógica neoliberal, en donde el embarazo tiene un lugar importante y una configuración particular en términos de género y clase, lo cual se evidencia en la evaluación que hacen las participantes de su experiencia como madres jóvenes y de la adolescencia de sus hijas/os. En el segundo apartado me detendré en el señalamiento y rechazo que experimentaron Tatiana y Luna producto de ser “madres adolescentes” y finalmente profundizaré en el uso de la expresión “niñas de la casa” como una forma en que las cuatro participantes se describen a sí mismas en el momento en que quedan en embarazo durante su juventud.

1. ¿Y cuál es el problema?

La emergencia y conceptualización de la adolescencia puede ubicarse en Europa del siglo XIX, coincidiendo con la expansión capitalista que, con el desarrollo de la

industrialización dio lugar a modificaciones en la familia, “expresadas en la disminución de la fecundidad y la nuclearización de grupo familiar donde paulatinamente dejaba de ser una unidad de producción y consumo para delegar distintos roles y funciones a sus miembros” (Checa, 2008, pág. 24); en éste contexto la noción de adolescencia aparece asociada a la expansión de la educación secundaria, a través de la cual se designa una nueva etapa de la vida que prepara para la adultez y pospone el ejercicio de las funciones laborales, procreativas y parentales que le están asociadas (Efrón, 1996; Fernández, 1993; Henríquez- Mueller y Yunes, 1993; Salazar Rojas, 1995, citados en Checa, 2008). Así, la configuración moderna de la familia nuclear y la organización de la educación formal, fueron dos elementos que contribuyeron, de manera importante, en la definición clásica de la adolescencia como etapa de transición entre dos más estables “la niñez” y la edad “adulta”.

La definición de la adolescencia como transición ha sido caracterizada, adicionalmente, por cambios fisiológicos (producto de la actividad del sistema nervioso central y de los cambios en el funcionamiento de las hormonas sexuales) y por cambios psicológicos como la búsqueda de autonomía, independencia, y construcción de identidad. A partir de estas características la adolescencia “parece tener un inicio más o menos evidente fijado por la maduración sexual del cuerpo y un final un poco más borroso y discutible que se establece a partir de la configuración definitiva de la personalidad adulta: la maduración psicosocial” (MINSALUD y UNFPA, 2014, pp. 8).

Esta caracterización de la adolescencia ha llevado a señalar que como producto de los cambios propios de la transición, es una etapa crisis y contradicción:

“la adolescencia es considerada como una institución social que se caracteriza por ser un período de transición crítico [...] en nuestras sociedades es conflictiva

y problemática en la medida en que el adolescente discute el lugar heredado, contrasta con la autoridad familiar o institucional aceptada hasta ese momento como natural, advierte importantes cambios en su cuerpo y su sexualidad y se encuentra desplazado respecto del sistema de coordenadas imaginarias a través del cual se orientaba en la niñez” (MINSALUD y UNFPA, 2014, pp. 9).

Esta definición ha sido ampliamente difundida y legitimada a través de los discursos médicos y psicológicos y ha sido apropiada y reforzada desde una perspectiva sociodemográfica, sin embargo, al asociar la adolescencia con la crisis, como lo señala Checa (2008), corremos el riesgo de estigmatizar a los y las adolescentes, particularmente a los más excluidos del espectro social, asociándolos con comportamientos que amenazan el orden social.

Esta connotación problemática de la adolescencia como una etapa en la que pueden asumirse conductas de riesgo que amenazan no solo el propio bienestar sino también el orden social, adquiere sentido en el marco de la lógica neoliberal que define como exitosas ciertas metas sociales propias de la vida adulta que pueden alcanzarse a través de un razonamiento de todos los aspectos de la vida desde la lógica eficiencia y productividad económica.

El **neoliberalismo** hace referencia a la corriente económica y política capitalista (dominante en los países occidentales y occidentalizados) que apoya el libre mercado y una drástica reducción del gasto público y de la intervención del Estado en la economía en favor del sector privado (Boas y Gans-Morse, 2009). En el mercado laboral, este modelo ha desprestigiado todo tipo de consensos “colectivizantes” por considerarlos como “enemigos intrínsecos” de la libertad económica y del progreso (Rojas, 2006) y ha favorecido, en cambio, el esfuerzo individual y los valores de la autonomía y la autodeterminación.

Esto ha llevado no solo a una precarización laboral (empleo informal, contratos a corto plazo, etc.), sino que como sugiere Rojas (2006), la “omnipresencia del mercado ha reducido la vida humana a meros intercambios comerciales” (pp. 43), es decir, las diferentes prácticas sociales y espacios cada vez más íntimos de la vida parecen estar determinados por la rentabilidad y viabilidad económica (Rojas, 2006; Rodríguez, 2003). Así en el marco del gobierno neoliberal los individuos tenemos “la obligación de ser libres”, lo que significa que “cada una/o debe dar sentido a su vida como si fuera el resultado de elecciones individuales realizadas en apoyo de un proyecto biográfico de autorrealización” (Rose, 1999 citado en Walkerdine, 2003, pp. 240).

Dicha autorrealización está orientada al cumplimiento de metas sociales propias de la clase media (Walkerdine, 2003; Viveros, 2004) que incluyen entre otras cosas una inserción laboral exitosa, unas trayectorias educativas que la garanticen y “la posición “respetable” en el espacio social mediante la conformación de una familia monógama, nuclear y heterosexista” (Viveros, 2004, pág. 172).

El logro de dichas metas sociales y por lo tanto la concreción de los proyectos de vida exitosos está ubicada en la adultez por lo que la adolescencia y la juventud se convierten en etapas de preparación para llegar a ellas. Desde los discursos hegemónicos (biomédico, psicológico y la educación formal) dicha preparación incluye la formación escolar correspondiente y especialmente “la consolidación de la identidad del sujeto como ser social e individual y el desarrollo de su capacidad de analizar, escoger e imponer un nuevo orden que lo represente y proyecte” (MSPS- UNFPA, 2012, pp. 8). En otras palabras, se considera que en la adolescencia, como etapa de transición a la adultez, se está formando esa capacidad de autogobernarse, autorregularse y autogestionarse a través de la toma racional de

decisiones que garanticen un resultado exitoso, que como mencioné anteriormente es clave para el modelo económico neoliberal.

El hecho de que la racionalidad propia del sujeto neoliberal no se haya completado durante esta etapa de la vida, la convierte en una etapa crítica, en la que los individuos son susceptibles de adoptar conductas riesgosas para su vida actual y su bienestar futuro. Esta asociación entre adolescencia y crisis, tan ampliamente difundida, tiene una connotación particular de clase y género.

En cuanto a la clase, es importante señalar que en el proyecto neoliberal los discursos y prácticas que hacían énfasis en una clase trabajadora como opuesta a una clase capitalista, han sido reemplazados por aquellos que enfatizan en la posibilidad de movilidad ascendente, es decir, de mejorar el estatus socioeconómico a través de la autogestión, creando la ilusión de que las diferencias de clase se han desdibujado (Walkerdine, 2003). Desde esta lógica se espera que los y las adolescentes y jóvenes, especialmente de clases subalternas, orienten sus proyectos de vida con miras a mejorar su estatus socioeconómico actual. Ellos y ellas son los responsables de superar las condiciones de desventaja en las que se encuentran y el fracaso en este propósito es señalado como consecuencia de un fallo en su autorregulación.

Esto lleva a la estigmatización de los/las adolescentes de clase subalterna como responsables de alterar el orden social con prácticas como el consumo de drogas, el delito y el embarazo (Checa, 2008), considerándolas como decisiones individuales que se desbordan en esa etapa crítica de la adolescencia. De esta manera se traslada la responsabilidad del Estado de superar las desigualdades de género, clase, raza, etc. que subyacen a estas experiencias, a los individuos particulares,

convirtiéndolos/las en los/las principales responsables de ocupar un lugar degradado en este el orden social.

De esta manera, la caracterización de la adolescencia como problemática, adquiere una connotación particular de clase que hemos naturalizado he incluso incorporado para darle sentido a nuestras propias experiencias. Luna y Tatiana lo hacen evidente en las descripciones que hacen de la adolescencia de sus hijas:

“Como yo he sido consciente de que mi hija sí ha vivido... ella fue una niña, NIÑA. Ella vivió toda etapa de su vida de forma tranquila y normal, sin agresiones, sin tener que pensar en tengo que ayudar a mi mamá a trabajar, sin esas presiones, porque cuando ella tenía 10 años era una niña normal de 10 años, cuando tenía 15 era una niña normal de 15. Ella de 15 a 17, tuvo problemas de adolescente normal... [¿Qué es un problema de adolescente normal] ...Pues no quedó embarazada y no tuvo problemas de la... [Risa]? Un problema normal para mí es que ella se escapara del colegio un día, con tan mala suerte que yo supe que se escapó del colegio. Que tuviera amigas en el Colegio que a mí no me gustaban, y entonces ella empezó a contestarme mal en la casa, y comenzó a ponerse agresiva, como: -¡Ay mami, pero Agh, tú si eres cansona!, pero no me molestes, Pero ¿qué te pasa? -A mí no me conteste así mijitica!, como así que ¿qué te pasa?, ni me alces la ceja, no sea grosera conmigo. Ese tipo de problemas, eso no fue ¡Esta en el mundo de las drogas! O... no, no, no. O está embarazada y ahora ¿qué vamos a hacer?, no, no. No porque yo la dejaba ir a sus fiestas, yo iba y la recogía, sabía quiénes eran sus amigos, fue más de comportamiento. Esos son problemas de adolescente que yo creo que son normales” (Historia de vida de Luna).

Por su parte Tatiana agrega:

“... [¿Y cómo fue la adolescencia de Mafe?].Nooo, fue durita. Fue dura, pero digamos que no problemática que uno no pudiese solucionar, no. Si fue dura, Doña Emperatriz me llamaba: Tatiana venga, ¡por favor!, venga [...]. Doña emperatriz me

llamaba: Tatiana por favor venga, no, que hoy llamaron del colegio, que mañana se tiene que presentar que la niña no entró a clase. Y eran como cosas así... un día Juan: Estoy con ella en urgencias, y yo ¿Qué paso? - que rompió un vidrio ¿y por qué? - No que porque le dio mal genio. Entonces yo decía: Mafe, pero ¿Qué pasa?, osea ¡por Dios! [...] Y en ese momento rompió un vidrio, llamaron del colegio, ¿y por qué? -no porque no me hicieron caso, me dio mal genio, no sé qué. Y eran problemas como de ese tamaño ¿sí?, no entraba a clase, si nos decían que andaba con un grupo de niñas, jmmm [sic.] [...] Entonces fue como ese tiempo, osea fue como esos... no sé... Como 4 o 5 años, ¡ush! Pero así problemas así, ¡Gracias a Dios! más graves, no... ¡El cigarrillo! Hasta hace poco..."
(Historia de vida Tatiana).

En estos fragmentos ellas no solo hacen referencia a la adolescencia como una etapa de transición “naturalmente” problemática, sino que en su descripción se puede notar una distinción entre las situaciones problemáticas adecuadas para esta edad (“problemas normales de adolescencia”) de las que no lo son; los “problemas” que vivieron sus hijas son normales en la medida en que se corresponden con “la crisis” propia de la transición que caracteriza a este momento vital pero que no transgreden el “orden social” como el consumo de drogas o quedar en embarazo, los cuales se consideran problemas más graves.

En conclusión, la adolescencia se configura como una etapa específica del ciclo vital caracterizada por ser una transición y como tal, un momento crítico debido que no se ha configurado un razonamiento apropiado sobre la vida y las emociones, el cual se alcanzaría en la vida adulta. A partir de este principio, se segmenta y se define a la población joven como vulnerable en la medida en que se asocia con la toma de decisiones riesgosas para su bienestar que pueden convertirse en problemas sociales (el delito, el consumo o el embarazo); desconociendo que estas “problemáticas sociales” están configuradas a partir de desigualdades de clase, género, raza etc., el modelo neoliberal atribuye la responsabilidad a los y las

sujetos/as de tomar decisiones responsables sobre sí mismos y evitar estos comportamientos, y justifica así la vigilancia y la instrucción de la población joven en diferentes ámbitos de la vida.

Dentro de esos “problemas sociales” señalados como producto de una falta de autogobierno durante la “crisis” de la adolescencia” el embarazo es protagonista y tienen una connotación de género particular pues se asume que sus causas y consecuencias se ubican principalmente en el cuerpo de las mujeres, un cuerpo capaz de engendrar. Así es la maternidad más que la paternidad adolescente lo que se configura como un problema social.

Partiendo de esto explicaré a continuación: en primer lugar la manera en que el embarazo adolescente se configura como un problema social con cuerpo de mujer a partir de tres formas de gestión de la vida en el marco de las relaciones de poder (biopoder) desplegadas en el marco del modelo neoliberal en Colombia; y en segundo lugar me centraré en analizar la forma en que considero que se incorpora esta definición en el modo en que las participantes le dan sentido a la experiencia de haber sido madres jóvenes.

1.1. El “embarazo adolescente” un problema construido en femenino

Así como la adolescencia no siempre ha existido como una etapa definida dentro del ciclo vital, la “maternidad adolescente” no siempre ha sido un problema. Muchas mujeres a principios del siglo XX tenían hijos antes de los 20 años sin que esto tuviera en sí mismo una marca o sanción social. Con esto, lo que quiero señalar es que ser “madre joven” adquiere una connotación problemática en un contexto histórico, social y económico particular, hacia finales del siglo XX, en la década de los 90, el Gobierno colombiano implementa una serie de reformas económicas dirigidas a liberalizar los mercados y aumentar su eficiencia, bajo los principios de un modelo neoliberal (Díaz, 2009); es en el marco de estas políticas que promueven

la libertad individual y la autogestión desde la eficacia y la productividad donde se configuran las “madres adolescentes” como sujetos anómalos (Melo, 2010).

Desde esta perspectiva, considero que la emergencia de la “maternidad adolescente” como problema social se produce a partir de la confluencia de tres formas en que se normaliza la vida y en especial la reproducción de las mujeres jóvenes: en primer lugar la segmentación y caracterización de las/los jóvenes como una población crítica en la medida en que tiende a asumir conductas riesgosas que generan problemas no solo individuales sino sociales; en segunda medida la delimitación de la sexualidad de los/las jóvenes como un ámbito potencialmente peligroso, enfatizando en sus consecuencias en la salud y especialmente en la reproducción; y finalmente la racionalidad neoliberal aplicada al campo de la reproducción a través de la planificación familiar, que hace a las mujeres las principales responsables de esta.

En relación con el primero de estos aspectos, cabe señalar que la definición de la adolescencia como una etapa de preparación para la adultez con una connotación problemática desde el modelo neoliberal, que desarrollé al introducir este capítulo, es clave para la configuración de los jóvenes como población blanco de la intervención de los diferentes programas y políticas gubernamentales en Colombia durante finales del siglo XX.

El auge de los estudios sociodemográficos en los años 70 de los cuales se deriva la preocupación por el crecimiento de la población, la priorización de la acción estatal para la disminución de la pobreza y la marginalidad social en los años 80, en el interés de construir un nuevo país donde el conflicto social quede subsanado después de la nueva Constitución de 1991 y la apertura económica como modelo de desarrollo (Quintero, 2005), llevan progresivamente a la segmentación y análisis de

la población juvenil, haciéndola inteligible como superficie de problematización social (Melo, 2010).

En este contexto se emprenden acciones dirigidas hacia los y las jóvenes orientadas a la institucionalización de lo juvenil con miras a la prevención de la pobreza y el delito y se ubica en el centro de su construcción identitaria la posibilidad de participación en el mercado. De esta manera, los discursos en torno a la “condición de ser joven”, así como los estudios y políticas sobre juventud en Colombia empiezan a ser encaminados por “la preocupación y la alarma social que se enfoca principalmente hacia el control y adaptación de este sujeto al orden social y productivo” (Quintero, 2005, pp. 100).

Así, los jóvenes se convierten en objeto de un ejercicio de poder que, en un sentido Foucaultiano, más allá de definir el límite entre lo que les está o no permitido, define quienes son y lo que se espera de ellos/ellas. Este poder se ejerce a través de las acciones y producción de conocimientos que desde las diferentes instituciones y agentes sociales (las políticas públicas, los educadores, la familia, la iglesia, el Estado, los medios de comunicación, etcétera) generan procesos de disciplinamiento individual (anatomopolítica) y de regulación colectiva de la población joven (biopolítica) (Viveros, 2004).

En segundo lugar, la aplicación de estas “tecnologías de poder” a la forma en que se dirige y estructura el posible campo de acción de las y los jóvenes en materia sexual, lo que Viveros (2004) ha denominado “gobierno de la sexualidad juvenil”, ha sido clave para “hacer de la sociedad una máquina de producción” (Foucault, 1999 citado en Viveros, 2004) y para orientar el curso vital de los jóvenes hacia una vida adulta modelada por la disciplina moral y familiar (Serrano, 2004).

Partiendo de la definición de la sexualidad juvenil desde una perspectiva adultocéntrica como peligrosa, precoz e inadecuada, ha catalogado, como señala Viveros (2003): “el deseo y los placeres sexuales juveniles [...] como los de unos sujetos incompletos, en vías de formación, y, por tanto, no aptos para responder a los requerimientos de una sexualidad responsable y plena como se supone es la sexualidad adulta” (citado en Viveros 2004, pp. 168).

Adicionalmente, la exigencia desde una lógica neoliberal de la de la orientación del curso vital hacia el logro ciertas metas sociales centradas en la obtención de un lugar en “exitoso” en el mercado y “respetable” a través de la realización familiar requieren “la continuidad y prolongación del proyecto educativo de las y los jóvenes, y un ejercicio permanente de vigilancia de la temporalidad de su sexualidad y reproducción” (Serrano, 2004 y Viveros, 2004).

En este sentido, el gobierno de la sexualidad de los jóvenes está orientado no solo a intervenir en las conductas asociadas a su salud sexual y reproductiva, que parece reducirse a evitar infecciones de transmisión sexual y embarazos no deseados, sino que consiste en gobernar sus cuerpos: “la relación privada del individuo con su destino físico por medio de códigos, reglamentos, normas, valores, relaciones de autoridad y de legitimidad (Fassin y Memmi, 2004 citados en Viveros, 2004, pp. 156). Así, actualmente, estas acciones que intervienen en las en la vigilancia de las conductas sexuales de las y los jóvenes se basan en la aplicación de disciplinas internas, de una autovigilancia que acrecientan las exigencias sociales, más que controles y disciplinas externas que garanticen el cumplimiento una norma social determinada (Viveros, 2004). En otras palabras, las acciones de intervención en la sexualidad juvenil buscan que:

“cada uno de ellos se cuide y se vigile lo mejor posible, y sancionan a aquél que se muestra incapaz de hacer buen uso de esta delegación de poder o tiene

actitudes y comportamientos “desviados” que perjudican el acuerdo social establecido en torno de la norma” (Fassin y Memmi, 2004, en Viveros, 2004, pp. 158).

Visto de esta manera, el embarazo en la adolescencia es una consecuencia de una falla en la incorporación de estos principios de autorregulación y como consecuencia afecta la realización individual en el futuro. La causa y consecuencia de este “fracaso” se instala en el cuerpo de las mujeres, el lugar donde se hace visible este embarazo.

Finalmente, en la búsqueda de la razón por la cual son principalmente ellas y no ellos quienes deben cargar con el señalamiento del embarazo adolescente aparece: la planificación familiar, como un mecanismo mediante el cual se responsabiliza a las mujeres del cálculo racional sobre la reproducción para garantizar la libertad individual y el bienestar de la nación en general. La planificación familiar, hace referencia al uso de métodos anticonceptivos que permitan a las personas tener el número de hijos/as que desean y en el momento en que lo desean, de acuerdo con la OMS (2018) esto es esencial para lograr el bienestar y la autonomía de las mujeres y, al mismo tiempo, apoyar la salud y el desarrollo de las comunidades.

En Colombia, la planificación familiar se consolida como una forma de dar manejo a la explosión demográfica desde la doctrina neoliberal, habilitando a hombres y mujeres para “calcular y gestionar su vida reproductiva bajo criterios e intereses idénticos a los que utilizan cuando entran en la esfera del intercambio de mercado o regentan una empresa, y con los mismos principios de utilidad con los cuales manejan sus rentas y la venta de su fuerza-capacidad de trabajo” (Melo, 2010, pág. 33). A mediados de los años 60, las explicaciones del crecimiento poblacional desde el saber sociodemográfico y la difusión y regulación de dicho crecimiento a través de la anticoncepción administrada desde el poder médico prometen

garantizar el “bienestar” de la familia y del país mediante la regulación de los nacimientos. Finalmente, esta regulación se concreta logrando una “reducción pronunciada en la tasa de fecundidad que se deriva del despliegue de dos estrategias básicas del biopoder en Colombia: la expansión de Profamilia y el desarrollo del programa estatal de salud materno infantil” (Melo, 2010, pp. 37).

Profamilia, desde 1965 realizaba una especie de “mercadeo” comunitario dirigido a las mujeres de clases populares y sectores rurales en los que a través de “brigadas” se llevaba información y acceso a métodos anticonceptivos. Por su parte el Estado implementó una política pública de salud en 1987, donde la anticoncepción se ligaba a la vigilancia y control médico de los procesos asociados con la reproducción (fecundidad, gestación, parto y la salud del neonato) (Melo, 2010). Así desde sus inicios las mujeres en edad reproductiva se convirtieron en la población objetivo de la planificación familiar.

Hacia finales de los años 90, las luchas feministas reinterpretan el papel anticoncepción pasando de ser un “derecho y responsabilidad” de la familia a tener un lugar central en la posibilidad de las mujeres de gobernar sus propios cuerpos permitiendo la “disociación entre sexualidad, “conyugalidad” y reproducción, y la regulación autónoma de las trayectorias reproductivas” (Viveros, citada en Melo 2010, pp. 43). Sin embargo, en el marco de un sistema neoliberal, donde se exagera la “obligación” de administrar responsablemente nuestra “libertad”, la planificación familiar implica para las mujeres la incorporación del principio de autogobierno sobre la sexualidad y la reproducción y de esta manera la anticoncepción más que ser un derecho que nos da autonomía sobre nuestro cuerpo, sexualidad y reproducción, se convierte en una obligación de ordenar estas esferas de la vida aplicando la racionalidad y la individualización en la conducción de sí mismas, principios propios de este modelo neoliberal.

La forma en que la problematización social de la población joven, el gobierno sobre la sexualidad juvenil y la responsabilidad de las mujeres de la planificación familiar se articulan en una exigencia a las mujeres jóvenes de orientar, a partir de una visión prospectiva, sus trayectorias reproductivas, educativas y laborales a partir de un cálculo racional en términos de eficacia y productividad, se refleja en la evaluación del embarazo en la adolescencia que hacen Luz y Patricia de la experiencia de su hijo e hija:

El hijo de Patricia fue padre a los 16 años. Sin embargo, Luz describe la frustración del proyecto de vida y dificultad de esta experiencia refiriéndose a la mamá de su nieta, quien tenía 15 años cuando quedó en embarazo:

“Entonces pues... ella ya se casó igual, tiene otra niña, ella la tuvo... de 15 años tuvo a Sara Sofía, no, pues ha sido una vida también muy terrible, pues yo no la culpo, pero ¡Ush! Ha sido muy duro para esa niña también. Yo a los 22... a los 21 que tuve a Nicolás, me dio duro, como será uno a los 15 años, ¡no, terrible! Osea ¡Terrible! - ¿Porque más terrible a esa edad?- Porque ella no ha vivido también... yo viví la vida a mi manera, o sea en mi casa, era muy hogareña, o sea como la viví ¡pero la disfrute! Y no tuve que estar pensando en que tenía que cambiar pañales, en que no podía salir de pronto a algún lugar por estar cuidado a un bebe, ya tenía 22 años y ya pues, ya bueno... aunque mi mente era todavía muy infantil y todo eso, pero ya tenía 22 años, osea el cuerpo ya por lo menos resistía un embarazo y un parto, y aun así me dio duro, y como será una niña de 15 años; una niña criando un niño, es lo que siempre he pensado, yo siempre me pongo en ese lugar”.

Patricia señala en este fragmento, lo inapropiado de esta experiencia debido a la falta de preparación y la renuncia a los proyectos y planes personales, lo cual la remite a sus propias vivencias. Por otra parte, la participación de su hijo en el

cuidado y crianza de su hija ha sido distante y reconoce que el estigma y la sanción recaen principalmente sobre la madre y no el padre adolescente, en este caso su hijo:

“Entonces somos los tres... pero Nico también es muy desprendido de ella, de pronto por lo que no tuvo esa figura paterna no sabe cómo ser papá, me imagino yo. [...] El día que Nicolás me dijo que iba a ser papá, ¡No!, ese día casi me dio... no, yo no comía, me dio como pena moral, yo no podía hacer nada, nada, nada, yo vivía tan aburrida, tan aburrida; y después nació la niña y la demanda y todas esas cosas, eso yo la vine a conocer fue como de dos añitos, eso fue duro, muy duro mi chinita. Y por lo menos yo quiero estar cerca de ella y tenerla en la casa por lo menos uno o dos días a la semana, pero Nicolás no deja, porque la mamá de la niña es ¡terrible! [...] a mí me gustaría que Nicolás fuera más dedicado a la niña pero pues yo no le puedo meter eso la cabeza de él, yo si le he dicho, pero me dice: Ay no es que Camila no sé qué, es que Camila se va, se va todo un fin de semana y me la deja acá metida y yo ya no sé qué hacer con ella”.

Luz por su parte, reflexionando a partir de la experiencia de su hija, quien fue mamá a los 14 años, se detiene en la narración de la manera como se enteró del embarazo y los sentimientos que produjo en ella: sorpresa, ansiedad, decepción, tristeza, frustración. Parte del reclamó frente a la noticia es la negativa de su hija a un método anticonceptivo lo cual ella había ofrecido al conocer de su relación de pareja:

“Mariana me hace un favor y va y se hace esto en el baño. Cuando ahí mismo se la hizo, ella salió inocentemente y me la entregó. Y ahí mismo salió las dos rayitas. Y yo le dije: me hace el favor y me explica ¿Qué es eso? Que yo no sé. - Si no sabe usted que es la adulta, voy a saber yo-, y yo: Mariana usted está embarazada, ¿Por qué? Si yo he vivido detrás de usted diciéndole ¡Venga yo la pongo a planificar! ¡Venga yo la llevo a que le pongan un dispositivo! ¿Cuál es la respuesta suya? No es que yo no hago nada, es que yo con Kevin no hago nada. Es que ella tenía un noviecito, que yo con él no hago nada, y ahí fue donde se desconectó, entonces ya una vecina me dijo

que era que mientras yo no estaba que ella entraba el noviecito para la casa los sábados, ¿Cuándo yo me iba a las 5 de la mañana? El noviecito iba y entraba y se quedaba ahí con ella, aprovechando que los otros dos estaban dormidos”.

Para Luz, la maternidad adolescente es como algo indeseable, o una consecuencia negativa de un tipo de carácter y actitud frente a la responsabilidad. Por lo cual no lo desea para su otra hija:

“Pero eso sí me asusta muchísimo, que ella también resulte embarazada, porque ella es una pelada tan juiciosa, que yo a ella si la veo en la universidad, pues si la veo estudiando, porque ella si ha sido muy dedicada; mientras que la otra pues con ese temperamento que tenía ¡se sabía que iba a terminar así! Y lo peor es que no ha podido asumir su rol de mamá, porque ella es muy relajada [...]”.

En su relato el embarazo adolescente, se considera como una falla en la educación de la familia y de la escuela, se asocia directamente con la pobreza y limitación del capital escolar y confirma la necesidad de un control sobre la sexualidad de las mujeres jóvenes.

En conclusión, la normalización de la condición de “mujer” y “joven” a través de estas formas de regulación y disciplinamiento de los cuerpos y de la vida en el marco del modelo neoliberal, implica una modalidad particular de control y una exigencia de autocuidado en relación con su sexualidad y reproducción como elemento fundamental de la forma en que se constituye la identidad de la “mujer joven”. En ese sentido, “la maternidad “temprana” de las mujeres implica un fracaso en la instalación de un modo de subjetivación que se corresponda con la encarnación de los principios liberales de regulación de la conducta y la aplicación de sus tecnologías en el gobierno de sí de las jóvenes” (Melo, 2010, pp. 46).

Es desde esta lógica que ser “madre adolescente” adquiere un significado particular y se convierte en una etiqueta que ubica a las mujeres que encarnan en

experiencia fuera de lo “normal” y que adicionalmente se asocia con el fracaso o dificultad de para el éxito en la vida futura, y donde son ellas (y no ellos) son las principales responsables de esta situación en la medida en que fallaron en su obligación de gobernar su libertad.

1. 2. Evaluación de la experiencia de ser “madre joven”

1. 2. 1. Incapacidad de encajar en la categoría “adolescente”

En el apartado anterior es posible observar que las participantes pueden identificar y caracterizar la adolescencia de sus hijos e hijas como una etapa de transición, sin embargo no ocurre lo mismo al evaluar su propia historia. Como he venido señalando la definición de la adolescencia más que una etapa definida por la edad o las características físicas y psicológicas que se le atribuyen, es una categoría construida social y discursivamente, lo cual implica que la forma en que se vive depende en gran medida del contexto social y cultural.

Esta definición de adolescencia implica que no siempre existen las condiciones de estabilidad económica y social donde todas las fases de la transición en todos sus aspectos tienen la posibilidad de ser desplegadas (Gutiérrez, 2008); y es claro que, en una sociedad mediada por desigualdades de clase, género, raza, sexualidad(es) esto no es siempre posible. Luna, Luz y Tatiana lo evidencian dentro de sus historias.

Para Luna el ingreso temprano a las actividades laborales dada su configuración familiar y su situación económica le hicieron asumir cierta “madurez” desde su niñez. Desde este momento ella siente que siempre fue “más grande para su edad” asumiendo actitudes y roles considerados más adultos, en parte porque su condición social y económica no permitía que esta transición se diera de acuerdo con las definiciones médicas y psicológicas del ciclo vital:

“¿Y sabes yo por qué siempre fui tan madura?, porque mi mamá siempre me trató como una grande, ¡como estábamos solas! Entonces ella, y ella por ejemplo ... ella tenía una panadería, y yo tenía como 8 o 9 años, y yo me tenía que levantar con ella a las 3 de la mañana para ayudarle a hacer el pan, para después irme a estudiar y volver a la casa para atender la tienda, mientras ella también hacía lo suyo. O sea siempre fui muy grande, ¡qué cansado!”

En este contexto para Luna, la adolescencia como etapa de “transición” de la niñez a la adultez desaparece: *“es que yo creo que yo nunca fui una adolescente, realmente siempre fui como muy grande y siempre viví todo como tan rápido”*.

En este mismo sentido, Tatiana se cuestiona sobre las actividades domésticas que le eran asignadas en su niñez y no se correspondían con aquello que socialmente se considera apropiado para una niña de esta edad:

“Entonces yo ahorita le doy muchas gracias a mi mamá, desde los once años me tiene en la cocina y aprendí a hacer de todo, pero también la juzgo por eso, y yo: Agh, pero yo ¿Por qué tenía que cocinar cuando iba para el colegio? Yo tenía que vivir mi niñez y a los once años estaba haciendo desayuno haciendo comida, teniéndole la comida a ella lista y todo, entonces ¿es bueno o es malo? Cada quien lo ve como a su manera ¿no? Porque yo digo sí gracias mamá, por usted es que sé cocinar, pero usted también me quitó toda la niñez que yo pude haber tenido ¿no?, pude haber estado jugando, mirando televisión, ¿qué se yo? Peinándome con mis amigas, no sé; pero no estaba metida en la cocina”.

Finalmente, Luz decide irse de su casa a los 17 años asumiendo una independencia económica desde este momento:

“Bueno pues realmente cuando quedé embarazada por primera vez yo ya era una persona independiente, ¿por qué? Porque ya me había ido de mi casa como desde los 17 años.

Vivía en un apartamentico sola, tenía un trabajo, trabaja en la UPB³ en una cafetería para mantener mis gastos [...más adelante agrega...] Me fui de mi casa a los 17 años porque desde que estaba muy niña, desde que tenía 13 años, eeeeh mi hermano, yo tengo un hermano que es mayor que yo 4 años, el intentaba abusar de mí. Entonces fue una situación como bastante dura, y a los 17 años me sentí ya como con el valor suficiente de decir: No, yo soy capaz de irme vivir sola, y me fui”.

El motivo de su decisión fueron situaciones de abuso sexual por parte de su hermano, las cuales toleró durante toda su adolescencia, producto de la naturalización de este tipo de violencias dentro de un sistema sexo/género desigual. Esto marco la relación que Luz construyó con su cuerpo durante la adolescencia, para ella más que atravesar por cambios fisiológicos, su cuerpo fue un motivo de temor y de lucha hacia esta y otras situaciones de violencia de género que se presentaron durante esta etapa de su vida (en esto profundizare en el último capítulo).

De esta manera, en la medida en que el patrón de referencia para ubicar la adolescencia y la juventud se basa en el ajuste o desajuste de sus formas de ser y actuar en relación con las normas del mundo adulto (Viveros, 2004), las participantes se encuentran con la imposibilidad de encajar en la categoría de “adolescentes” debido a las situaciones que se les presentan en este momento de su vida producto de las desigualdades de clase y género que las ubicaba en lugar particular de subalternidad. Así la obligación de las tareas domésticas, la participación en las actividades laborales de sus padres y las experiencias de maltrato y abuso son situaciones que las llevan a asumir responsabilidades, razonamientos y decisiones que se corresponden más con la vida adulta que con la de una adolescente.

³ Sigla de Universidad Pontificia Bolivariana.

El segundo aspecto que les impide encajar en la categoría de adolescentes es el hecho mismo de haberse convertido en madres. La madurez y responsabilidad que implica asumir el rol de madre es interpretado por Luna y Tatiana como el tránsito hacia la adultez. Luna refuerza la idea de ser más grande para su edad con el hecho de haber quedado en embarazo a los 16 años, lo cual le implicó un ingreso temprano (y precario) al mercado laboral y una convivencia “forzada” con su pareja que estuvo marcada por diferentes tipos de violencia (física, psicológica, económica) hacia ella por parte de él, lo cual resume de la siguiente manera:

“Ay [suspiro], estoy en un dilema muy grande porque yo no sé. Yo creo que viví todo tan rápido, cuando yo tenía 15, 16 años, ya parecía una viejita, ya después tuve un bebé. Entonces fui mamá, ama de casa, trabajar, estudiar, se me fue la vida en eso. Sufrí, me separé, etcétera”.

Tatiana, por otra parte, refleja esta caracterización de la adultez: como madura, responsable y estable que sobreviene con la experiencia de la maternidad, y que la lleva a excluirse a sí misma de la categoría “joven” incluso asumiendo el papel de adulta a nivel corporal:

“Y digamos yo ya con los años que tengo, con las cosas que he vivido, aún más conociendo a Dios, yo digo, de verdad, o sea todo eso fueron pruebas y fueron pruebas duras, pero para hacerme como más valiente, más fuerte, para aprender”. [...Y agrega...] Ehmm... Yo siempre fui delgada, entonces yo siempre me creía bonita, yo decía: Ay si me miran los muchachos, no sé qué, lalala, y el cuerpo y siempre la minifalda y la cosita y todo eso. Ya cuando tuve a Mafe adopté la posición, ya como de mamá, como de sería, como de señora; me decían mis primas: no, pero vístase como usted se vestía antes, y yo: no, ya tengo una niña no ¿Qué les pasa?”

Autoras como Nóblega (2009) y Herrera, Blanda y García (2002) coinciden en señalar que si bien la maternidad es una tarea evolutivamente adjudicada a la

adultez, independientemente de la edad, las tareas maternas efectivamente introducen a la mujer hacia un mundo adulto de responsabilidades y obligaciones sin que se haya logrado una elaboración de las experiencias de duelo y la resolución que de las situaciones de pérdida en relación al cuerpo, a los objetos externos (familia) y a los objetos internos (identificaciones). De esta manera el cuerpo, la mente y el raciocinio como mamás obliga a asumirse como mujeres adultas e impide una identificarse como jóvenes o adolescentes.

1.2. *Ambivalencia en la evaluación de la experiencia de ser madre joven.*

Varias/os autoras/es han señalado que la afectación en las trayectorias educativas y laborales, como consecuencia de ser madres jóvenes termina ubicando a estas mujeres en sectores menos favorecidos de la sociedad (Barrera e Higuera, 2013; Núñez y Cuesta, 2006; Urdinola y Ospino, 2010; Salazar, Rodríguez, Daza, 2007; Penagos y cols., 2007). Siguiendo esta lógica al referirse a sus a las dificultades para alcanzar sus metas educativas y laborales Tatiana, Patricia y Luz señalan la maternidad como inapropiada en ese momento del curso vital:

“Pero sí aprendí mucho de Paula como para no cometer otro error así y claro es que siempre fue... osea ¡no es fácil!, tener un bebé de verdad a esa edad no es fácil, para nada, para nada, para nada y se tronca todo. [... más adelante...] ¡Y si fue duro!, y es la época en la que yo le digo a John: ¡Ay Dios mío, de verdad hay gente que no valora! Les pagan la universidad y ni van, ni estudian, ni nada, porque pues porque así ha sucedido con unas primas y le digo- y yo con ganas de estudiar y no tener plata. Pero pues igual tengo el ejemplo de mi mamá, y pues también le tocó muy duro y ella se graduó el año pasado. Y entonces yo decía: no, no es tarde, yo puedo estudiar ahorita, y lo voy a hacer y esperemos y ahorramos y nos ha ido bien y bueno. Pero si deja uno muchos años de uno como porque sus hijos estén bien... o estén medianamente bien. (Historia de Vida Tatiana).

“Entonces el bachillerato lo terminé porque era un requisito, porque se necesitaba porque tocaba o tocaba; pero la verdad si a mí me hubiera gustado ser profesional y todo mucho antes, y haberles dejado a mis hijos primero un camino... pero bueno no se pudo, y ya en su momento pues lo que ahora digo ya yo quiero estudiar... ya pero no es... de pronto consiga un trabajo mejor, de pronto si de pronto no, pero es como para mejorar, pues no sé... para mi satisfacción personal. Eso es lo quiero hacer, yo quiero tener mi diploma, pero por mí misma, vez es lo único que me hace como falta” (Historia de Vida, Patricia).

“[...] además yo nunca soñé con tener hijos, porque yo si soñaba con una carrera, tener un buen trabajo, pues yo soñaba muchas cosas, fue muy duro. Pero igual no dejaba de pensar en que me tenía que retirar de la universidad, yo no me quería salir porque quería estudiar, sin embargo, pues me tocó, porque ya era una obligación más dura, más pesada y era un hijo; pues yo decía llegar a las 10 de la noche a mi casa de una universidad con un bebé recién nacido, pues no me veía ahí, para el estudio... me retire. [... En otro momento agrega...] Yo me encuentro por ejemplo con las compañeras con las que estudié, unas señoras adultas, gordas, yo digo ¡Dios mío! Así estuviera yo, entonces yo digo: Juemadre al menos tengo un buen trabajo, y me ven y dicen: Ay ¿usted qué hizo? ¿Qué estudio?, no yo no he estudiado nada- ¿Qué? ¿Entonces? - Mija me quedé con el bachiller porque entre tres veces a hacer una carrera y no he podido; ¿que la pienso hacer? claro yo me mato por estudiar, sino que es que lo del proyecto de la casa me tiene frenada, porque es que es un gasto adicional; pero ¿que lo pienso hacer? Claro, así sea cuando cumpla cincuenta tengo que tener mi carrera, para que por lo menos mis hijos digan: mi mamá es una administradora de empresas, al menos que ellos puedan decir mi mamá tuvo una carrera” (Historia de vida Luz).

Aunque ellas no se refieren a sí mismas como “madres adolescentes”, la irrupción que la maternidad genera en sus trayectorias educativas y posibilidades de

movilidad social hace que se perciba como una experiencia que se presenta tempranamente en curso vital. En estos fragmentos observar como se ha incorporado un discurso hegemónico de la maternidad “temprana” desde la lógica neoliberal donde ellas se responsabilizan de la falla en la implementación de este “calculo reproductivo” que les corresponde como mujeres y como jóvenes y asumen las consecuencias que éste implica en sus propios proyectos de vida.

Sin embargo, madurez y responsabilidad que otorga la maternidad se convierte en la manera de resignificar positivamente el hecho de haber sido madres jóvenes (Cleves, Deaza y Tovar, 2010; Jordán, 2013). Para Luna, ser madre adolescente no es una experiencia deseable y lo negativo de ella se asocia principalmente a la implicación que tuvo para ella, de tener que convivir con la pareja lo cual resalta reiteradamente que se debe evitar en caso de que un embarazo siendo muy joven se presentará. Pero, al mismo tiempo evalúa como positivo el hecho de que su hija se ha convertido en el "motor de su vida " y que la relación cercana, comprensiva y de confianza con ella puede estar asociada al hecho de "haberla tenido joven". Esto lo resumen en el diálogo con una amiga de su hija que quedó en embarazo siendo adolescente:

“Su mejor amiga del colegio quedó embarazada, cuando ellas tenían 15 años, y ella llevó a su amiga del colegio a que me contara a mí que estaba embarazada para ver yo que le aconsejaba porque yo había sido mamá joven. Yo contándole... explicándole a ellas todas las opciones que podía tener y también le dije... fue con el novio, le dije: No tenerlo es una opción, pero es una opción que va a cambiar toda tu vida, o sea cuando tu tengas 50 años vas a estar diciendo: que habría sido de mí si yo hubiera tenido ese bebé; entonces si lo vas a hacer que sea a consciencia de la decisión que vas a tomar y que no vas a estar padeciendo esa situación toda la vida, sino siendo clara del porqué lo vas a hacer. O lo puedes tener y pasará lo que ha pasado con Sol, que en medio de todo ha sido el motor de mi vida, lo que me ha dado fuerza para hacer muchas

cosas. Y le dije, yo me acuerdo de que le dije: pero no te vayas a vivir con él, esa no es una opción, eso no puede pasar. Tú tienes que terminar tu colegio, tienes que seguir con tus papás y después ya miras, si quieres irte a vivir con él o no”.

En este mismo sentido, Tatiana evalúa la experiencia de ser madre a esa edad como algo duro, difícil y que no quisiera repetir. No obstante, en retrospectiva considera que estas pruebas le sirvieron para hacerse, más fuerte, más valiente, para aprender y ser responsable. Esta reinterpretación que hace desde el presente le recuerda la dificultad con la que atravesó esa experiencia y la manera que esta le marcó:

“Pero si aprendí mucho de Mafe como para no cometer otro error así y claro es que siempre fue... o sea ¡no es fácil!, tener un bebe de verdad a esa edad no es fácil, para nada, para nada, para nada y se tronca todo”.

Finalmente, Patricia considera una experiencia difícil el hecho de haber sido madre; pero adquiere un nuevo sentido en la posibilidad de garantizar a sus hijos el estudio y con ellos la posibilidad de una movilidad social ascendente:

Mi hermano mayor me tiene en muy buen concepto, me dice: tú eres una verraca, mira tus hijos, haberlos sacado adelante, sola, como te ha tocado, ¡eres una verraca! Xx no ha sacado ni el primero, y pues bueno ahí vamos. Y pues si eso me fortifica por lo menos, el decir bueno, en medio de todo hice las cosas más o menos bien, hubiera querido hacerlas mucho mejor pero tampoco fue un desastre como digamos esos hogares que los muchachos no... no valoran el estudio eso es lo más terrible, lo que yo más le digo a ellos, ¡Estudien, estudien! Si yo no lo pude hacer háganlo ustedes, porque yo no pude estudiar, y pues... por tener a Nico, ya eran más gastos, tantas cosas, o sea deudas, no me alcanzaba el sueldo, o sea era a ras digámoslo, no tenía para estudiar. (Patricia)

El trabajo y estudio son para estas mujeres la posibilidad de movilidad social dentro de un sistema neoliberal, y la maternidad se presenta como un obstáculo para

alcanzar este estatus social del cual ellas se sienten responsables; sin embargo, encuentran la manera de reinventarse como “madres” colocando la centralidad de su proyecto de vida en la maternidad: “es el motor de mi vida”, aludiendo a las transformaciones que se han generado en ellas que adquieren valor en el ejercicio de la vida adulta: “me hizo valiente, responsable, madura” o en el reconocimiento de las oportunidades que le han dado a sus hijos e hijas, que ellas no tuvieron.

Esto coincide con varias investigaciones realizadas desde el campo de la psicología en las que se señala la ambigüedad en el significado que para las adolescentes madres tiene esta experiencia: algo “difícil pero bonito” (Jordán, 2013) y provechoso porque les ha permitido apropiarse de cualidades propias de la adultez (Gonzales, Robles, y Galicia, 2010; Aparicio, et.al, 2015; Ortega; 2013) y en algunos casos se convierte en una forma de dar sentido y construir su identidad como mujeres (Agurto, 2012; Marcus, 2006; Nóblega, 2009).

Estas contradicciones en torno a la construcción de subjetividad como madres jóvenes pasan por la ambivalencia éxito-fracaso propia de la racionalidad económica, que se corresponden con los sentimientos de deseo y culpa: *el deseo de ser “alguien”*, entendido como un lugar “significativo” en el mercado y la sociedad a través del logro de la inserción laboral y la configuración familia definidas desde una clase media y *la culpa por no lograrlo*. En este sentido, Luna, Tatiana, Patricia y Luz al pensarse a sí mismas como madres jóvenes se reconocen como sujetas responsables de gobernar su libertad, asumen la maternidad como un *fracaso* del el ejercicio de disciplinamiento sobre sí mismas, y una dificultad para acomodarse en un lugar “exitoso” en términos educativos y laborales.

Sin embargo, como lo sugiere Walkerdine (2003), en la lucha por el éxito individual el fracaso es inminente y el sobreponerse al fracaso se convierte en un talento propio de los sujetos neoliberales exitosos, que son capaces de recomponerse

y reinventarse constante en medio de la incertidumbre del libre mercado. Así, las formas en como la maternidad las ha transformado brindándoles conocimiento y sentido vital y la manera en como sus acciones como madres han mejorado el estatus social de sus hijos/as restablece la satisfacción de haber llegado a ser “alguien” en alguna medida exitoso.

2. Como si tuviera una X en la espalda: estigmatización de la experiencia de la maternidad adolescente

Para la última década del siglo XX, momento en el cuál Luz, Luna, Tatiana y Patricia se convierten en madres por primera vez, están operando simultáneamente tres formas de biopoder que normalizan el cálculo racional de la reproducción como un eje central de la identidad de como “mujeres jóvenes” en la medida en que permite orientar sus trayectorias de vida hacia una adultez “exitosa”. Esto constituye el marco para la aparición de una nueva manera para representar la “maternidad juvenil” que está inevitablemente acompañada de un proceso de estigmatización de las mujeres que la encarnas como “sujetos anómalos”. (Melo, 2010). En otras palabras, desde esta lectura, las “madres adolescentes” son representadas como “ilegítimas” como fuera del “orden social” que establece la maternidad como propia de la edad adulta, lo que implica el señalamiento y rechazo de estas sujetas sociales como “anormales”.

En el presente apartado quisiera detenerme a señalar, precisamente, como la estigmatización es clave en la aparición de las “madres adolescentes” como sujetos sociales; y como para las participantes de la investigación el señalamiento, rechazo y aislamiento como expresiones de esta estigmatización ha marcado de manera importante la manera en se han construido y reconocido como madres.

En este aspecto, como señalé anteriormente, es notoria la diferencia entre quienes fueron madres antes de los 20 años (Luna y Tatiana) y quienes lo fueron después (Patricia y Luz). Mientras que Luna y Tatiana recuerdan la manera en que fueron señaladas por ser madres adolescentes al recordar el embarazo y nacimiento de sus hijas; para Luz esto ocupa un espacio menor en su narración y Patricia se siente señalada más que por su edad, por la ausencia de los padres de sus hijos, es decir, por ser una “madre soltera”.

En 1996, Luna, a sus 17 años, tuvo a su hija Sol. En ese momento ella ya no vivía con su madre pues había tomado la decisión de irse de su casa tras una agudización del trato violento que le daba su madre ocasionado por su decisión de tener un noviazgo: *“Desde que ella supo que yo tenía una relación con Alberto, Alberto es el papá de mi hija, desde que ella supo que yo tenía una relación con él, ella... yo te puedo decir que si antes era violenta, ese tiempo fue terrible, ese tiempo fue muy, muy , muy difícil”*.

Cuando su mamá se entera de que ella está en embarazo, se ve enfrentada al rechazo y el maltrato psicológico por parte de ella, lo cual ella percibe como una sanción por algo que no debió haber hecho:

“O sea [sic.] Alguien me vio y alguien le dijo, algún vecino me vio y algún vecino le dijo: Luna está ahí. Ayyyyy –suspiró–mi mamá me prestaba mucha atención para ver yo a qué horas entraba y a qué horas salía, pero cuando me miraba, mi mamá me escupía. Y no me hablaba.... Y me odiaba, osea me miraba...oó sea antes me miraba que no me quería, ahora era peor. Sí, me miraba como si yo fuera lo peor, de lo peor, de lo peor y me miraba con mucho odio. Yo me enteré a los 6 meses... además, el día que te digo que me escupió, es que ella no me había visto antes, también entiendo que su reacción hallasido como: maldita, ¿cómo pasó esto? Porque cuando ella me vio, ¡claro!, yo ya tenía una barriguita grande, yo tenía como unos 8 meses tal vez. Y supongo que cuando ella me vio, le dio tanta rabia, ella le contó a sus hermanas, le contó a su familia, le contó su versión de la historia entonces, todos creen o creyeron en ese momento que yo la dejé a ella para irme a

vivir con Alberto y tener un hijo. ¡Bruta! Y no me volvieron a hablar, o sea te juro, no me volvieron a hablar” (Historia de vida Luna).

La reacción de su madre al saber que ella estaba en embarazo desencadena una serie de acciones por parte de su familia que sancionan este hecho. Y finalmente el rechazo y distanciamiento de su familia hacen que su pareja fuera su único apoyo, lo cual lleva a la convivencia como única alternativa y a la tolerancia de la violencia ante la ausencia de una red de apoyo:

“es que nadie me hablaba, ni mis tías, ni mi prima que era como una hermana, ni mis amigos de la iglesia, nadie... era como si tuviera una X en la espalda. Además, porque eso hacía que yo tuviera que estar con Alberto. Pues si no tenía a nadie más ¿Cómo con quien me iba a ir?, ¿sola?, ¿Con Sol?, pues no, tenía que quedarme ahí”.

En la historia de Luna, es evidente como su relación de noviazgo y el embarazo de adolescencia se sancionan por ser una transgresión a las regulaciones existentes sobre la sexualidad de los jóvenes provenientes de dos vías: por una parte esta maternidad ilegítima desde una moral católica, que es dominante en nuestro país, donde las relaciones sexuales y la maternidad fuera de una relación conyugal son tradicionalmente sancionadas; pero, por otra parte porque las regulaciones de las conductas sexuales a través de la autovigilancia, estrategia del gobierno de la sexualidad juvenil en el marco del modelo de desarrollo capitalista neoliberal, le exigían haber pospuesto la relación de pareja, la relación sexual, y por supuesto la maternidad, que además son prácticas no acordes para su edad y perjudiciales para su salud, en favor de su proyecto de vida.

Mafe, la hija de Tatiana, nació en 1994 cuando ella tenía 18 años. La experiencia de quedar en embarazo en ese momento de su vida fue sancionada de dos maneras. En primer lugar, con el rechazo por parte de su mamá posterior a la noticia y durante

los primeros meses del embarazo, ella dejó de hablarle y manifestó abiertamente que no iba a apoyar tildando la situación como producto de la "irresponsabilidad":

"Ahí mi mamá cuando nos habló nos dijo: ¿ustedes tuvieron la responsabilidad o irresponsabilidad! De hacer lo que hicieron, y de mí no esperen ni siquiera un par de medias. Fue lo que me dijo. Esas palabras las tengo como acá [señalando la frente]. Como grabadas. Y éramos los tres sentados en la sala y yo no hacía sino llorar. Juan Carlos le dijo a mi mamá que él se hacía cargo de todo. Mi mamá le decía que ¿Cómo?, si él estaba estudiando. Pero que si había sido tan responsable para hacer lo que hizo entonces que siguiera así. Y mi mamá dijo que me quedaba bajo el techo de ella por lo que tenía, por el quiste que tenía, pero apenas saliera de eso que yo tenía que mirar que era lo que hacía con mi vida".

En el caso de Tatiana las situaciones, maneras y discursos que son fuentes de señalamiento, sanción y estigmatización reflejan la forma en cómo opera la vigilancia en torno a las conductas sexuales de las y los jóvenes a través de la transferencia que se les hace de las decisiones relativas a la administración y protección de su salud, el control de su reproducción y la construcción de su proyecto de vida (Viveros, 2004, pág. 158). El embarazo y la maternidad se presentan inicialmente como un castigo por haber fallado en estos aspectos: tener relaciones sexuales, no protegerse, o no concentrarse en sus actividades académicas. Esta forma particular de programación de la conducta reproductiva constituye un elemento básico del ejercicio de la violencia simbólica sobre ella, mostrando como el discurso hegemónico la interpela haciendo que se reconozca y se enuncie como responsable de "la (auto) producción de fallas y crisis en el dispositivo de control y dirección de su conducta" (Melo, 2010, pág. 46).

Además de su familia, la escuela se convierte en un escenario en el cual se pueden patrullar las normas sociales del sistema sexo/género, basándose en este modelo de juventud que "determina las temporalidades adecuadas para cada evento sexual y

reproductivo” (Viveros, 2004, pág. 147). Esta vigilancia sobre los comportamientos sexuales y reproductivos que deben ser asumidos por los jóvenes incluye la exclusión de las adolescentes en embarazo del espacio escolar con el propósito de controlar la reproducción y la alteración al orden social en sus pares. Así lo relatan Tatiana y Luna:

Tatiana en momento de reingresar al colegio, se encuentra en estado en embarazo, allí le ofrecen la jornada nocturna para que no se convierta en un mal ejemplo:

Ahí me toco ir hablar al colegio y ahí me dieron la opción de que validara por las noches, ese colegio queda en el Restrepo, sobre la Caracas y yo les decía: no, yo ¿cómo?, validar, venir acá clase... validar no, ir a estudiar por las noches que ¡porque era un mal ejemplo! Porque en ese tiempo fue la primera tutela que puso una niña que estaba embarazada para que la dejaran estudiar. Entonces me decía exactamente eso, que yo era un mal ejemplo, que yo era una influencia negativa para mis compañeras y como era un colegio femenino; que eso no estaba bien visto, que con uniforme y con barriga, que ¿yo cómo iba a ir?, que yo si ni siquiera esos meses había podido entrar a clase que ¿Cómo me iba a poner al día?, Qué mis permisos y mis mareos que yo ¿Cómo iba a seguir?, bueno mejor dicho (Tatiana).

Esto mismo lo observaba Luna en su colegio antes de quedar en embarazo:

En mi colegio yo no vi una niña embarazada estudiando. Y te aseguro que no es porque no hubiese una niña embarazada, sino pues porque no la permitían, si usted quedó embarazada, chao, tiene que irse para su casa a tener a su bebé, o hacer otras cosas, o a estudiar de noche o validar, porque tú no podías hacer eso. Los colegios no, no.... Y menos en un colegio de monjas estaba bien visto. Si en el colegio de monjas nunca nos hablaron de esto (Luna).

La manera en que Luna y Tatiana percibieron el señalamiento y rechazo desde el ámbito familiar y escolar se corresponde con los hallazgos de la investigación Llanes (2014) con mujeres de 25 a 35 años que habían tenido su primer hijo entre los 12 y los 19 años en Tijuana México. Las jóvenes entrevistadas por Llanes (2014) mencionaron que “constantemente sintieron sanciones sociales y juicios frente al hecho de haber sido madres adolescentes tanto de personas externas como de familiares (Llanes, 2014; pág. 21), sin embargo, frente a estas reacciones estas mujeres se sobreponen resignificando la maternidad adolescente como en términos positivos.

En este mismo sentido la revisión sistemática de literatura sobre maternidad adolescente en Reino Unido hecha por McDermontt y Graham (2004) mostró que la experiencia de la estigmatización de las mujeres jóvenes no está limitada a unos pocos comentarios despectivos, sino que ellas encuentran un nivel de juicio y hostilidad en una amplia gama de sitios sociales, como escuelas e instalaciones educativas, servicios de asistencia en salud, bienestar y vivienda, en sus barrios y de sus familias. Y de la misma manera que Llanes (2014), estas McDermontt y Graham (2004) encontraron que las madres jóvenes han resignificado de forma positiva esta experiencia considerando que les permitió alcanzar madurez y convertirse en adultas responsables y afectuosas.

Estas investigaciones respaldan la idea de que las “madres adolescentes” como sujetos sociales están construidas sobre la base de la estigmatización, proveniente de los diferentes espacios de socialización en los que se han incorporado las nociones de adolescencia construidas desde una perspectiva biomédica, psicológica y escolar, de metas sociales exitosas definidas por el modelo capitalista neoliberal, y de la racionalidad y el cálculo como principios para ordenar nuestras trayectorias reproductivas; una lógica que espera de las jóvenes que sean capaces de autorregularse y autodisciplinarse con el propósito de lograr un futuro mejor para

ellas y que ubica a aquellas que se convierten en madres, como una falla de este modelo, y como una elección del estancamiento de su posibilidad de movilidad social.

Adicionalmente, estos estudios sugieren que una de las formas de señalamiento por su posición edad y clase fuera de las normas culturales dominantes de la maternidad, es la etiqueta de que son madres 'inadecuadas' (McDermontt y Graham, 2004; Llanes 2014). En el caso de Tatiana y Luna, este señalamiento de una maternidad inapropiada radica en primer lugar una sanción del inicio de la vida sexual fuera de las condiciones sociales deseadas vinculadas a valores propios de una moral religiosa y en segundo lugar en la culpabilización por haber fallado en las prácticas de gobierno de sí y afectar sus proyecciones a futuro.

3. Las “Niñas de su casa”

Anteriormente señalé como las participantes se perciben a sí mismas como “más maduras” con respecto a sus pares gracias al reconocimiento de la responsabilidad y madurez que adquirieron al convertirse en madres, una resignificación positiva como forma de resistirse al señalamiento. En contraste, las cuatro participantes, ante la situación de un embarazo que no habían planeado se describen así mismas como “niñas de su casa”, refiriéndose a la inocencia y desconocimiento frente el escenario al que se enfrentaban; en este sentido, se perciben como menos preparadas con respecto a sus pares principalmente en lo que se refiere a la sexualidad; así, ante la noticia del embarazo se enuncian como “niñas” y no como jóvenes o adolescentes.

Luz se había ido de su casa a los 17 años y había asumido una independencia económica desde este momento, tenía 22 años cuando tuvo a su primera hija, sin embargo, ella percibía que era muy joven para ser madre ("una niña criando otra niña") y que no estaba preparada ni cualificada para serlo. Esta percepción de ser

muy joven para su edad también se asociaba al hecho de haber sido muy controlada durante su niñez:

“Yo sentía que en parte pues estaba muy joven. Yo tenía 21 años y mi vida no había sido la de unas muchas pues de pronto... como muy normal, de las que viven en la calle que tienen más mundo, no. Porque yo... mis papás eran muy mayores, mi papá tenía como 60 años cuando yo nací y mi mamá tenía 43, entonces mi educación fue más la de la niña de la casa, sería, que no puede salir, que usted no puede hacer esto; entonces para mí resultar en embarazo para mí era algo... que yo decía no, pues yo soy una niña, ¿yo cómo voy a criar una niña si yo no sé de esto?”

Por su parte Patricia, aunque desde el contacto inicial aclaró que no fue madre siendo adolescente, sentía que era una mentalidad muy “inocente” para su edad:

“Bueno pues yo siempre había sido muy consentida en mi casa, por mi papá y mi mamá, pues porque yo era casi la menor; entonces me crié como muy consentida, muy, muy, muy consentida muy... Yo ni siquiera sabía que era una relación sexual, que era tener un orgasmo, no conocía a un hombre desnudo jamás [... más adelante...] Bueno entonces toda la experiencia fue terrible y más terrible aun cuando supe que había quedado embarazada con una sola relación sexual; cuando yo pensaba que uno quedaba embarazado por ahí en una piscina y todo, porque eso no me lo habían explicado en mi casa y ya tenía 21 años... si entonces por lo que te cuento era un cuerpo muy grande y una mente de niña por decirlo de esa manera”.

Luna y Tatiana, aunque no se extienden en una explicación al respecto se refieren a ellas mismas en términos similares:

“Además es que yo era chiquita, ósea yo era una niña, Alberto fue mi primer novio ósea yo ni siquiera iba a fiestas. Yo estoy completamente convencida que, si tú tienes 17 años, 18 años, 19 años, 20 años, para mí a los 20, 21, 22, tú todavía eres chiquita. Ósea, no estás preparado para eso”. (Luna).

“En ese momento tenía yo... 17 años, estaba súper enamorada, linda, juiciosa, y en realidad era una niña de la casa: ósea mi mamá ni fiestas, ni amigas, ni nada. Muy muy de la casa, muy de la casa” (Tatiana).

Estos fragmentos reflejan que la expresión, recurrente, de las “niñas de la casa” tiene como trasfondo dos aspectos claves: en primer lugar, el desconocimiento de temas relacionados con la sexualidad, y a la vez sobreprotección, control y sanción de ésta previo al momento del embarazo. Y, por otra parte, está la percepción de que habitar el espacio doméstico (“de su casa”), es moralmente más apropiado y seguro para las mujeres jóvenes.

En relación el desconocimiento de su sexualidad, Patricia enfatiza: *“había quedado embarazada con una sola relación sexual; cuando yo pensaba que uno quedaba embarazado por ahí en una piscina y todo, porque eso no me lo habían explicado en mi casa y ya tenía 21 años... si entonces por lo que te cuento era un cuerpo muy grande y una mente de niña”*. Aquí ella denota la ausencia de información con respecto al tema de sexualidad en su casa, lo cual coincide con las percepciones de las otras participantes en relación con su educación sexual:

“Además, yo siempre pensé que eso no era tan rápido, siempre pensé que... además yo creo que Alberto nunca se imaginó que eso fuera a pasar. Pues imagínate a la segunda vez y yo quedo embarazada, ¡¡¡A la segunda vez!!! [Énfasis]. No pues yo estaba cero informada, mi mamá, nunca me dijo eso” (Historia de vida Luna).

“Pero no, no, no, ósea para nada, mi mamá nunca se sentó ni me habló, mucho menos mi papá, mi abuelita menos. Es que es la hora que... lo que yo le digo Andrea, yo le decía Juan: Ay yo creo que usted es estéril o yo soy estéril, porque duramos un año teniendo relaciones y yo no quedaba embarazada. Y nunca me preocupé por nada, nunca llegamos a sentarnos a decir bueno ¿y si, ¿sí?, y si usted queda embarazada y

¿qué vamos a hacer?, No nada, era simplemente como pasar el tiempo, es el momento y ya. No era nada más, pero no nada, nada...” (Historia de Vida Tatiana).

Las participantes no solo se veían enfrentadas a la falta de información con respecto al cuerpo, las relaciones sexuales, los métodos de planificación, sino que inician la vivencia de la sexualidad con mitos con respecto a ello. Hablar sobre sexualidad se limitaba al tema reproductivo y eran evitados por sus padres como lo relata Tatiana:

“¡Ah! Otro día hablé con mi mamá, yo solamente le dije ¿Qué diferencia entre un anticonceptivo y un preservativo? Y eso fue por una película, y me dijo: anticonceptivo para las mujeres, preservativo para los hombres, y yo: mmm ¿?, yo ¡Ah ya!... yo no sabía si eso era una pasta, si eso era algo que uno se inyectaba, que se ponía, no ni idea, nada, nada, nada, nada. Entonces no sé si era como mucha reserva en ese tema para todo”. (Historia de Vida Tatiana).

O eran abordados con el propósito de generar temor hacia su sexualidad como una estrategia para la prevención:

“No, con nadie. Porque resulta que como yo te conté mis papás eran muy adultos y entonces mis papás lo que me decían es: usted no puede tener novio porque la embaraza, usted no le puede dar un beso a ese muchacho porque la embaraza. Yo crecí con eso”. (Historia de vida Luz).

O se encuentran con reacciones violentas que sancionan y castigan el interés en la sexualidad. El caso de Luna refleja esta situación en extremo. Cuando su madre supo que tenía una relación de noviazgo la agresividad y el maltrato físico por parte de ella se exacerbó, incluyendo además de golpes ofensas verbales que aludían al ejercicio “inadecuado” de la sexualidad en su condición de mujer joven:

“A los 16 años, si a los 16 años nos hicimos novios, pero mi mami no lo quería, entonces fue una situación muy, muy, muy difícil, mi mami se puso furiosa, ella peleaba todos los días. [...] Ella, yo llegaba del colegio y ella me pegaba, me preguntaba usted dónde estaba, yo sé que usted no estaba en el colegio, yo sé que usted estaba con ese, bueno, en fin.

Porque como servirte la comida y tirártela toda ahí (gesto despectivo, la lanza despectivamente sobre la mesa) y me decía... es que me da pena decir groserías... y me decía como perra, porque usted es una perra, me decía. Todo el tiempo así, y eso iba a los golpes y me mordía. [...] La última vez que pasó ese tema, mi mamá me pegó en la cara, como que me hizo ahí y pum, me metió un puño en la cara y la cara se me inflamó. Yo tuve que ir al otro día al colegio con la cara.... Y tuve que entrar a explicarle a todo el mundo que me había pasado, entonces que me pegué, entonces que me caí, pero eso fue como que un... como que yo ya no podía más, como que ya no podía resistir más, o sea yo de verdad me iba a tirar a un carro, no podía más estaba cansada y esa la fue la última vez, pues la de haberme pegado en la cara”. (Historia de Vida Luna).

Así, estas situaciones narradas por las participantes relacionadas con la sexualidad a lo largo de su adolescencia muestran como esta se les presenta como territorio desconocido y peligroso, lo cual justifica el control y dentro de esto la sanción de las conductas inadecuadas, incluyendo el embarazo durante su adolescencia. Esto es lo que hace que, al iniciar su vida sexual y consecuencia de ello quedar en embarazo, ellas se sintieran desinformadas y sin elementos para decidir en este espacio de su vida.

Esta concepción de la sexualidad arraigada en sus familias, la censura y el control sobre el ejercicio de su sexualidad, está enmarcada en la lógica de cuidado y prevención de los riesgos que social y culturalmente se han asociado con esta etapa

de la vida. Es aquí donde se conecta con la concepción de ocupar el espacio doméstico “ser de su casa” como un modelo de feminidad moralmente valorado.

“Ser de su casa” se refiere no solo a hacerse cargo de actividades propias del espacio doméstico, sino principalmente a distanciarse de espacios de socialización en la adolescencia, como las fiestas, que se consideran riesgosos. Su definición como niñas de la casa, establece una correspondencia entre el distanciamiento con estos espacios y su falta de experiencia y conocimiento en relación con la sexualidad:

“Yo sentía que en parte pues estaba muy joven. Yo tenía 21 años y mi vida no había sido la de unas muchas pues de pronto... como muy normal, de las que viven en la calle que tienen más mundo, no” (Luz).

“Alberto fue mi primer novio o sea yo ni siquiera iba a fiestas” (Luna)

“En realidad era una niña de la casa: o sea mi mamá ni fiestas, ni amigas, ni nada. Muy muy de la casa, muy de la casa”. (Tatiana).

De esta manera, la ausencia de circulación de la información sobre temas relacionados con la sexualidad, la censura y control sobre las conductas que indican un interés en el tema, así como la prohibición de participar de espacios de recreación con pares considerados riesgosos y el privilegiando del espacio doméstico como seguro, configuran la forma en que se estructura el posible campo de acción de estas jóvenes en relación con su sexualidad, es decir, todas estas acciones establecen formas de ‘gobierno sobre la sexualidad juvenil’ (Viveros, 2004) presentes en el contexto familiar y escolar del que ellas hacían parte.

Aquí me parece importante señalar que al iniciar la narración sobre su primer embarazo no se nombran a sí mismas como madres adolescentes o madres jóvenes, pero, si es en este momento en el cual aparece esta categoría para describir

cómo eran ellas y su vida previo al momento del embarazo y es usada a la vez como una explicación de que éste se hubiera presentado de manera inesperada.

De esta manera, la figura de las “niñas de la casa” es usada por las participantes como la forma de reconocerse a sí mismas en el momento en que quedaron en embarazo, incorporando en esta definición las diferentes formas de gobierno sobre la sexualidad que experimentaron durante su adolescencia, construidas sobre la base de un modelo de feminidad adecuado.

A modo de conclusión

Una de las intenciones iniciales por las que surge pregunta por la “maternidad adolescente”, era cuestionar la connotación problemática que había sido construida desde los discursos hegemónicos de la psicología y la medicina, los cuales me atravesaban profesional y personalmente. Por otra parte, mi interés por confrontar la problematización social de las madres adolescentes partía de considerar que esta era producto de las regulaciones externas sobre los cuerpos y la sexualidad de las mujeres jóvenes.

Sin embargo, en el encuentro con las historias de vida me permitió darme cuenta que la construcción de “madres adolescentes” como sujetos sociales “anómalos” no es solo producto de regulaciones externas y de la dominación sobre: la población joven, las mujeres, y las clases subalternas, sino que se da a través de formas de gestión de las conductas mucho más sutiles que implican la aceptación de los individuos y las poblaciones de estos regímenes de verdad.

Entendiendo esto, pude darme cuenta que si bien en la interpretación que las participantes hacen de su propia experiencia incorporan una definición problemática de la adolescencia y una percepción de la “maternidad adolescente” como inadecuada desde las normativas neoliberales, estos mismos marcos

discursivos permiten generar resistencias y reinterpretaciones de categorías como adolescencia, éxito y fracaso en la vivencia de la “maternidad joven”, como señalaré a continuación:

Si bien las participantes hacen uso de una definición hegemónica de la adolescencia como etapa de transición entre la infancia y la adultez para describir las vivencias de sus hijas e hijos, se resisten a encuadrar sus propias experiencias en estos términos. En primer lugar el excesivo control sobre los conocimientos y prácticas de la sexualidad proveniente de la institución familiar y escolar hace que en la edad que correspondería a la adolescencia ellas se perciban aun como niñas: “niñas de su casa”. Y por otro lado, la participación en el trabajo doméstico y en negocios familiares desde la niñez y la maternidad implican para ellas un tránsito “temprano” a formas de ser y pensar propios de la adultez, sin lugar a una etapa determinada de transición.

Por otra parte, aunque la pertenencia a una clase socioeconómica determinada no fue un criterio de elección para las participantes, las cuatro provienen de clases populares. Esta característica marca de forma definitiva, la forma en que Luz, Luna, Patricia y Tatiana experimentan el hecho de ser “madre joven”. Para ellas la maternidad es evaluada de forma ambivalente, de un lado es percibida como un “fracaso” en la medida en que limitó sus trayectorias educativas impactando la inserción en el mercado laboral, sin embargo, es también una experiencia “exitosa” porque contribuye a dar sentido a la vida y adquirir madurez y valentía, cualidades que se desarrollan al sobreponerse a las dificultades iniciales que implicó la “maternidad temprana”

Finalmente esta condición de “fracaso” es superada y reparada al garantizar que sus hijos e hijas gracias a sus acciones tuvieron la posibilidad de vivir una transición adecuada hacia la adultez y gozar de las condiciones necesarias para

lograr una movilidad social ascendente por medio de la educación. Trastocando de esta manera el señalamiento que recae sobre las madres jóvenes de clases subalternas de perpetuar las condiciones de pobreza en las que se encuentran y además que esta se reproduzca en sus hijos e hijas.

Así, aunque yo esperaba una crítica y resistencia a aceptar una definición de la maternidad adolescente como problema social, sus narrativas me llevaron a explorar una comprensión de esta más allá de un binomio bueno/malo. Y a explorar la relación de los discursos sobre la planificación, la sexualidad juvenil y la juventud misma en la configuración de este fenómeno social.

Esto me plantea retos importantes en el ejercicio de mi papel en la “educación sexual”: en primer lugar, dejar de tratar el embarazo y la maternidad como sinónimos, incluyendo reflexiones en torno a la participación masculina tanto en la anticoncepción como en la crianza (paternidad). En segundo lugar, desplazar la anticoncepción del lugar protagónico que ha adquirido en el abordaje de la sexualidad de los jóvenes para incluir temas como la posibilidad de negociación en las relaciones afectivo sexuales, la violencia de género, la diversidad sexual..., etc., y finalmente la inclusión de un enfoque real de género en el que se supere la dicotomía heteronormativa y que permita el debate sobre las prácticas y costumbres sexuales actuales de los y las jóvenes.

Capítulo 2. “Encargarse de todo”

Encuentros y desencuentros entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado.

La asignación de las labores de cuidado a las mujeres, y en este caso a las madres, opera partiendo de la *‘división sexual del trabajo’*, que se establece como producto del capitalismo, el mercado y la modernidad. Esta división opera desde una lógica binaria y jerárquica asignando a los hombres el trabajo productivo, remunerado en la esfera pública y a las mujeres el trabajo reproductivo, por fuera del mercado y su valoración social (Pineda, 2011). Esta concepción del trabajo, como lo plantea Scott (1993) llevó a valorar el trabajo que producía para la venta y a desconocer el trabajo para el cuidado de las personas, desvalorizando el trabajo reproductivo y de las mujeres.

De esta manera a las mujeres se nos asigna por excelencia el lugar de esposas y madres, en el espacio doméstico, dentro el cual nos corresponden la realización de las tareas de cuidado físico y psicológico de la familia. Partiendo de esto, el cuidado de las madres hacia sus hijos e hijas se instala como una cualidad “propia del ser mujer” y entendido no como una responsabilidad y trabajo para el mantenimiento del otro, sino como actividades realizadas y motivadas por las relaciones de afecto hacia quienes reciben este cuidado.

Por otra, parte diversos autores (Arnijo, 2016; Tobio, 2012; Gómez y Pérez, 2012; Batthyani, 2002) la extensión de la actividad laboral femenina ha generado cuestionamientos frente a esta lógica de la división del trabajo. A pesar de ello, como lo señala Batthyani (2002): “aun con la incorporación de la mujer al mundo laboral

se mantiene la tendencia a considerar al hombre como principal proveedor y a la mujer en su rol de reproductora de la familia, aun cuando ésta tenga responsabilidades laborales en condiciones similares a las del hombre” (pág. 214).

Luz, Luna, Patricia y Tatiana, a lo largo de su historia participaron activamente del mercado laboral. Para ellas desde el momento del embarazo, la maternidad ha implicado tensiones entre estas actividades fuera del espacio doméstico por las que recibían una remuneración requerida para el sostenimiento económico de sus familias y la responsabilidad de cuidado de sus hijos e hijas.

Partiendo de esto en el presente capítulo abordaré en primer lugar la manera en que la maternidad para estas mujeres engloba el trabajo remunerado y no remunerado como una “carga global de trabajo” (Martín Palomo, 2011) y que incorpora las dimensiones materiales del tiempo y espacio, así como la regulación de las emociones, particularmente en relación con los cuidados de sus hijos e hijas. En segundo lugar, analizaré situaciones en las cuales, en su ejercicio como madres, se evidencia la invisibilidad y falta de reconocimiento del trabajo de cuidado que realizan para sus hijos e hijas. Y finalmente consideraré la forma en que el cuidado se constituye en una dimensión fundamental en la evaluación moral de la maternidad, y que genera en las participantes posturas ambivalentes frente a si son o no “buenas madres”.

1. El arte del malabarismo: entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado

En las calles de Bogotá es común ver “malabaristas” presentar elaborados actos en el corto interludio de un semáforo en rojo. La variedad de actos es tan incalculable como sorprendente.

Una vez pude observar a uno de estos artistas por aproximadamente media hora. Su acto consistía en colocar un balón girando la punta de un paraguas abierto; el mango de este paraguas iba creciendo hasta alcanzar la altura de unos 50 metros y el balón en la cima no dejaba de girar. Posteriormente apoyaba el mango del paraguas en su mentón, liberaba sus manos, e iniciaba a hacer malabares con tres mazas. En el transcurso de estos treinta minutos, pude ver como se alternaban las veces en que perdía el equilibrio con aquellas en las que lograba hacerlo a la perfección. En varias ocasiones tras un error diseñaba una nueva estrategia que le permitiera armonizar los diferentes elementos rápidamente y terminar justo a tiempo para recibir el reconocimiento de sus espectadores: una moneda.

Como este malabarista, Luz, Luna, Patricia y Tatiana, armonizaron diferentes elementos: el tiempo, el espacio, las emociones, el dinero, etc... para lograr conciliar el trabajo remunerado y la responsabilidad del cuidado de sus hijos e hijas. Las estrategias que crearon para completar este acto son diversas y se transforman a través de las situaciones particulares que se suceden en sus historias como mamás: en cada cambio de semáforo.

En este sentido hay dos situaciones que me parece clave resaltar en las historias de vida de Tatiana, Luz, Luna y Patricia en cuanto a la relación entre maternidad y trabajo: en primer lugar, la manera en que para todas ellas la noticia del embarazo implicó la necesidad de tener un “trabajo” que les garantizara un ingreso para el sostener a sus hijos e hijas, aunque el ingreso al mercado laboral no necesariamente está ligado al hecho de convertirse en madres. Y en segunda estancia, quisiera destacar que las maneras en que estas mujeres han resuelto estas tensiones reflejan la puesta en marcha de su flexibilidad y creatividad para generar estrategias que les permitan garantizar el cuidado permanente a sus hijos e hijas y de manera simultánea la realización del trabajo remunerado y en algunos casos con el estudio, como un elemento central en su calidad de vida.

1.1. “Una obligación más dura”: embarazo y trabajo.

La situación económica en el momento del embarazo implicó para Tatiana, Luz, y Luna la obligación de priorizar el trabajo remunerado para poder cumplir con los gastos que implicaban un hijo o hija, reforzando la necesidad de mantenerse activas en el ámbito productivo. Por ejemplo, la trayectoria laboral de Luz inicia a los 17 años con la decisión de irse de la casa, a la vez que iniciaba sus estudios profesionales; la noticia del embarazo hace que priorice el trabajo sobre el estudio hasta el momento actual. Lo cual se refleja en el siguiente fragmento:

“Fue muy duro. Pero igual no dejaba de pensar en que me tenía que retirar de la universidad, yo no me quería salir porque quería estudiar, sin embargo, pues me tocó, porque ya era una obligación más dura, más pesada y era un hijo; pues yo decía llegar a las 10 de la noche a mi casa de una universidad con un bebe recién nacido, pues no me veía ahí, para el estudio... me retiré”.

Y agrega:

“Cuando ya quedé embarazada, pues lógicamente me salí de estudiar porque ya me quedaba muy pesado, sin embargo, seguí trabajando pues todo el tiempo, porque pues necesitaba las cosas para mi hija. [...] En el embarazo me fue muy bien, trabajé todos los 9 meses del embarazo, eeh sin faltar ni un solo día, nunca me enfermé”.

De esta manera, para ella el abandonar el estudio fue una de las decisiones difíciles que tomo a partir de su primer embarazo y el trabajo remunerado adquiere entonces para ella una gran relevancia para prepararse para el nacimiento de su hija.

De manera similar, Luna, también inicia su vida laboral al tomar la decisión de irse de su casa los 17 años. Con ayuda de una tía logra ingresar a un bachillerato nocturno para terminar sus estudios secundarios y a un trabajo de confección de

manera informal, pues era menor de edad, esto implicó un salario bajo y ninguna prestación social.

La situación económica en el momento del embarazo era difícil, su pareja no tenía trabajo, él tenía a cargo sus dos hermanos menores, y el ingreso de ella era insuficiente; vivía con una tía y una prima lo cual le permitía ajustarse un poco, pero coincidentalmente tuvo que irse de este lugar justo después de haberse enterado de su embarazo. El no poder seguir viviendo con su familiar y dada la difícil situación tanto para ella como para su pareja, hizo que tomaran la decisión de convivir como alternativa para ahorrar para los gastos que debían asumir una vez naciera la bebé:

“Él me dijo: Vámonos para la casa, tú te quedas en la casa, en el primer piso de la casa mientras tanto, mientras ahorramos porque ahora hay que pensar en el bebé, pues pagar un arriendo ahorita yo no puedo, yo estoy buscando trabajo”. Y pues mi trabajo era poquito, yo tenía que estudiar, porque estaba estudiando de noche y trabajando de día, entonces tampoco es que fuera a estar mucho tiempo en ese arriendo, pues en donde iba a pagar un arriendo, dinero que tampoco teníamos porque la bebé ya venía, en 3 meses...”

Esta decisión le permitía trabajar, continuar sus estudios para finalizar el bachillerato en la noche y tener el ingreso suficiente para prepararse para el nacimiento de su hija. Esto implicaba jornadas extenuantes: salía a las 4 de la mañana para su trabajo y llegaba 10 u 11 de la noche después de estudiar.

Así, el ingreso al mercado laboral por parte de Luz y Luna es precario debido a su edad y nivel educativo en el momento de hacerlo, sin embargo, antes del embarazo es un medio para mantener su independencia y continuar sus proyectos de formación académica. La noticia del embarazo implica para ambas renunciar a aspectos importantes de su vida con el propósito de destinar estos recursos a las

necesidades de la hija por venir, en el caso de Luz a sus estudios y en el caso de Luna a una independencia de su pareja, forzando la convivencia.

De otro lado, para Tatiana, el embarazo implicaba una carga económica la cual sus familias enfatizaban debía asumir el papá de su hija, reforzando la división sexual del trabajo:

“Juan Carlos le dijo a mi mamá que él se hacía cargo de todo. Mi mamá le decía que ¿Cómo?, si él estaba estudiando. Pero que si había sido tan responsable para hacer lo que hizo entonces que siguiera así. Y mi mamá dijo que me quedaba bajo el techo de ella por lo que tenía, por el quiste que tenía, pero apenas saliera de eso que yo tenía que mirar que era lo que hacía con mi vida [...] Ya a Juan Carlos le tocó pasarse a estudiar en la noche para poder trabajar en el día, en el siguiente semestre, porque de dónde [...] pues ¡dinero no teníamos!; mi tía Patricia era la que cuando iba nos daba, mi mamá también, pero a veces no nos dejaba dinero, entonces con ese poquito de dinero era que yo conseguía las cosas del bebé.”

Adicionalmente, ella se ve obligada a dejar de estudiar por el alto riesgo de salud durante el embarazo y a permanecer en casa; ante esta situación surge la alternativa del trabajo informal, para Tatiana, como una forma de obtener ingresos para su hija:

“Mi tía tenía un Jardín en el primer piso donde mi abuelita y yo bajaba a ayudarle, y ella me pagaba; yo bajaba no sé, a hacerle rondas a los niños o cosas así, aun estando embarazada, y mi tía me daba algo, me acuerdo que eran como diez mil o cinco mil pesos que me daba. Y todo eso lo iba guardando yo, y guárdelo y compre teteritos, cremitas y todas esas cosas”.

En la experiencia de estas tres mujeres Luz, Luna y Tatiana el embarazo tiene implicaciones en su relación con el trabajo. Para todas el tener un hijo involucraba la obligación de obtener recursos propios para los gastos que iba a generar y esto

motivaba la priorización del trabajo sobre otras actividades o comodidades para ellas mismas. Sus historias dan cuenta de una condición socioeconómica donde renunciar a un trabajo que no es una posibilidad, menos cuando se presenta la maternidad, por lo cual desde el momento del embarazo sus decisiones buscan cubrir tanto las necesidades materiales como de cuidado de su salud para el bienestar de sus futuros hijos e hijas.

De esta manera su condición de clase supone la necesidad de un trabajo con remuneración como condición necesaria para asumir la maternidad. A pesar de que el trabajo tiene para ellas un valor en términos de reconocimiento y estatus social, en relación con la nueva situación de ser madres es en principio una necesidad.

1.2. Estrategias para cuidado de los hijos e hijas: tareas en simultáneo y disponibilidad permanente

Cuando los hijos e hijas nacen y en los primeros meses o años de vida, se construye una relación aparentemente inevitable de dependencia, las dinámicas de uso del tiempo cambian, y las necesidades de cuidado se diversifican. Ya no es solo la preocupación por que sus hijos e hijas “tengan lo que necesitan” en términos materiales, lo cual explicaba la importancia de un ingreso permanente, sino que surgen las necesidades físicas, de mantenimiento de la vida, el aseo, la compañía y atención, así como la necesidad de afecto.

En este sentido, los arreglos, preocupaciones, y soluciones que Luz, Patricia, Luna y Tatiana proponen para resolver la tensión entre el cuidado de sus hijos e hijas y sus actividades laborales, reflejan como el cuidado, parafraseando a Molinier (2011), va más allá de pensar o preocuparse por sus hijas/os intelectual o afectivamente, o de simplemente quererlas/os: es HACER algo, producir un determinado trabajo que participe directamente del mantenimiento o de la

preservación de la vida de ellas/os, es ayudarlas/os o asistirles/os en las necesidades primordiales como comer, asearse, descansar, dormir, sentir seguridad y dedicarse a sus propios intereses. Todas estas son actividades que requieren una gran cantidad de trabajo, de “un trabajo contingente, que participa directamente en el mantenimiento o la preservación de la vida del otro, de asistir sus necesidades básicas o en promover su autonomía” (Molinier, en Martín Palomo, 2011 pág. 75).

La manera en que esta diversidad de actividades relacionadas con el cuidado de los hijos y las hijas se articula en la cotidianidad se presenta de manera particular en cada una de las historias de vida de estas cuatro mujeres. Cada una de ellas pone de manifiesto la versatilidad y creatividad de la que echan mano en diferentes momentos de su vida para realizar las diferentes actividades de cuidado de sus hijos de manera simultánea o consecutiva, con disponibilidad permanente y dedicación constante (Ramón Ramos en Martín Palomo, 2011) a la vez que participan del mercado laboral.

A continuación, presentaré algunas situaciones narradas por cada una de las participantes en las cuales se refleja la complejidad de la dimensión temporal del trabajo de cuidado, incluyendo los esfuerzos intelectuales y psicológicos para garantizar la satisfacción de dichas necesidades, es decir, la planeación, preocupación, verificación de cómo estas son llevadas a cabo con un trabajo de administración del cuidado que las acompaña durante sus jornadas de trabajo remunerado dentro o fuera del espacio doméstico.

a. Luna: un buen equipo

Cuando nace Sol, la hija de Luna, ella pudo negociar el trabajo desde su casa para al mismo tiempo hacerse cargo de su cuidado (“la dieta”) y el de la bebé. Cuando su hija cumplió tres meses cambió de trabajo, pero tuvo que retirarse

cuando ella tenía 6 meses debido a que se enfermó "de algo grave"; como en este momento su pareja tenía trabajo ella decidió dedicarse a un trabajo voluntario en un jardín infantil, durante año y medio este trabajo cumplió una doble función: le permitía estar con su hija y a la vez salir de la casa y distraerse de la situación de conflicto que vivía con su pareja.

Esta situación es una expresión de flexibilización del trabajo para armonizar las actividades remuneradas con las no remuneradas del cuidado en el hogar, sin embargo la renuncia a una actividad remunerada profundizó la división sexual del trabajo: primero alejando a su pareja de las actividades de cuidado de su hija y resaltando su lugar como proveedor del hogar; y paulatinamente esto hizo que la convivencia, que había sido más que una decisión una contingencia frente a la situación que vivían en el momento que se enteraron del embarazo, se convirtiera en el escenario para que Luna asumiera totalmente la responsabilidad de las tareas domésticas y de cuidado no solo de su hija, sino de su pareja y su hermanos.

Pero, los ingresos de su pareja eran insuficientes para los gastos que tenían y ella empieza a buscar trabajo encontrándolo en "una oficina", esto le permitió mejorar su calidad de vida y a la vez ganar una independencia económica que la lleva a cuestionarse el maltrato físico, psicológico, y sexual por parte de su pareja.

Luna se separa de su pareja cuando su hija cumple 5 años. En ese momento estaba trabajando y adelantando sus estudios técnicos, para poder atender estas responsabilidades y al estar viviendo únicamente con su hija, debe dejarla *sola* en el apartamento desde la llegada del colegio hasta la noche en que ella llegaba de universidad. El cuidado de Sol era totalmente responsabilidad de Luna. El padre de acuerdo con la obligación legal aporta económicamente un valor mensual para gastos de su hija, pero es Luna quien debe asumir el sostenimiento económico, las

labores cotidianas de cuidado de su hija, así como el acompañamiento y formación afectiva y moral de ella.

En medio de esta situación, Luna opta por el acompañamiento telefónico como una estrategia para poder realizar simultáneamente varias de estas tareas:

“Yo la llamaba, ella me llamaba a la oficina, hablábamos por teléfono. De hecho, cuando yo me separé, que estaba en la universidad, vivíamos solas, entonces ella llegaba del colegio, la dejaba la ruta en el apartamento y ella tenía llaves del apartamento. Entonces ella llegaba, entraba, me llamaba: -bueno mami voy a comer lo que me dejaste, entonces yo voy a hacer- todo por teléfono-, y voy a hacer tal cosa -bueno si entonces hablamos en 30 minutos. Disponibilidad Permanente. Entonces yo la llamaba en 15 minutos: -¿Que estás haciendo?- estoy haciendo la tarea de esto, estoy haciendo la tarea de lo otro. No sé cómo se hace tal cosa... Tengo que hacer un no sé qué... -Bueno ven miramos como es... ¡Todo por teléfono!, [silencio]. Ella fue una niña tan juiciosa... cualquier otro o cualquier otra niña pudo haber decidido, irse todas las tardes y yo nunca hubiera sabido que estaba haciendo. O meter amiguitos o amiguitas a la casa. No, ¡Sol no es así!, Sol fue muy [pausa] muy juiciosa. Eso me ayudó muchísimo a mí, muchísimo. Imagínate tú que Sol se portara mal, yo como podría trabajar tranquila. Pues no, o sea, lo logré porque ella también me ayudó. Porque fuimos un buen equipo, desde que ella estaba chiquita, tenía 8 años y con llaves del apartamento, ¿raro no?, pero pues es que ella era juiciosa”.

El éxito de esta estrategia de acompañamiento en la distancia, es decir sin estar presente en el mismo lugar que su hija, requiere de la formación de autonomía y confianza en su hija, dándole un papel activo en su propio cuidado:

“Pero ella es lo que yo hice de ella, digamos que la clave está en confiar, en que yo siempre confié en ella, desde que estaba chiquita, siempre le decía: tú eres tan

inteligente mi amor, tú eres tan hermosa, tú eres brillante, tú eres una niña muy juiciosa, yo puedo confiar en ti. No tenía ningún problema. Desde chiquitica”.

La relación de interdependencia entre ella y su hija la lleva a reconocer que hoy han llegado a donde están gracias a que fueron “un buen equipo”: *“Imagínate tú que Sol se portara mal, yo como podría trabajar tranquila. Pues no, osea, lo logré porque ella también me ayudó. Porque fuimos un buen equipo, desde que ella estaba chiquita, tenía 8 años y con llaves del apartamento, ¿raro no?, pero pues es que ella era juiciosa”.*

A pesar de haber diseñado ella misma una estrategia que considera exitosa y le permitió desenvolverse en diferentes ámbitos únicamente con el apoyo de su hija, Luna termina evaluando la realización simultánea de estas tareas como un sacrificio de tiempo y atención a su hija:

“No te imaginas lo complicado que puede ser trabajar, estudiar y ver a tu hija. O sea yo hice todo eso, pero fue una experiencia es muy dura, es muy duro porque además terminas sacrificando algún aspecto de tu vida que generalmente es... pues él bebé, porque es al que menos tiempo le dedicas. Si no, es un proyecto de vida... ay veces que no sé ¿cómo lo pudimos hacer?, o sea no entiendo, como ella ya esta tan grande y como... como... como estamos hoy en esta situación”.

La estrategia de Luna de funcionar como “equipo” con Sol, apunta a una concepción diferente de la maternidad y el cuidado. El reconocer la agencia de su hija en algunos aspectos de su propio cuidado y fomentar en ella la autonomía para asumirlas, la relación de Luna y Sol pasa de ser de dependencia a colaboración, formando un equipo que favorece el bienestar de ambas. Aunque el acompañamiento telefónico implica para Luna la realización simultánea del cuidado de su hija con su estudio y trabajo, como equipo comparten responsabilidades frente a este, lo que permite la realización de proyectos personales de ambas.

Sin embargo, el tiempo presencial con su hija sigue siendo fundamental en la evaluación de la maternidad y a pesar del éxito de esta estrategia, Luna percibe una deficiencia en el cuidado al no poder dedicarse exclusiva o mayormente a atender a su hija. La importancia de un tiempo específico para que se lleven a cabo satisfactoriamente las labores reproductivas de cuidado de los hijos e hijas responde, de cierta manera, a los discursos hegemónicos de la maternidad en los cuales el ser madre representa la función principal de las mujeres y por medio de la cual obtienen su realización personal.

b. Tatiana: red de cuidados

Tatiana se encontraba terminando de validar su bachillerato cuando nace su hija y según recuerda aproximadamente dos meses después inicia el proceso para ingresar a trabajar en una entidad del gobierno (Registraduría Nacional); apenas acababa de cumplir la mayoría de edad, y con la ayuda de su mamá logra ingresar a este empleo. Recuerda que pudo alternar su primer trabajo con lactancia pues la ubicaron en un lugar cercano a su casa y su suegra “llevaba a la niña” para que le diera de comer. Desde este momento para poder articular las diferentes actividades, en la historia de Tatiana se evidencia el tejido de una red de cuidado protagonizada por las mujeres de la familia. El lugar de Tatiana, en dicha red, se alterna entre cuidadora y cuidada en diferentes momentos de su vida.

La mamá de Tatiana fue como ella “madre adolescente” y mientras ella estudiaba era su abuela quien se encargaba de cuidarla: le daba los alimentos, la recibía del colegio y “estaba pendiente” de como ella estaba. Al momento de quedar en embarazo surge una complicación de salud, un quiste que debe ser operado durante el embarazo para evitar una pérdida y convierte al embarazo en un riesgo para su salud; su mamá estaba enojada y ella se sentía aislada, rechazada y triste debido a su reacción, en estas circunstancias es su tía quien ofrece y brinda el apoyo

económico para el cuidado médico que requería, así como el apoyo emocional en esta situación:

“Me operaron del quiste durante el embarazo. Ya digamos el tiempo pasó, fueron los exámenes. Yo no... no re cuerdo... ¡ah sí! No sé porque la hermana de mi mamá, mi tía, bueno ella se enteró, Me imagino que fue por mi mamá, Un día me llamó y me dijo: Tatiana ¿Qué necesita? Y yo: ¿De qué? -Me dijo: Si yo sé, ¿Qué necesita Tatiana?, sé que la van a operar, dígame que necesita, ¿necesita dinero? - ¡Me acuerdo mucho! Osea es que esas palabras están como tan grabadas- ¿Necesita dinero? ¿Necesita un abrazo? ¿Necesita dónde vivir? ¿Qué necesita?”

Tras la operación del quiste y dados los cuidados especiales que requería tras el procedimiento, su abuela asume las labores de cuidado cotidiano, por lo que ella se queda a vivir allí:

“Ah! y como yo necesitaba muchos cuidados y no podía yo subir ni bajar escaleras, yo vivía con mi mami en una casa de dos pisos, entonces no había nadie que me cuidara, me fui para donde mi abuelita. Porque entonces mi abuelita dijo: no véngase para acá, ¿cómo se va a quedar donde su mamá?, su mamá trabaja, ¿quién la va a cuidar?, ¿quién le va a hacer? Y yo: ¡si abue! Entonces me fui para allá, yo a mi mamá le dije: mami me voy para donde mi abuelita, no sé qué; y mi mamá pues sí, digamos que ya estaba un poco laxa, me ayudó a empacar las cosas, pues no toda la ropa, pero si lo que necesitaba para que fuera y que me quedara unos dos meses allá, mientras me sanaba todo. Y llegue donde mi abuelita y pues como siempre había vivido ahí tenía mi habitación, mis cosas. Y pues abuelita es abuelita ¿no?, entonces era que el caldito por la mañana, no se levante no haga nada”.

Al nacer Mafe, su hija, e ingresar a trabajar fuera de la casa, el cuidado de su hija lo asume principalmente su suegra, quien tiene la disponibilidad y el deseo de hacerlo: *“Doña Emperatriz, la abuelita de Mafe, siempre fue... de verdad era una señora*

muy servicial, entonces pues jamás tuve problemas por eso, siempre: venga le cuido la niña, tranquila". Ella a lo largo de la vida de Mafe fue quien se encargó de su cuidado mientras ella y su pareja estudiaban y trabajaban. Sin embargo, frente a las decisiones y situaciones críticas acudía a Tatiana para que se hiciera cargo, por ejemplo, durante la adolescencia, Tatiana cuenta: "Doña emperatriz me llamaba: Mónica por favor venga, no, que hoy llamaron del colegio, que mañana se tiene que presentar que la niña no entro a clase..."

Su suegra había sido siempre "ama de casa" y el cuidado de sus hijos había estado a su cargo, los conocimientos y la disponibilidad de tiempo la hacían una candidata idónea para desempeñar esta labor, esto hizo que ella ocupara el rol de "madre" para Mafe, pues podía dedicar el tiempo y la atención que Tatiana debía compartir con su trabajo:

La abuelita de Mafe falleció hace 5 años de cáncer, eso fue otra etapa durísima para Mafe, entonces ahí si se acercó mucho más a mí. Porque siempre era como distante la relación, o sea digo yo que ellos fueron también como muy alcahuetas con Mafe y todo lo que decía, todo lo que pedían, todo lo que hacían.... Y eso fue durísimo para Mafe porque doña emperatriz fue otra mamá para Mafe, totalmente, y como doña Emperatriz era ama de casa, pues si estaba todo el día ahí cuando ella llegaba del colegio, la paladeaba, la educaba, le hacía. ¡Y fue duro, duro! Es la hora en que Mafe me dice: ¡es que ella era mi mamá!, y es duro escuchar eso, pero es la verdad, es la verdad.

Ella ha sido capaz de comprender esto gracias a su propia experiencia con su mamá y su abuela:

Lo que yo le decía a mi mami: mi abuelita para mí fue mi mamá, porque en los momentos que la necesité ahí estuvo, jamás me juzgó, jaaamaás me reprochó nada, y siempre fue como dando ese amor tan ¿desinteresado que tiene?; mientras que la

mamá por más de que uno lo quiere y obviamente por el amor que le tiene: uno corrige, porque uno quiere que hagan, o que sufran o que tengan. Ahora lo entiendo, yo le digo a mi mamá: ahora sí lo entiendo

En este sentido el rol de madre está estrechamente vinculado con una disponibilidad física y espacialmente permanente para la atención de las necesidades de los niños y las niñas; la exclusividad de estas mujeres (su suegra y su abuela) para el espacio doméstico hace que representen mejor la “figura materna”.

El único momento en que Tatiana pudo ocuparse de su hija de esta manera fue cuando su hija tenía 5 años, se queda sin empleo y nace su hermana menor, la confluencia de esta situación lleva su mamá a ofrecer remuneración por hacerse cargo del cuidado de su hermana, lo cual le permite ganar dinero y a la vez compartir con su hija y encargarse de su cuidado:

“Ah!, bueno, en todo ese tiempo mi mami quedó embarazada ¿no?, entonces también, y quedó embarazada y nació Wendy. Entonces mi mamá: ¡Ay! Que no tengo con quien dejarla, hija yo le pago, no sé qué. Y yo: ¡Listo! Y yo también le cuidaba la bebé a mi mami, Wendy, a mi hermana. Y bueno y bien y nanana [sic.] y salíamos, mi mami vivía como a tres cuadras de la casa donde Juan, porque de hecho nos conocimos ahí en el barrio. Y había veces que yo me iba era para donde mi mamá con Mafe y yo me quedaba era ahí donde mi mami cuidando a la bebé y todo, y allá comía, allá todo, y ya por la noche me iba pues a dormir a la casa”.

Esta red de cuidado en la que participan su abuela, suegra, tías, madre y ella misma son una estrategia que han construido para apoyar y garantizar el cuidado de los niños y niñas en la familia, y que han construido a lo largo del tiempo relaciones cercanas y entrañables entre ellas.

Sin embargo, surge la pregunta: ¿Y los padres?, a ellos les corresponde principalmente la obligación económica, garantizar que materialmente sus hijas e hijos tengan lo que necesitan. Su suegro, su padre y el papá de su hija han cumplido el rol proveedor a cabalidad.

La división sexual del trabajo que se refleja en esta distribución de tareas puede tener un fin práctico que facilite la cotidianidad, sin embargo, perpetúa un elemento jerárquico que no reconoce el valor, esfuerzo, cualificación y tiempo invertido en las actividades de cuidado. Sin embargo, la organización del cuidado y su lugar en las relaciones entre las mujeres de la familia hace que adquiera un valor importante para ellas en una experiencia compartida en relación con la maternidad.

Pero, posteriormente se da un evento importante en la estructura familiar que lleva a experimentar de otras maneras la maternidad. Cuando su hija tenía entre 5 y 6 años, empieza a tener dificultades con su pareja, el principal motivo de las discusiones es el poco tiempo que compartían juntos pues él estaba estudiando y trabajando, Tatiana cuenta:

“Y ya, digamos que las cosas ya como que bien, pero pues fuerte porque Juan trabajaba y estudiaba, entonces él llegaba tardísimo a la casa entonces casi no la veía; los fines de semana: que tengo que ir a hacer un trabajo acá, una cosa allá. Y yo digo que ¡de verdad éramos muy jóvenes!, pues, aunque Juan me llevara dos tres años siempre, pues 23, 24 años que tendría ¿qué?, y así duramos 6 años y ya no, ya llegó un momento en que dije: No Juan, esto va para ningún lado, lo que estamos es acá peleando todo el día, la niña se da cuenta, no estamos progresando, acá metidos en su casa; dije: no yo me voy”.

La ausencia de Juan era justificada por sus padres a pesar del malestar de Tatiana al respecto, aludiendo a que cumplía con su responsabilidad económica “déjelo que el muchacho trabaja”, los reclamos de Tatiana parecían injustificados; así,

Tatiana toma la decisión de separarse y regresar a la casa de su abuela. A pesar de que él no compartía mucho tiempo con su hija, al tomar la decisión de separarse, se presenta una discusión por la custodia de Mafe, principalmente por lo que implicaría para los abuelos paternos, pero finalmente se decide que Mafe se mude con Tatiana.

Tras la separación la participación del padre en la crianza y el cuidado trasciende el plano económico:

“No, no, nada, nada, nada. Él sí dijo: se va la niña y yo no le sigo ayudando, y yo: Pues miremos entonces a ver. Pero noooo [sic]., no nunca y aun así cada 8 días él iba y recogía a la niña, a veces entre semana él iba y se quedaba ahí, la veía, visitaba, lalala [sic.], todo ese cuento... Ya después se fueron arreglando las cosas y ya, como amigos. Ya Mafe cuando tuvo 12 años, de un momento a otro dijo: Mami yo me quiero ir a vivir con mi papá. ¡Eso fue durísimo!”

Sin embargo, la convivencia hace que siga siendo Tatiana quien se encargue de las tareas básicas de alimentación, aseo, formación de hábitos, y de las diversas actividades rutinarias de cuidado que Mafe requería; hasta aquí ella resume las dificultades de la maternidad aludiendo a las extenuantes jornadas que requieren las actividades de cuidado de su hija a pesar de contar con diferentes apoyos:

“Y gracias a Dios tuve pues el apoyo de mi familia y de Juan Carlos qué pues hasta el momento lo he tenido. Entonces eso no fue... fue traumático, porque no digo que no, si fue duro el trabajar, el llegar, el tenerla, el ver por ella; así como mi mami me enseñó a ser responsable, pues eso mismo hacia yo por Mafe, entonces su comida, su ropa, sus cosas, y llegar uno cansado y saber que lo tenía que hacer o querer uno dormir un poquito más por la mañana y saber que se tenía que levantar a bañar a arreglarla a dejarla lista, eso es duro. Pero sí son cosas que la hacen a una más fuerte y más valiente y a comparación de otras ¡eso no es nada!”

Finalmente, a los 12 años su hija decide vivir con su papá y sus abuelos paternos, situación que reorganiza y requiere la negociación de la formación moral y el cuidado intelectual y psicológico de Mafe, y cada uno asume de acuerdo con sus posibilidades los gastos referidos a su hija. Esta situación implicó para Tatiana, una reevaluación de su rol como madre, de su proceder en la formación moral de Mafe como muy estricto, y un esfuerzo por elaborar sus sentimientos frente a la situación por el bienestar de su hija, como veremos en el siguiente apartado.

El hecho de no convivir con su hija supone generar nuevas formas de acercamiento con ella; el tiempo dedicado a su hija se distribuye en visitas, llamadas, y mantenerse enterada de lo que le sucede estando no solo en contacto con ella, sino con quienes desempeñan ahora las labores cotidianas de cuidado: sus abuelos paternos y su padre. Sin embargo, Tatiana siente que las necesidades afectivas y psicológicas de Mafe son un aspecto del cuidado que le corresponde, dada la conexión que se establece entre hija y madre a través del embarazo:

“porque yo le decía a Mafe: Mafe es que o sea [sic.] Para la mamá es algo como tan propio, o sea [sic.] es que tú saliste de acá (señalándose el vientre) ... O sea [sic.] es como un brazo, por eso sé que es lo que tienes, sin que hables, sé qué es lo que te pasa, sé qué es lo que estás pensando, sé cómo vas a actuar, porque es tan propio, tan propio, tan propio”

c. Luz: llevar la obligación y la contratación del cuidado

Desde que salió de la casa de su familia de origen hasta la actualidad Luz ha puesto el trabajo fuera del hogar como una parte central de su vida. Sin embargo, el convertirse en madre le ha dado un significado adicional al trabajo.

Resolver el tema del cuidado de los hijos es una responsabilidad que siempre le correspondió a ella. Desde su primer embarazo y después de tomarse el tiempo de la licencia de maternidad la contratación del cuidado le permitía mantener un trabajo asalariado con el cuál proveía a su familia:

"Cuando nació la primera pues me dieron los diítas [sic.] pues de maternidad que nos dan normal, yo me quedé con la niña pues como esos tres mesecitos, pero después tenía que regresar; entonces lo primero que hice fue buscar en el barrio quién me la podía cuidar, encontré una muchacha que se llamaba Amparo y era una muchacha muy joven, ella tenía 17 años, pero ella tenía una enfermedad y ella parecía una señora, entonces ella era muy obesa, ella ... las amistades de ella eran señoras no eran niñas jóvenes, entonces ella tenía la capacidad para cuidar a mi hija y adicional le gustaban los niños! Entonces ella dijo: ¡Ay! Yo te la cuido. Pues muy bueno, ella me cuidó la niña... y en esa casa la adoraban, allá me la cuidaron un año entero, la adoraban, se desvivían por ella, me la mantenían hermosa, cuando yo llegaba y mi niña era aseada, llena, bonita, contenta, todo ese año la niña estuvo muy bien; tanto que la niña... un día yo llegué de trabajar y allá dio los primeros pasitos, cuando la llamaron ¡Ay llegó la mamá! Ella salió caminando de por allá de las habitaciones, entonces ese si fue un año muy muy bonito".

Cuando quedó en embarazo de su primera hija Luz sintió temor de contarle a su pareja sobre el embarazo porque podría rechazarla, sin embargo, el recibió con agrado y felicidad la noticia de tener un hijo; a pesar de que él había sido un hombre "borracho" "rumbero" "y que "tiraba vicio" al nacer su primera hija asumió una actitud más responsable, trabajaba y "respondía" económicamente por ellas. Las cosas iban "bien" por lo que decidieron encargar su segunda hija un embarazo planeado y anhelado. Sin embargo, al nacer su segunda hija, él empezó a cambiar "se la pasaba en la calle" y "tomando", dejó de "llevar dinero a la casa" y de hecho

había días en que ni siquiera llegaba allí. Así que Luz, se vio obligada a “hacerse cargo de todo”: de los gastos, de las labores domésticas y del cuidado de sus hijas.

Aunque ella no podía estar permanentemente con sus hijas ni ocuparse de sus necesidades de aseo, alimentación, juego, compañía, etc., durante una parte importante del día debido a sus actividades laborales, su jornada incluía una gran carga de trabajo de cuidado en dos sentidos.

En primer lugar, en la historia de Luz se detallan varias tareas cotidianas de cuidado que requieren atención, tiempo para realizarlas y para preparárlas, y que se realizan antes o después de su jornada laboral: quehaceres domésticos, alistar y “arreglar” a sus hijas, alimentarlas antes y después de que estuvieran en el lugar donde las cuidaban, preocuparse por lo que sienten, tareas que ella realizaba cada día. Así, la experiencia de la maternidad de Luz expone lo que se conoce como “doble jornada” pues una vez terminaba su jornada laboral se encargaba de atender a sus hijas: alimentarlas, asearlas, prepararlas para una nueva jornada al día siguiente y realizar las tareas domésticas. La dedicación exclusiva a su familia y su trabajo y la calidad con la que realizaba estas tareas de cuidado diario la ubicaban como una “buena madre” y una “buena esposa”, ella encarna un modelo de mujer socialmente valorado. Luz lo expresa de la siguiente manera:

“Entonces eso era lo que me dolía, yo sentía que me habían herido mi ego. Todo el mundo decía que yo era una excelente mamá, que yo era una excelente esposa; yo no salía ni a la puerta, yo era del trabajo a mi casa y a mis hijas las mantenía hermosas, súper bien peinadas, bañadas, organizadas. Todo el mundo le decía a él: usted tiene una muy buena esposa, esa señora mantiene esas niñas hermosas, esa señora no sale a ninguna parte, yo no salía ni a la puerta, yo era lo más dedicado que había. Eso era lo que me sentía herida”.

En segunda medida, dada esta situación tener una persona que se encargara del cuidado de sus dos hijas era fundamental para poder cumplir con sus responsabilidades laborales. En este sentido, Luz es quien debe ocuparse de contratar, supervisar, corregir y pagar a quienes van a realizar esta labor; gestionar el cuidado de sus hijas mientras ella estaba ausente era en sí mismo un trabajo que comprometía su atención y que requería esfuerzos físicos, económicos incluso muchas veces emocionales.

Estos dos aspectos, muestran que el trabajo de cuidado más allá de horas y jornadas implica unas dimensiones psicológicas e intelectuales que complejizan la posibilidad de cuantificar el tiempo que se invierte en estas actividades. La planeación y supervisión de quienes realizan este trabajo de cuidado, así como la disponibilidad permanente para suplir las contingencias que se presenten en esta contratación implica más que una jornada adicional, es realmente un hacer paralelamente con su trabajo asalariado.

En cuanto a la contratación del cuidado para Luz, se da a través de la figura de la vecina o la amiga, basada principalmente en la relación confianza que se tiene con esta y sin las obligaciones de la contratación formal (Armijo, 2016). Fuera de la formalidad el cuidado de los niños y niñas es la opción más cercana y económica, aunque haya cierta incertidumbre en la calidad de este. Según lo cuenta Luz el tener que delegar el cuidado de sus hijas a otras personas expuso a sus hijas a situaciones de maltrato:

“pasaron por muchas cosas, desde la señora que les pegaba, la señora que se les comía la comida, la que le daba la comida a las hijas de ella y no a los míos, o sea a ellos les tocó pasar por muchas cosas; y llegó el momento en que me tocó ir a decirle a mi mamá: sabes que mis hijos están pasando necesidades y yo necesito una persona que me los

cuide, que listo independientemente de lo que les haga, por lo menos se aun familiar mío que no me duela tanto”.

Estas situaciones le generaban impotencia, tristeza y la confrontaba frente a la obligación de exponerlas a este maltrato por la obligación de un trabajo remunerado que les permitiera sostenerse. Esta es una de las anécdotas en las que se ejemplifica este punto:

“Cuando yo tuve la segunda bebé me las empezó a cuidar una señora que vivía ahí enseguida, la señora se llamaba Luz Dary. Yo la contraté y dijo: No, yo te las cuido, súper bien. La señora yo la tenía en muy buen concepto, porque era una señora muy querida del barrio, todo eso [...] Cuando un día yo llegué y la señora, estaba muy enojada que dizque porque Mariana se le había vomitado en toda la casa, y yo: ¿pero que le hizo? [...] Y me dijo: ¡Ay si, si esa culicagada [sic]! Que la tengo allá castigada sentada en unas escalas porque se vómito, entonces yo: ¿pero qué le hizo? Dizque: No, es que no quería comer y yo la regañé y se vomitó. Yo a la niña la vi muy triste, me las llevé para la casa a las dos, cuando yo era tratando de darle la sopa en la noche y la niña no me recibía: y yo ¡pero coma!, pues como yo estaba molesta porque supuestamente ella se había manejado mal, entonces yo: ¡coma, coma! Cuando ella me decía que no que era que le dolía, me decía: ma es que me lele, y yo ¿pero ¿qué te duele?, [...] cuando ella me dijo que le dolía aquí (señalando la boca) y me mostró, cuando yo le levanté el labiecito lo tenía todo reventado por dentro, pero la sangre no les salió, sino que tenía las bombitas de sangre ahí, y yo le dije: ¡Ay mami! ¿Usted donde se cayó? Y me dijo: Yo no me caí, y yo: ¿qué paso?, - es que la tita Luz Dary me pegó- y yo le dije: ¿y porque le pegó? - porque yo me vomité- y yo: ¿pero ¿cómo así? Dizque: es que ella me estaba dando la sopa y yo le dije que no quería y como ella me regañó, pues yo me vomité y cuando yo me vomité ella sacó la mano y me pegó en la boca. Entonces claro al pegarle, le reventó. Yo me sentí en ese momento horrible, yo me senté a llorar con la niña de ver que le estaba doliendo y que yo le estaba

tratando de dar la comida. [...] Cuando al otro día yo madrugué a llevar las niñas normales, y la bebé haciendo réplica: que no, que no que ella no se quedaba allá, y la bebé tenía 6 mesecitos, y era que no y que no. Cuando ya Doña Luz Dary me abrió la puerta, le dije yo: Doña Luz Dary usted me hace el favor y me explica ¿qué le pasó a Mariana en la boca que la tiene reventada? La señora se puso pálida [...] Entonces la niña... cuando yo me fui a trabajar yo le dije: Sabe que Doña Luz Dary yo se las dejo porque tristemente no tengo más donde dejarlas, y yo tengo un trabajo y tengo que ir a cumplir mi responsabilidad, me tengo que ir a trabajar, si no yo no las dejaba. Y yo me fui ese día con el corazón en la mano, me fui a trabajar”.

En este fragmento es posible notar que, aunque Luz resolvió contratar el cuidado de sus hijas mientras ella trabajaba, se sentía responsable por las fallas que se presentaban en la realización del mismo y esto comprometía también la percepción de ella misma como mamá. Ante la situación de maltrato físico que vivieron sus hijas comenta:

*“Yo me sentí en ese momento horrible, yo me senté a llorar con la niña de ver que le estaba doliendo y que yo le estaba tratando de dar la comida. Yo no sabía qué hacer, yo no tenía quien más me cuidara los niños, yo tenía que trabajar, el papá de ellos se mantenía en la calle bebiendo y llegaba a las 10 de la noche, 11, a veces no llegaba, llegaba al otro día se perdía todo el fin de semana; **o sea la responsabilidad era toda mía, y yo sin saber qué hacer”.***

En este escenario surge la figura de la abuela, como una opción para el cuidado de sus hijos en la que a pesar de perpetuar el maltrato resultaba más fácil de tolerar de dada la relación de género y parentesco:

“Y llegó el momento en que me tocó ir a decirle a mi mama: sabes que mis hijos están pasando necesidades y yo necesito una persona que me los cuide, que listo independientemente de lo que les haga, por lo menos sea un familiar mío que no me

duela tanto. Que fuera lo que fuera porque a mi mamá no le gustan los niños, yo decía: prefiero que les pegue mi mamá, a que no me les pegue otra persona externa de la casa, porque al fin y al cabo pues es la abuela y los puede corregir, pero otra persona, no. Ellos ahí pues mi mamá siempre fue a mi casa y empezó a cuidarlos, pero la relación igual nunca se ha podido organizar. [...] Sin embargo, los cuidó muchos años... como hasta los 10, fueron muchos años y les tocó aguantarse, y yo le decía: independientemente de lo que sea, es su abuela; y lo que yo les decía aparte de ser su abuela, mi mamá tiene mucha edad, entonces yo les decía: entiéndala que es que ella es una señora de edad”.

La figura de la abuela fue una de las principales estrategias para lograr la conciliación entre trabajo y cuidado de los hijos identificada por Armijo (2016), en distintos grupos ocupacionales (profesionales, empleadas de cuello blanco⁴ y trabajadoras no cualificadas) de mujeres 24 a 45 años. La figura de la abuela aparece como una red de apoyo con una doble lógica: la del de parentesco (consanguinidad) y la de género, siendo, una pieza clave en la conciliación trabajo/familia presente en diversos momentos cotidianos. En el caso de las participantes de la investigación “la abuela” es un recurso empleado en común, aunque, varía el nivel de cercanía, participación, y aparece en diferentes momentos de la vida en cada una.

De otro lado, en su experiencia con la contratación del cuidado también recuerda situaciones en las que sintió que las cuidadoras habían desempeñado una buena labor y en estos casos su labor como madre se hacía menos difícil:

“Y Doña Blanca me las empezó a cuidar, me las tuvo... mucho tiempo, me cuidó hasta el bebé. Cuando ya tuve el tercero, ella me llegó a cuidar los tres. Ella ya fue la que se quedó cuidándolos, la señora muy querida, yo le llevaba el mercado y le llevaba las

⁴ Se refiere a un profesional asalariado o a un trabajador con un mínimo de estudios que realiza tareas semiprofesionales o profesionales de oficina, administración y coordinación de ventas. Tomado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Trabajador_de_cuello_blanco.

cositas para allá y ella se encargaba de hacerles todo, la comida, me las cuidaba muy bien a las dos, me las mantenía muy bien, me las educaba, me les enseñaba muchas cosas.

No sé, pues yo siento que de pronto la señora tiene más carisma y tiene eso que le gustan los niños, y ella nunca se casó, ella nunca tuvo hijos, ella decía: pues para mí los niños son muy lindos y para mi ellas son como los que yo quise tener y nunca tuve. Entonces se encariñó demasiado con ellas”.

Así, la experiencia de contratación del cuidado ha hecho que Luz reconozca el cuidado de los niños y las niñas como un trabajo que requiere unas habilidades especiales, gusto por los niños, disposición, creatividad. Estos atributos se asocian directamente con la feminidad y con la incapacidad de concretar ese deseo maternal que le es “connatural”.

De hecho, me parece importante señalar que en la experiencia de Luz fue inevitable notar que todas las personas que desempeñaron la labor de cuidado fueron mujeres, tanto las de las experiencias exitosas como en aquellas en las que se presentó maltrato y negligencia. De esta manera en su historia el trabajo de cuidado remunerado o no es asignado a las mujeres, reforzando el modelo de la división sexual del trabajo.

Finalmente, el último aspecto que quisiera señalar es una participación precaria del padre de sus hijos tanto en la provisión de cuidado como de dinero para la familia, recayendo sobre Luz toda la “obligación”. La ausencia de él en el hogar durante aproximadamente dos años la llevó a tomar la decisión de separarse, pero en este momento quedó en embarazo de su tercer hijo lo cual cambio sus planes pues con sus ingresos (un salario mínimo) no podía sostener sola sus tres hijos. Dada la situación de la relación y la frustración de no poder separarse decide renunciar a su trabajo para obligar al papá de sus hijos a “llevar la obligación”; para Luz llevar la

obligación hacía referencia a asumir las obligaciones económicas del hogar, aspecto que el papá de sus hijos descuidó a partir del nacimiento de segunda hija.

Cuatro meses después del nacimiento de su tercer hijo se entera de la infidelidad de su pareja lo que la lleva a hacer un uso estratégico de esta responsabilidad: retomar su trabajo sin aportar el sueldo para los gastos familiares con el fin de ahorrar todo su dinero durante un año para poder al fin, con una tranquilidad, económica separarse de su pareja y hacerse cargo de sus tres hijos. Así lo cuenta:

“Mi amor, hablemos, no me dejes, no sé qué, pues ya se regó. Entonces yo le dije: ¿sabe una cosa? ¿Sabe que es lo peor? que usted de aquí no se va, es que yo no tengo quien me mantenga y yo tengo 3 hijos, ¿y usted que cree que yo voy a pasar más necesidades nada más por qué sí? Justo hacía unos diítas [sic.] yo había renunciado a Nestlé, porque da lo mismo... porque como yo vi que yo me estaba matando tanto, de ver qué pues él no aportaba nada, yo le dije a él: voy a renunciar y usted va a llevar la obligación y usted verá si nos deja morir acá de hambre. Él me dijo: no, si yo la llevo. Yo estaba sin trabajo, yo había renunciado hacia una semana, yo le dije: usted no se va, ¿Quién me va a mantener? puede llorar, de aquí usted no sale, pero me hace el favor y me cuenta cómo pasó y de dónde sacó esa vieja.

De esta manera, Luz exige al padre de sus hijos asumir responsabilidad de la provisión económica (llevar la obligación), reforzando la asignación de roles propia de la división sexual del trabajo, para posteriormente hacer un uso estratégico de esta distribución de tareas y obtener los recursos para lograr la independencia económica y emocional del papá de sus hijos y concretar la separación.

De otro lado, Armijo (2016) a partir de dos investigaciones realizadas con madres trabajadoras de 25 a 49 años de diferente posición de clase de Madrid y de

Valencia, señala que la posición de clase marca una diferencia entre las estrategias para la conciliación de trabajo y familia a las cuales las mujeres trabajadoras tienen acceso.

Aunque la forma en que Luz, Luna, Tatiana y Patricia participan en el mercado laboral cambia a lo largo de su vida, y algunas de ellas también avanzaron en su educación formal favoreciendo dicha participación, ninguna de ellas tuvo la posibilidad de contratar servicio doméstico para el cuidado de sus hijas e hijos. Más bien coincidiendo con la alternativa por la que optan las mujeres no cualificadas en la investigación de Armijo (2016) las participantes de la investigación acuden a las redes familiares, principalmente a las mujeres de su familia (como lo ejemplifica el caso de Tatiana); sin embargo, ante las situaciones particulares que se les presentan acuden a estrategias como: el fortalecimiento de la autonomía y la confianza en su hija para que pueda hacerse cargo de su propio cuidado, como en el caso de Luna; o a la contratación del cuidado de los hijos pero a través de la figura de la vecina o a la amiga, apuntado a un trabajo informal sin las obligaciones de una relación contractual y basado en el vínculo de confianza con esa persona, como lo relata Luz.

Cabe señalar, que todos los apoyos externos remunerados o no, frecuentes o diarios son principalmente femeninos, reforzando la percepción las mujeres como las principales responsables del cuidado (Scott, 1993; Moliniere, 2011; Pineda 2011). Incluso, en aquellas situaciones en las que se busca el consenso y la participación de los padres no modifica en la práctica su obligatoriedad para la madre, aunque empieza a problematizarla, como lo ilustra el caso de Tatiana.

Por otra parte, es importante señalar que a pesar de recurrir a apoyos externos mientras ellas trabajan, se encargan de gestionar y verificar la calidad del cuidado que se les brinda en estos espacios, muchas veces realizándolo de manera simultánea con su jornada laboral. Esto implica, que los esfuerzos emocionales y

psicológicos que se invierten en cuidar a los hijos, así como en garantizar un “buen cuidado” cuando ellas no pueden hacerlo se conviertan en parte del trabajo de cuidado realizado por las participantes como mamás.

Es en este sentido que el trabajo remunerado y el de cuidado, se presentan para estas mujeres como una “carga global de trabajo”, que implica la realización de actividades simultáneas, en una organización del tiempo contingente más que organizada en horas y jornadas. Y donde, además, estas mujeres reflejan una disponibilidad permanente para atender las necesidades de sus hijos e hijas.

De esta manera en concordancia con las conclusiones de Armijo (2016) la participación de estas mujeres en el mercado laboral no supone una pérdida de la valoración ni del protagonismo del rol materno en sus vidas. La forma en que estas mujeres resuelven las tensiones entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado, reproducen un modelo hegemónico de la maternidad asociada al cuidado desinteresado y exhaustivo de otros y otras, en el marco de la división sexual del trabajo. A pesar de esto, ante situaciones particulares que se les presentan a participantes encuentran formas de resistirse y problematizar este significado de la maternidad como el trabajo en equipo de Luna y su hija, o el uso estratégico de obligación del hombre como proveedor hecho por Luz, para reunir los recursos necesarios para poder separarse de su pareja.

Finalmente, es importante resaltar que la manera en que ellas resuelven y garantizan el cuidado de sus hijas e hijos mientras trabajan, juega un importante papel en el reconocimiento de ellas mismas en su papel de madres. Los esfuerzos que se hacen por el cuidado de sus hijos definen en gran medida la posibilidad de reconocimiento de sí mismas como “buenas madres”.

2. Invisibilidad y ausencia de reconocimiento en el trabajo de cuidado de los hijos e hijas

Mientras escribía este capítulo de la tesis habían pasado nueve meses desde que dejé mi trabajo en Profamilia; a mi esposo le ofrecieron un ascenso laboral pero el cargo estaba en otra ciudad y tomamos la decisión de trasladarnos, resultaba beneficioso para ambos: él crecía en su carrera profesional y yo iba a tener el tiempo necesario para escribir la tesis. Lo que no esperaba, es que en estos meses a la vez que escribía sobre la maternidad como trabajo de cuidado dentro de una economía que no lo valora, iba a tener que pensarme a mí misma en esta posición, no de madre, sino de cuidadora.

Menciono esta experiencia, porque son las vivencias que he tenido en este tiempo las que me han permitido comprender las diferentes dimensiones que el trabajo de cuidado conlleva. Encarnar este lugar me llevo a entender que, así como cualquier otro trabajo, el trabajo de cuidado tiene una dimensión temporal y espacial, pero, que a diferencia de otros trabajos el tiempo y el espacio se organizan de forma contingente, especialmente en aquellos que se realizan sin remuneración en el ámbito doméstico y familiar.

Pero, hago referencia a esta situación precisamente en este apartado, porque reflexionar sobre esta experiencia me ayudó a entender como en el marco de la ‘división sexual del trabajo’ las tareas que les son asignadas a las mujeres en el campo reproductivo y que no son remuneradas económicamente, se perciben como fáciles, que no requieren ninguna habilidad o esfuerzo, y que no implican mayor reconocimiento; y más que una obligación, responsabilidad o trabajo son motivadas por las relaciones de afecto hacia quienes reciben este cuidado. En otras palabras, en el marco de la división sexual del trabajo, el cuidado físico, psicológico y

emocional de los miembros de la familia no requiere mayor esfuerzo se hacen por amor y compromiso con el bienestar de esta.

Pascale Molinier (2005), sugiere que la invisibilidad y discreción del trabajo de cuidado es una condición necesaria para su éxito. De hecho, muchas de las tareas descritas por las participantes para el cuidado de sus hijos como: asearlos, prepararles el alimento, asegurarse de que estén bien cuidados, sacrificar sus proyectos personales o el tiempo para realizar actividades para sí mismas, encuentran en la maternidad la manera de ocultarse, de hacerse invisibles, de carecer de reconocimiento y de asumirse como deberes naturales de las madres. De la naturalidad y agrado con que se realicen estas tareas depende la posibilidad de llegar a ser una “buena madre”, como lo sugiere Luz:

“Todo el mundo decía que yo era una excelente mamá, que yo era una excelente esposa; yo no salía ni a la puerta, yo era del trabajo a mi casa y a mis hijas las mantenía hermosas, súper bien peinadas, bañadas, organizadas” (Historia de vida de Luz).

En mi caso, sucedía algo similar. Yo me encargo de mantener el espacio en el que vivimos limpio y ordenado, reparar algunas cosas, hacer pagos, averiguar esto o aquello, favores familiares, entre otras tareas. Estas cosas una a una no parecen tomar mucho tiempo, pero en suma diariamente podían tomar horas, y mi atención para verificar que hacía falta por hacer y no olvidar nada era constante; poder tener más tiempo para atender estas tareas fue beneficioso tanto para mi pareja como para mí. Pero, a pesar del bienestar que generaban parecían invisibles; me daba cuenta de que generalmente no se pensaba en quien hacía estas cosas o en cuanto tiempo había tomado hacerlas, no se hablaba de la dificultad o de la manera en que se realizan, y si se hace, no parece ser una conversación muy relevante; simplemente son cosas que deben hacerse y estaban hechas entonces podíamos disfrutar de ello. Esto era así a menos que se olvidara algo o que por alguna razón no estuviera

disponible para hacerlas, es decir, a menos que fallaran en su realización, entonces podía notarse la relevancia y la necesidad de estas labores y dimensionarse el tiempo y dedicación que requerían.

Los cuidados se hacen notar cuando algo falla, cuando faltan o no se cubren adecuadamente, dice Molinier (2005), es por ello por lo que se ha señalado que su invisibilidad conlleva un déficit crónico de reconocimiento ordinario (Martín Palomo, 2011). Como mencioné, muchas de las tareas que las participantes de la investigación realizaban en la cotidianidad carecían de reconocimiento precisamente debido a la invisibilidad del cuidado en su rol como mamás, incluso para ellas mismas esto no era más sino “gajes del oficio”. Partiendo de esto, en este apartado me centraré en dos situaciones en las historias de vida de las participantes de la investigación que hace que las participantes se cuestionen la invisibilidad del trabajo que implica el ejercicio de la maternidad y se replantean la relación de cuidado con sus hijos e hijas: en primer lugar abordaré el momento en que los hijos de Luz y la hija de Tatiana deciden irse a vivir con su padres, y en segunda medida me referiré a exigencia de la ‘cuota de alimentos’ hecha por Patricia al padre de unos de sus hijos.

2.1. Los hijos deciden irse

Cuando los hijos de Luz y la hija de Tatiana deciden irse a vivir con sus papás, la lógica de invisibilidad-falla-reconocimiento, funciona de una manera particular. En primer lugar, esta situación lleva a que ellas mismas empiecen a notar los esfuerzos materiales, emocionales y psicológicos que han invertido en el cuidado de sus hijos. Esto produce en ellas sentimientos de frustración, impotencia, decepción, principalmente por la falta de reconocimiento de su labor.

Para Tatiana, cuando Mafe se va con su papá se produce en ella una negación ante la situación y una reacción agresiva hacia su hija, dado que se sintió

decepcionada y confrontada pues siempre había sentido una especie de pertenencia hacia su hija que ahora se veía derrumbada:

“Mafe cuando tuvo 12 años, de un momento a otro dijo: Mami yo me quiero ir a vivir con mi papá. ¡Eso fue durísimo!, yo digo que ya cuando uno siente.... Digamos no, no fue planeado... pero el vivir si, el tener el bebé, el saber que ya es de uno y que diga: ¡adiós mamá! Jmmm ¡Lloré otra vez! Yo: Mami, ¡¡Mafe no sé qué!! A Mafe la regañaba, le hablaba fuerte, la amenazaba. Mi mamá me decía: No le diga nada, déjela, déjela” [...] pasaban los días: Mami yo me quiero ir a vivir con mi papá, yo: Mafe donde usted se vaya, no sé qué, no me vuelve a ver, lalala. [...] Y mi mami era: no le diga nada, ¡déjela!, y yo: Mami, pero ¿Cómo se va a ir?, todo lo que yo hecho por ella, no sé qué. Mi mamá: ¡Hija déjela! Y algo que también tengo grabado que me dijo: Sumercé [sic.] hizo lo mismo conmigo. Y yo...”

Por su parte Luz, cuando sus hijos deciden irse se cuestiona sobre su papel como mamá, sintiéndose fracasada y decepcionada, pues no esperaba esta reacción de sus hijos ante los esfuerzos que había realizado:

“Ah! Y ellos todos los diciembres se iban a pasear donde él [el papá], se fueron un Diciembre y no volvieron. Solamente un Enero me llamaron a pedirme una carta laboral, y yo: ¿pero para que quieren una carta laboral? No es que nos van a inscribir en el colegio de campo alegre, pero es que eso les queda muy lejos, ¿Quién los va a transportar hasta allá? No Ma, es que nosotros nos vamos a quedar viviendo donde mi papá. Y yo: ¿pero porque a mí nadie me dijo nada? ¿Cómo así? ¿Por qué la decisión? Para mí fue tan duro que yo les dejé de hablar, les dejé de hablar como por 6 meses. Y para mí era muy duro salir a la calle y encontrármelos, porque ellos cuando me veían, ellos lo que hacían era agachar la cabeza, porque se sentían en parte mal, porque al ver que pues no dejamos a mi mamá...”

Y agrega:

“Yo me sentí muy decepcionada, yo decía es increíble. A mí la gente me decía: ¡Increíble! Que sus hijos se hayan ido después de todo lo que usted se ha matado, de todo lo que usted ha hecho por ellos y se fueron; se fueron dos, los dos más pequeños, porque la grande resulta que se quedó conmigo porque estaba embarazada”.

Así, ante la decisión de los hijos de irse se visibiliza el cuidado como un trabajo, que requiere esfuerzo, tiempo, gastos, así como una contención de emociones y deseos propios para satisfacer las necesidades de sus hijos, lo que se refleja en expresiones como: *“todo lo que usted se ha matado, de todo lo que usted ha hecho por ellos y se fueron”* o *“pero ¿Cómo se va a ir?, todo lo que yo he hecho por ella”*.

Por otra parte, en estos fragmentos puede leerse la expectativa de un reconocimiento a la labor que han hecho desde su lugar como madres, es decir, el hecho de que sus hijos decidan irse hace que ellas mismas visibilicen el trabajo de cuidado y perciban una falta de reconocimiento de este por parte de sus hijos en el hecho de elegir a su papá. Esta falta de reconocimiento es sancionada de manera explícita por ellas: *“A Mafe la regañaba, le hablaba fuerte, la amenazaba (Tatiana*

) o Para mí fue tan duro que yo les dejé de hablar, les dejé de hablar como por 6 meses” (Historia de vida Luz).

Por otra parte, cabe señalar que, los discursos dominantes sobre la maternidad como identidad homogénea de las mujeres y como producto de la división sexual del trabajo, ubican a las madres como las encargadas de la formación afectiva, moral e intelectual de los hijos, para lo cual la presencia permanente de la madre es fundamental. El hecho de que sus hijos decidan irse es percibido por ellas como una falla en la medida que se rompe esta relación filial ideal donde la figura de la madre y el hijo son aparentemente inseparables.

De esta manera, el hecho de no convivir con sus hijos, porque ellos así lo han decidido, hace que se cuestionen sobre que pudieron haber hecho mal para que no

funcionara este “orden natural de las cosas”. Así, tanto Luz como Tatiana buscan explicar esta decisión en la posibilidad para sus hijos de recibir de sus padres lo que ellas no les habían dado.

Tatiana, por ejemplo, se percibe a sí misma como exigente, la que le pone las reglas a su hija, en comparación con su padre y sus abuelos paternos, con quienes su hija decide ir a vivir, quienes eran más laxos, complacientes y consentidores:

“Porque siempre era como distante la relación, o sea digo yo que ellos [...los abuelos paternos...] fueron también como muy alcahuetas con Mafe y todo lo que decía, todo lo que pedía, todo le hacían. Mafe se podía parar en un dedo y ellos corrían. Entonces también digo yo pues un niño es un niño, también busco como la salida más fácil... acá es donde más me dan, acá yo los puedo mangonear, porque yo la obligaba a que fuese ordenada, a que recogiera, a que tendiera la cama, a que lavara su ropa, ¡allá no!, todo se lo hacían. Entonces también digo yo, bueno si a mí los doce años me van a exigir acá y allá no, pues yo me voy y ¿qué van a hacer?”

Más adelante comenta:

“Digamos que siempre fui como la persona que le exigía y le ponía reglas. De pronto por ser la niña, la consentida, era la única nieta [...]. Entonces cuando se iba con el papá llegaba rebelde, no me gusta, no quiero, no, esto no lo hago. Entonces siempre fui como la mano dura y Mafe, claro como que veía eso y no era lo mismo la relación conmigo que la relación con Juan, porque Mafe es demasiado consentida, todavía, y como yo le exigía entonces yo era la mala. Y digamos que siempre fue... o sea fue buena, pero siempre me tenía, así como: tú me regañas, es que tú me dices y mi papi no, es que tu tal cosa y mi papi no, entonces siempre fue como dura. Y aún más cuando se fue para allá, peor”.

Para Tatiana, la exigencia en el orden era una parte importante de la formación moral y práctica para la adultez. Sin embargo, ante la decisión de su hija

de irse con su papá, esta exigencia se convierte para ella en un elemento de reflexión de su rol como madre fluctuando entre la culpa y la justificación de estas exigencias por el bienestar de su hija.

A medida que su hija crece los dilemas frente a la formación moral se conservan, aunque se aplican a otras situaciones propias de la edad de Mafe. Por ejemplo, para Tatiana uno de los principales aspectos fundamental en la crianza de su hija es la autonomía frente a la toma de decisiones y las consecuencias de estas; sin embargo, manifiesta su frustración de no haberle podido inculcar esto debido principalmente al manejo diferente que le dan las situaciones ella y el papá de Mafe:

“Lo que yo siempre le digo a Mafe: tu tomas cualquier decisión y eso trae una consecuencia, sea buena o sea mala, pero afróntala. Y eso es lo que digo yo que yo no le enseñé a Mafe, no le enseñamos. Porque ella siempre ha sido muy dependiente, entonces por más de que le diga, uno le inculque, las palabras igual se las lleva el viento, entonces son los actos. Pero si hoy no quiero ir a estudiar, listo no vaya, y si hay un parcial, y si pierdo la materia, y si me toca pagar para eso, entonces eso es lo que yo le digo: todo tiene una consecuencia, ¡asúmala! Pero si siempre está el papá: no, yo le doy la plata para que la pague, tranquila, haz un curso remedial en... entre semestres. ¡Nunca se le va a enseñar a hacer algo por ella misma! -Yo quiero un celular porque me robaron este-, trabaje y consígalo. ¿Y porque se lo robaron? - porque lo saqué en la calle, pues entonces su consecuencia ¿Qué es?... Pero si dura ocho días y Juan: no, yo le compro el celular porque pues... como voy a estar incomunicado con ella. Entonces nunca se le va a enseñar a tomar sus decisiones. Y va a ser muy floja en la vida y yo haría eso, y es que yo le digo: ante los problemas que se va a enfrentar más adelante va a ser peor, entonces no va a asumir sus actos, no va a asumir nada, porque todo se lo van a arreglar y cree que todo lo tiene listo alrededor; y yo le decía: y el día entonces que tú tengas un trabajo y que tu jefe te grite, ¿vas a renunciar al día siguiente?... -no allá miramos- yo: ¡NO! Allá miramos no”.

La formación de valores para la vida adulta es una de las principales tareas de cuidado atribuidas específicamente a las madres, sin embargo, en este caso, en el marco de la invisibilidad de esta tarea como un trabajo de cuidado, es percibida por su hija como algo “malo” en comparación con el trato que le daba su padre y generando distancia entre ellas. Este conflicto frente a la exigencia y la laxitud en la crianza de Mafe, configuran la polaridad entre ser una “buena” o “mala” madre en la experiencia de Tatiana, y entre estos polos se debate la identidad de Tatiana en este rol.

De otro lado, Luz atribuye la decisión de sus hijos a una situación económica difícil en la que solo podían tener lo básico y el padre les ofreció comodidades que ella en ese momento no les podía dar:

“Mis hijos en este momento ya no viven conmigo, ellos viven con el papá. Porque hace dos años ellos tomaron la decisión de irse. O sea hace dos años..., eeeh [sic.], siento que mi vida estaba apretada económicamente, ¿Por qué? Porque igual el sueldo que yo me ganaba para mantener 3 hijos, sin tener una casa propia es muy duro. Pues hay que pagar un arriendo, unos servicios, la comida, los gastos de los niños, osea son tantas cosas que puedo decir que hasta hace dos, tres años, todavía no me alcanzaba la plata. Entonces, se puede decir que llegamos a comer mal, pues no me alcanzaba para todo lo necesario, que nos les podría brindar todo lo que ellos como adolescentes querían, vivíamos en una casa súper humilde, era un sótano muy pequeño, no teníamos sino una... pues teníamos cosas muy sencillas. Y el papá les ofreció llevárselos, darle habitación a cada uno, porque él se iba a organizar con una muchacha; entonces él para no tenerme que pasar plata a mí, para no sentirse tan apretado, él les dijo a ellos: hay yo me los quiero llevar a vivir conmigo, yo les doy habitación a cada uno, les compro alcoba, les prometió el cielo y la tierra. [...] Para mí fue tan duro que yo les dejé de hablar, les dejé de hablar como por 6 meses. [...] ¿Y qué pensabas en ese momento? ...] Que yo había fracasado. Yo decía ¡Juemadre! [sic.]

pues fracasé como mamá, yo decía pues entonces nunca fui una buena mamá, nunca les di lo que ellos querían o lo que de pronto esperaban”.

Para Luz, como mencionaba anteriormente, tanto las actividades remuneradas como las no remuneradas, que ocupaban el 100% de su tiempo, eran realizadas con la motivación de garantizar la satisfacción de las necesidades de sus hijos, de manera que esta situación la hace cuestionarse sobre en qué pudo haber fallado.

Luz define la intención del papá de sus hijos al ofrecerles vivir con él más como una estrategia pensando en su propio beneficio que una preocupación por el cuidado y bienestar de ellos, como si había sido su prioridad hasta ese momento; de esta manera, Luz percibe como un fracaso no haber logrado satisfacer todas las necesidades de sus hijos: *“nunca les di lo que ellos querían o lo que de pronto esperaban”,* a pesar de sus esfuerzos; esfuerzos que fueron no solo materiales, sino también emocionales:

“Cuando yo estuve en embarazo del bebé, muchas veces yo me venía a pie hasta el trabajo, desde el barrio donde yo vivía hasta la mayorista, la mayorista queda acá en el sur y yo vivía llegando al norte, y más de una vez me tocó irme a pie; más de una vez me tocó decirle a un vecino: me regala dos mil para irme a trabajar, me da mucha pena con usted, pero ¿me colabora? Y la gente me los regalaba; me iba sin comer porque no había comida, si había un huevo yo no me lo comía por dejárselo a mis hijas, yo decía: pues hay un huevo, revuélvaselo a ellas y yo no como nada”.

“Estaba decidida a que me iba a separar de él, teniendo mis dos hijas, dije yo listo pues yo respondo por mis hijas y de hambre no me voy a morir pues gracias a Dios trabajo, y me iba a separar [... entonces quede embarazada de mi tercer hijo ...] y el todo contento que ya por eso no lo iba abandonar que me iba tener que quedar con él y

efectivamente me tocó quedarme con él porque donde yo trabajaba yo me ganaba un mínimo, ¿y que iba hacer yo con un mínimo y con 3 hijos”.

Como lo señalan estos fragmentos de su historia, estos “esfuerzos” implicaban no solo el agotamiento físico propios de ‘jornadas globales de trabajo’ extensas, como mencionaba en el apartado anterior, sino un esfuerzo en el manejo de las propias emociones, necesidades y deseos, puestos al servicio de sus hijos e hijas. Cuidar a otro significa, para la cuidadora, como lo sugiere Pascale Moliniere (2011):

“confrontarse con la resistencia de su propia vida psíquica y “domesticar” su propia subjetividad al servicio del otro y no al servicio de su propio deseo. Más que todo, cuidar es un trabajo sobre sí mismo. Se trata de domar nuestras emociones nuestros afectos y ajustarlas a las necesidades de los otros”. (Pág. 56).

En resumen, tanto para Tatiana como para Luz, la decisión de su hija e hijos, respectivamente, de irse a vivir con su papá, las lleva a reconocer para ellas mismas el trabajo de cuidado que han realizado en su dimensión tanto material como emocional y a sancionar en sus hijos la falta de reconocimiento del mismo, que se materializa en la decisión de irse. Aunque, al mismo tiempo, ellas evalúan esta decisión como una falla en el ejercicio de la maternidad y la búsqueda de sus hijos de suplir en la convivencia con sus padres el aspecto en que ellas consideran que fallaron. Para ellas misma esta falla es la manera de visibilizar al mismo tiempo otros aspectos del cuidado que han realizado exitosamente.

Por otra parte, para sus hijos el reconocimiento de este cuidado por parte de sus madres adquiere reconocimiento “cuando falta o no se cubre adecuadamente” (Molinier, 2011, pág. 54). Es decir, cuando ellas/os se enfrentan a situaciones en las que notan la ausencia de muchas de estas acciones llevadas a cabo por sus madres, es cuando empiezan a darle un valor.

Por ejemplo, en el caso de Luz, cuando sus dos hijos se fueron, su hija mayor se quedó con ella porque estaba en embarazo y ella le apoyó con la decisión de continuarlo; pero decide irse ante la negativa de Luz de permitir que viviera con el novio en su casa:

Entonces los otros dos se fueron con el papá y ella si dijo yo me quedó con mi mamá, porque mi mamá me apoyó y fui yo la que estuvo... pues ella estuvo todo el embarazo estuvo conmigo, casi hasta los 7 meses. A los 7 meses ya le dio al noviecito que lo tenía que recibir yo en mi casa, que a vivir que, porque querían formar un hogar y no sé qué, y yo le dije que no. Yo no servía para vivir con nadie, vivía con mis hijos porque eran mis hijos, pero yo no lo iba a recibir a él para mantenerlo; no que es que él me colaboraba, y yo: no, entonces ya ella le dio... le dio una depresión ya en el whatsapp [sic.] los estados eran: que se iba quitar la vida, que ella para que esa vida si nadie la comprendía, entonces yo al ver todo eso.... Que el muchacho se la iba a llevar a vivir con él, entonces yo le dije: Mariana pues es su decisión, ¿si usted se quiere ir a sufrir? Bien pueda. Y no fue sino decirle eso y yo llegué un día de la ruta en horas de la noche y ya no estaba, ya lo había empacado todo y se lo había llevado. Yo le había comprado... para que ella estuviera bien, porque no vivíamos en las mejores condiciones, le compre una cama, le compré un televisor, le organicé su alcoba para que estuviera cómoda con su bebé, y sin embargo cogió todo y se lo llevó; cogió su ropa, todo lo que yo le había comprado y se fue, se fue a vivir con el novio a la casa de él. Se fue a pasar necesidades, en esa casa no la querían por el temperamento que ella tiene, fue durísimo porque ella toda hora llorando, peleas, que me tratan mal, que vea que me gritan, y yo: quién la mandó a irse. Que si yo la recibía tenía que ser con el novio, y yo: noooo, no, y ¿Por qué te voy a recibir el novio? No estoy de acuerdo.

El deseo de Mariana, de regresar con su mamá muestra, de alguna manera, el reconocimiento de un cuidado que no recibía en el lugar donde ahora habitaba. Para Luz, esta decisión de su hija de irse es diferente con respecto a la de sus hijos menores

que se van con su papá, pues en este caso ella no percibe un fallo en su papel como madre y al contrario en su narrativa ella misma reconoce y detalla los cuidados que tuvo para su hija tanto materiales como emocionales: apoyarla en su decisión, aconsejarla frente a la decisión de vivir en pareja, comprar las cosas que requería para él bebé. A pesar de esta decisión, Luz mantuvo la atención y el cuidado de su hija y de su nieto:

Cuando él bebé nació, yo pedí mis vacaciones y entonces me fui como a cuidarle la dieta, pero después de ahí cuando yo ya empecé a trabajar, pues yo ya no podía estar tan pendiente de ella y ella empezó aguantar hambre, ya el man no le llevaba comida, ya no le daba la leche a el bebé, o sea ya estaba tan mal, tan mal, que decidió irse a vivir conmigo otra vez. Pero resulta que cuando ella quiso regresar a vivir conmigo, yo ya tenía un novio y estaba prácticamente viviendo; entonces cuando ella llegó pues le pusimos muy claras las normas de la casa, simplemente se le dijo que nos gustaba el orden, que nos gustaba mucho el aseo, que no nos gustaban los gritos ni las peleas porque nosotros no peleábamos [...] Pues no le gustó nada lo que le dijimos y volvió y empacó y volvió y se fue. Se fue a vivir con el noviecito otra vez. A aguantar, a aguantar, aguantó un año hasta que ya no dio más y se fue a vivir con el papá, debido a que yo ya no la recibí, se fue a vivir donde el papá. Y allá se quedaron viviendo los tres con él bebe, o sea que ya son 4 viviendo con él, más la novia que se consiguió. Y en estos momentos están allá.

Si bien Mariana, no reconoce explícitamente el trabajo de cuidado realizado por su mamá, su deseo de volver al encontrarse en un ambiente hostil donde no se cubren estas necesidades, pueden interpretarse como la valoración de las condiciones que se le ofrecían en la convivencia con su mamá.

De otro lado, Tatiana, señala que recientemente su hija ha reconocido la formación moral que ella le ha dado como una manera de aprender a valerse por sí misma y a "valorar las cosas":

“De hecho hace poco lo decía: Contigo viví muchas cosas que ahorita estoy poniendo en práctica; porque Rubén el medio... el medio hermano no, el hijo de Flor que ella dice que es el hermano, es un niño muy consentido, le tiene que comprar... o sea es muy caprichoso, todo lo que él diga lo tiene que hacer la mamá, y dice Mafe: Yo veo esa situación mami y de pronto sí, yo fui así porque mi papá todo me lo da. Y es la hora de que sí, y le compra ropa de marca, y le compra el mejor celular, y tiene su computador, su televisor, todo lo que ella quiera lo tiene, dice Mafe: pero es diferente porque aprendí a valorar las cosas contigo”.

Otro ejemplo del valor que adquiere el cuidado cuando esta falta es en la relación de Tatiana y su hija. El hecho de no vivir juntas ha hecho que el contacto y la cercanía entre ellas fluctuó a lo largo del tiempo, para Tatiana es frustrante cuando su hija se distancia; sin embargo, está en un proceso de aprendizaje de darle espacio y permitirle acercarse desde su propia iniciativa y no por insistencia de ella:

“[...] Mafe hace como un año estuvo acá ¡super pegada!, entre semana los fines de semana andaba con nosotros para arriba y para abajo, y hace como 6 meses, yo: Mami ¿Qué andas haciendo?, -no bien mami, mucho trabajo en la universidad; hablo más con Juan: Juan, Mafe ¿cómo está? ¿Cómo la está pasando? ¿Qué está haciendo? No sé qué, pero con Mafe no. Entonces yo: Agh Mami, ¿yo que hago? ¡Déjela! No la presione- y yo pues si Mafe ya es grande, de verdad andar uno como: Mafe me llamas, Mafe no sé qué, y cuando dejo de hacerlo entonces si... ahí uno se da cuenta. Digamos anoche, hacia 8 días no hablábamos... y anoche: Mami estoy en clase, mira no sé qué, tengo tal cosa, me mandaba fotos -hace días no lo hacía- ¿Qué van a hacer este fin de semana? ¿Cómo están ustedes? No sé qué, ¿me pueden recoger?, tal cosa. [...] Y yo ¡ay sí! A veces de verdad me mataba la cabeza ahí, amanecía yo como achantada, y yo: ay John mira que Mafe quedó de venir y no vino, no sé qué. - ¡déjala! - y yo. Bueno, pues sí ¿no? Y si de verdad entre uno como que más lo suelta, más los va dejando como que estén ahí, pero eso es duro porque todavía uno lo ve como el chiquito, como

que ¡Ay pobrecito! Todavía que ¿estará haciendo?, ¿cómo estará? No sé qué. ¡Tiene 23 años!”

Así, Tatiana no convive con su hija hace aproximadamente 10 años, y esta situación ha transformado la forma de relacionarse con su hija, así como su perspectiva con respecto al ejercicio de la maternidad. La ambivalencia entre falla y reconocimiento que sobrevinieron con la visibilidad del cuidado ante la decisión de su hija de irse y la relación que han construido desde que no conviven, es un aspecto central en su evaluación de la experiencia de la maternidad:

“Y lo que yo digo juzgar y reprochar es muy fácil: Ay papá, pero si tú no me hubieras dicho eso, sino me hubieras hablado de lo otro, o si tú tal cosa. Porque no se... yo pienso que es como la naturaleza del ser humano: Ay, pero es que no me dijeron, pero es que nunca me enseñaron. Noo uno ya tiene una edad en la que es consecuente y uno ya es adulto y sabe tomar decisiones, es lo que yo le decía a Mafe. Pero si hay que dar bases, hay que dar ciertas bases. Digamos yo le digo a Mafe, en algo tan sencillo: Te quieres ir fuera del país y no sabes hacer un arroz, ¿y entonces?, y acá viene y ¡yo la pongo a hacer eso! Pero entonces es solamente cuando esta acá, o a veces digo: ¡ay no que embarrada! Viene es a visitarme y yo la pongo ahí a que haga las cosas, ¡no! Y ya se me pasó y ya. Pero no, uno piensa que de verdad es para ellos y es para el futuro”.

De esta manera, puede leerse en la historia de Tatiana un cuestionamiento desde su posición sobre ¿qué es ser una buena madre? Debatiéndose entre los errores y la intención de procurar un bienestar a futuro para su hija:

“Entonces sí, también hay cosas buenas y hay cosas malas, yo digo ¡Dios mío! Uno no sabe de verdad no sabe, es como... llenarse de todo eso como de la ...de la poca sabiduría que uno tiene, de la mano de Dios, de las cosas buenas en que le han enseñado y uno vive y uno puede hacer. [...] Entonces hablábamos con John de eso, o sea siempre es algo nuevo y siempre se está como a la expectativa de todo o ¿no?, que,

si claro la vida a uno le da madurez, le da como conciencia de las cosas, pero ojalá, ojalá uno tuviera de verdad como el manual de saber ser padre, para no cometer ningún error nunca”.

Por su parte, Luz después de haber asimilado la decisión de que sus hijos ya no vivieran más con ella, asume este momento como una oportunidad para dedicarse tiempo a sí misma, su vida social y sus aficiones personales. Redefiniendo de esta manera su identidad como mujer que se había reducido a la maternidad:

“Y fueron 6 meses donde no, no les dirigí la palabra y no me sentía capaz, y no les voy a hablar y no sé qué. Pero ya a los 6 meses dije pues que bobada, ya me maté criándolos tantos años, donde no salí ni a la puerta, donde nunca fui a un paseo, donde nunca fui a un baile , porque yo no era de esas; pues entonces voy a vivir mi vida, pues ya estoy sola, entonces ahí empecé a decir: no tengo porque disgustarme con ellos, entonces me voy a reconciliar con ellos, voy a estar bien, me los voy a traer los fines de semana para que me acompañen pero voy a empezar a pensar en mí, como persona, porque yo me había abandonado hace muchos años. A pesar de que yo nunca fui de las mujeres que me dejé de arreglar, que me deje de organizar, no, yo siempre estuve igual, pero yo no salía a ninguna parte, yo era 100% mi familia, siempre estaba pendiente. Después de que ellos se fueron empecé a salir, me voy a ir a conocer, me voy a conocer un pueblo, voy a salir un fin de semana a cine, voy a ir a una fiesta en la noche, me voy a acostar a verme una película todo un día sin tenerme que levantar; yo diría que después de que ellos se fueron empecé a vivir lo que había dejado de vivir cuando estaba muy joven, que lo deje todo por ellos. Entonces en este momento me siento muy tranquila de que ellos estén con el papá y que están contentos, me parece muy bueno que estén contentos”.

De esta manera la situación de que sus hijos se hayan ido le permite resignificar la experiencia de la maternidad, pasando de una dedicación exclusiva y permanente a su familia como sinónimo de una buena madre al reconocimiento de

los sacrificios personales que había hecho para dedicarse al cuidado de sus hijos y la posibilidad de pensar en ella misma ahora que no convivía con ellos: *“pues entonces voy a vivir mi vida, pues ya estoy sola”*; fue esta actitud la que la llevó a reconciliarse con sus hijos y posteriormente a construir una mejor relación con ellos.

No tener la obligación del cuidado de los hijos le permitió sentirse más tranquila y libre, y reconocer las labores de cuidado que realizaba además del sostenimiento económico de sus hijos a través de un trabajo asalariado:

“Pero en este momento me siento más tranquila, me siento libre. Siento que al menos voy a llegar a mi casa y si me dio la gana de acostarme lo puedo hacer, porque ya no tengo que llegar y pensar: ¡Ay, la comida de los niños! ¡Ay la tarea de los niños! ¡Ay está peleando! ¡Ay el desorden! ¡Ay no sé qué! No ya llego y puedo hacer mi vida. Ya si a mi novio le digo: estoy tan cansada que no quiero hacer nada y no voy a hacer nada; o nos acostamos los dos o él va y hace la comida, ya es distinto, mientras que con mis hijos era mi responsabilidad, lo tengo que hacer sí o sí”.

A partir de esta situación Luz reflexiona sobre la distribución de las tareas de cuidado entre ella y el papá de sus hijos, y la manera en que la separación y la custodia intervienen en ellas. Cuando no se tiene la custodia de los hijos, el tiempo que se planea con ellos fuera de la cotidianidad permite que pueda realizarse en un momento y lugar que no están marcados por el trabajo de cuidado que requieren diariamente:

“Cuando ellos van los fines de semana, es muy chévere. No salimos mucho porque somos muchos y es mucho el gasto, y estamos tratando de minimizar el gasto para poder arreglar la casa nueva, pero si en la casa nos ponemos a ver televisión, hacemos juegos, hacemos karaoke, o sea compartimos ya muchísimo más. Porque ya la mamá que llegaba cansada, que les daba la comida y se acostaba, no; ya ellos van y hacemos juegos, dinámicas, ya nos reímos, hacemos una cosa, nos acostamos todos en la misma

cama entonces eso es una invasión ¡impresionante! Yo siento que ahora disfrutan más la mamá que tienen, como les pasó cuando me separe del papá de ellos, que ellos no disfrutaban el papá porque él vivía borracho en la calle, ni lo veían, y cuando nos separamos como él los tenía que recoger los fines de semana, ahí si les tenía que dedicar el tiempo, entonces ahí empezaron ellos a disfrutar el papá. En estos momentos ya no tienen papá pa' disfrutar otra vez, porque como viven con él, él vive en la calle, entonces él llega tipo diez, once, de la noche a dormir y al otro día vuelve madruga y ya no lo ven...”

Sin embargo, es importante aclarar que la carga del trabajo de cuidado estaba distribuida diferencialmente entre Luz y el papá de sus hijos, por lo que para ella dejar de convivir con sus hijos la liberó de una importante carga de trabajo diario lo que la hace sentirse menos cansada, y tener tiempo para sí misma, sus propias necesidades y deseos, lo cual la lleva a sentirse más tranquila y dispuesta y así a disfrutar el tiempo que comparte con ellos.

Así, aunque la experiencia de la maternidad de Luz se produce en el marco de la naturalización de la desigualdad de una organización binaria y jerárquica del trabajo de cuidado, es en este entramado en el cuál ella resignifica la experiencia de la maternidad, encontrando el *pensar en sí misma* como una forma de sentirse mejor y de mejorar incluso la relación con sus hijos después de que ellos ya no conviven con ella.

Por otra parte, para Luz, la satisfacción de las necesidades materiales de sus hijos fue un aspecto muy importante. En este aspecto, aunque ahora el papá se encarga de los gastos cotidianos de ellos, Luz se encarga de gastos a los que les atribuye un beneficio emocional y que él no percibe como necesarios:

“Pero igual en estos momentos ellos en Diciembre soy yo la que les da todo porque él no les da absolutamente nada, todo lo que es lo material pues la ropa, los... todo lo

compro yo; si ellos cumplen años todo lo compro yo, siempre que ellos cumplen años les hacemos como una piñatica ahí como nosotros la familia y todo los que son, se les compra la ropa se les da su regalo. O sea siempre trato de invertir mucho en lo que ellos quieren y en darles lo que ellos quieran, porque sé que sufrieron muchas necesidades y que nunca se las pude suplir y en este momento ¡gracias a Dios! Los diciembres les doy muchas cosas, por lo menos les puedo comprar no ya un par de zapatos, sino que a cada uno le compro de a tres, a cada uno le compro de a tres mudas de ropa, lo que primero no podía hacer, en este momento ya si lo hago. En Diciembre a todos les di traído [sic.] de niño Dios a pesar de que están tan grandes, todo salieron con su traído [sic.] y quedaron felices, y el papá lo que dijo fue: ¿para que se puso a darles traído si ellos están tan viejos?, cómpreles más ropa. Le digo: No, porque es que igual uno a esa edad sigue anhelando que el niño Dios le traiga. Y por ejemplo lo que hacemos es que llenamos el árbol de puros regalos y a media noche empezamos a repartir: este es de fulano, ese es de sutano... es muy bonito..."

2.2. La cuota: invisibilidad del trabajo de cuidado

Patricia tiene dos hijos, cuando quedó en embarazo del primero de ellos tenía 22 años y ante la noticia del embarazo la reacción del padre de su hijo fue de rechazo y abandono, esto marcó de forma importante el sentido que adquirió la experiencia de la maternidad para ella:

"Entonces cuando Adolfo me empezó como a caer y eso, y a mí me empezó a gustar... pues porque casi nunca un hombre así ya tan mayor, entonces fue como chévere, fue como rico. Pero pues yo nunca me imaginé que él me fuera a dejar. Y ahí pues ya empezó mi vida con mi hijo, empecé a trabajar a sacarlo adelante. Mi mamá lo llamo y él me llamo después y yo le dije: no quiero... ya me dejó, me dijo que no me quería ver y ahora me viene a hacer el otro, no yo ya no quiero saber nada de usted déjeme en paz, no sé qué. Y todas las personas que se me acercaban a todos los odiaba, a todos".

Cinco años después conoció a Pedro, el papá de su segundo hijo, y unos meses después quedó en embarazo. Cuando tenía 4 meses de embarazo sus padres al enterarse del embarazo “la echaron de la casa” y entonces se fue a vivir con Pedro:

“Mi mamá me echó de la casa y yo me fui a vivir al apartamento de él, cuando me fui al apartamento de él, ese señor... duró bien como 15 días y después empezó a cambiar, empezó a salir con mujeres, me empezó a pegar, me dejaba encerrada sin comer y como era un edificio yo no tenía llaves ni para salir del apartamento, ni para salir del edificio, ni del conjunto, o sea nada, me tocaba quedarme encerrada todo el día. Me desconecto el teléfono, no podía comunicarme a mi casa, nada”.

Esta convivencia, como se lee en este fragmento, duró poco debido a la violencia física y psicológica que él empezó a ejercer sobre ella a los pocos días de irse a vivir juntos:

“[...] ya tenía como 3 meses de embarazo, 4 meses, yo quedé en embarazo como en Enero y eso paso como más o menos... como en Mayo, y él me empezó a pegar como en Junio, yo me regresé a mi casa como en Julio. Es lo que yo digo yo no he vivido con nadie, yo no he tenido un hogar, a eso no se le llama hogar, ni nada de esas cosas”.

En este sentido, la expresión “a eso no se le llama hogar” hace referencia a la frustración de Patricia ante la imposibilidad de constituir el ideal de familia convencional (madre, padre, hijos) con el padre de alguno de sus hijos. Para Patricia los embarazos y los hijos, han sido a la vez motivación y frustración debido al abandono por parte de sus parejas; esto ha hecho que la sensación de soledad defina de manera importante su experiencia de la maternidad y que acuda de forma recurrente el ideal de familia tradicional como anhelado, deseable, estable, y mejor tanto para ella como para sus hijos en comparación con una “madre sola”, como ella.

Retomando la historia, después de abandonar la convivencia con él papá de su segundo hijo continuaron una relación de noviazgo y una vez nació el bebé

compartían tiempos de recreación con “los niños”; sin embargo, Pedro no aportaba económicamente para los gastos de Daniel (el hijo que habían tenido juntos), y posteriormente se enteró que Pedro tenía una “familia conformada” a quienes si les “respondía” (refiriéndose al aporte económico):

“Hasta que hace como 10 años, hace más o menos 10 u 11 años supe que tenía otro hogar, que tenía otro hijo, bueno, que tenía una familia formada y que la mamá le había comprado una casa y estaban súper y yo como una pendeja. Entonces yo dije bueno, le mandaron... le mandamos la solicitud de la cuota de alimentos a Daniel [...su segundo hijo...] y todo eso, y ya, pero con él nunca más. En el único momento que yo me veía con él era para pasarle la cuota de alimentos, pero ya, nunca más. Yo con él jamás; o sea ni siquiera tengo el teléfono, no sé dónde vive, nada, no quiero saber nada de ese señor”.

“La cuota de alimentos”, a la que hace referencia Patricia en este fragmento, es un valor establecido en los procesos de conciliación en los que se negocia la custodia y la manutención de los hijos cuando la madre y el padre deciden no convivir. Dicha cuota le corresponde al progenitor que no convive con el niño o niña como una forma de cumplir los gastos que él o ella generan⁵ y se establece de acuerdo con los ingresos que este tenga.

De esta manera, en los procesos de conciliación se define la custodia, visitas y se distribuyen las obligaciones económicas relacionadas con el cuidado de los hijos e hijas menores. El procedimiento para fijar dicha cuota implica en primera instancia una conciliación, es decir la búsqueda de acuerdos entre los progenitores al respecto, y si no se llega algún acuerdo o se incumplen estos acuerdos se puede proceder a la

⁵ Aunque la denominación de dicha cuota proviene de la necesidad básica de alimentación, en la realidad la fijación de la cuota alimentaria hace referencia a las necesidades no solo de alimento, sino también de educación, salud y vivienda de los menores (Pineda, 2011).

“demanda de alimentos” ante una instancia judicial que interviene para garantizar por diferentes medios el cumplimiento de esta obligación (Espectador, 2016).

Patricia, como señalaba antes, tras el abandono de los padres de sus hijos asume la custodia y con ella la responsabilidad de sostenimiento económico y de cuidado de ellos. Sin embargo, ante las particularidades que se presentaron en la relación con el padre de su segundo hijo decide realizar la “demanda de alimentos” tras fallidos intentos de conciliar con él:

“Porque cuando íbamos a demandar al papá porque él cómo tenía trabajo y todo lo tenía a nombre de la señora, ella le compró un taxi para que lo manejara y él lo manejaba cuando se le daba la gana, entonces la excusa era que él nunca tenía plata para darle a Daniel nada, entonces yo fui y lo demandé a la Fiscalía y allá me dijeron que... una vez fui y dije que yo no quería conciliar con él ¡NUNCA! Porque las veces que había conciliado nunca me había dado la plata, nada, o sea jamás me daba nada, que yo no quería conciliar con él, mejor dicho, ese día me insultó por toda la calle y casi me pega y de todo, porque no quería conciliar con él; cuando regresé me dijeron... usted sabe cómo funciona la justicia ¿no? Pues con plata... entonces pum cuando llegue ese día para averiguar por la demanda la habían archivado por justa causa, porque él no tenía nada que darme, ni lo obligaban tampoco. Entonces me dijeron pues demándalo por juzgado... entonces tenía una demanda por juzgado, yo fui y la desarchivé, la iniciamos nuevamente con la suerte que una amiga de mi hermano conocía a una doctora de allá ... a una... una defensora de familia, y ella pues yo le comenté el caso y me dijo: ¿y él que hace?, yo: no él no hace nada doctora, él se la pasa es ... maneja un carro y todo por ahí, hace unos trabajos bobos; dijo: ¿Y los papás que hacen? Y yo: el papá es muerto y la mamá es pensionada, -y ¿cuánto gana la mamá? -le dije: como tres millones de pesos de pensión, doctora. Dijo: mmmm... ¡Demandemos a la abuela! Y yo: ¿se puede? Me dijo: ¡si demandémosla! Demandamos a la señora, pues yo nunca me imaginé que esa señora... ganaba era ¡5

millones de pesos! [Risas] [...] Y era una cuota provisional del 12%, del 12,5% sobre la... la cuota de la señora, la pensión de la señora. Eso duro como... Uhh duro harto tiempo, como unos 8 meses en salir y esa plata me la fueron abonando a una cuenta, y cuando saliera el caso o se la entregaban a ella o me la entregaban a mí [...] Pasó así, cuando ya al tiempo salió ya al mes la sentencia, le dieron el 10 % sobre la pensión, entonces yo tengo una cuota de 500 mil pesos mensuales para Daniel. Entonces le doy 400 y cojo 100 para mí, y ahí... o a veces le digo me prestas 50 más si mami, coge la plata que necesites, tranquila-. Entonces él carga su tarjeta, lleva para su almuerzo, él tiene su plata, entonces él esa plata la ahoooooorra todo el mes. Pero bien... si claro”.

La descripción detallada que hace Patricia en este fragmento deja ver como este modelo de conciliación “se basa en dos principios que difícilmente se cumplen para los conflictos familiares, dado el sistema de género que opera en nuestra sociedad: en primer lugar, las condiciones de igualdad de las partes y la imparcialidad del conciliador” (Pineda, 2011, pág. 151).

En primer lugar, al forzar la conciliación en el marco de una relación antecedida por diferentes tipos de violencia (física, psicológica, económica) hacia ella por parte del papá de su hijo, se desconoce que esta es un producto evidente de la existencia de una relación desigual de poder propia del sistema sexo/género, que impide la imposibilidad de negociar en condiciones igualdad.

Por otra parte, como lo señala el mismo autor, aunque legalmente la cuota puede cubrir el sostenimiento de la madre, “esta suele fijarse en consideración de las necesidades de los hijos; bajo este supuesto, conceptualmente la cuota alimentaria excluye una valoración económica del trabajo de cuidado, y solo considera los bienes del mercado requeridos para el desarrollo de dicha función. En consecuencia, constituye un requisito para el cumplimiento del trabajo de cuidado y condiciona su desempeño” (Pineda, 2011 pág. 151).

De esta manera, en el cálculo hecho para establecer la cuota alimentaria no se consideran las actividades de cuidado cotidiano y el tiempo y recursos materiales requeridos en su realización; esto supone en consecuencia, la invisibilización de quien lo realiza, en este caso Patricia. Incluso ella misma en este fragmento del relato siente la necesidad de justificar el uso del dinero en gastos del sostenimiento del lugar donde ella vive con su hijo, como si esto no hiciera parte de los cuidados cotidianos que él requiere:

“Entonces le doy 400 y cojo 100 para mí, y ahí... o a veces le digo me prestas 50 más si mami, coge la plata que necesites, tranquila-. Entonces él carga su tarjeta, lleva para su almuerzo, él tiene su plata, entonces él esa plata la ahoooooorra todo el mes. Pero bien... si claro”

De esta manera la negociación de cuidado en el modelo de conciliación y la fijación de “la cuota alimentaria”, se desconoce que la custodia implica una serie de tareas cotidianas para el mantenimiento de la vida de los hijos y las hijas que implica una gran cantidad de trabajo como lo sugiere Moliniere, (2011) y que estarán desigualmente distribuidas entre los progenitores por el hecho de que solo uno de ellos convive con el niño o niña. De esta manera, en el caso de Patricia, al establecer “cuota alimentaria” como la contraparte de la custodia, se termina por favorecer una división de los roles de provisión económica y cuidado, donde este último es desvalorizado por los diferentes actores dentro del proceso.

Así, la paternidad se limita a la provisión económica para los gastos de sostenimiento de los hijos, y se naturaliza el trabajo cotidiano de cuidado realizado por la madre. Patricia lo menciona enfáticamente al describir la relación actual de sus hijos con sus padres, la cual es distante y donde estos no cumplen un papel significativo en sus vidas. En el caso de Daniel, su hijo menor, esta relación se ha

limitado a la provisión económica obligatoria mediante “la cuota alimentaria” y se resume en tensiones y desencuentros cuando se espera más allá de esto:

“Mis hijos, por lo menos Daniel cumple años y todo y el papá nunca lo llama, a Nicolás, el papá tiene una memoria de pollo y nunca lo llama tampoco, entonces le decía a Nicolás le decía... el cuatro de septiembre cumple años el papá de Nicolás, le decía: llama a tu papá, dice. Yo que voy a llamar a ese señor si él nunca me llama, y le dije a Daniel: Daniel hoy está cumpliendo años tu papá, -¡A ese viejo! Nunca le dirige la palabra a uno yo para que lo voy a llamar. Ellos tienen mucho resentimiento hacia ellos y no porque yo se los haya inculcado, porque yo nunca les he hablado mal de ellos, ellos saben la vida que me daba porque ellos se daban cuenta, más que todo Nicolás y le ha contado a Daniel, y por ahí de pronto por temas que hemos hablado y todo, pero pues ya Daniel es grande y el a veces me pregunta: Mama ¿y cómo fue esto y lo otro? Y yo le contesto pues la verdad porque para que me voy a poner a ocultarle”.

“La otra vez él lo llamo y le dijo... espérate me acuerdo, el llamo a Daniel y Daniel le devolvió la llamada, y cuando lo llamo le dijo: Daniel, ¿su mamá si le está dando la plata que le está robando a su abuela?, entonces le dijo: como así papá, le dijo: pues sí, la plata que le quitan a su abuela, ¿si se la está dando su mamá? ¿Si le da de comer? ¿Si le paga el estudio?, le dijo: A ver papá, mi mamá me da más de lo necesario, lo dejo (señal de cerrar con cremallera la boca), le dijo: bueno, chao. Le colgó y nunca más lo volvió a llamar. Entonces es que tampoco se ganó la confianza, me dice: no de ese señor no quiero saber nada. Entonces da pesar, pero él hubiera querido tener un papá, pero nos tocó otra vida diferente”.

El segundo principio, señalado por Pineda (2011), que no se puede cumplir dentro de este modelo de conciliación, dado el carácter desigual de las relaciones de género, es la imparcialidad de los mediadores durante el proceso. Esto puede observarse en la narración de Patricia, en las dificultades que tuvo que pasar para encontrar un medio efectivo para que su demanda fuera atendida, estas reflejan una

serie de estereotipos y obviedades presentes en estos funcionarios, para quienes estos procesos se han vuelto rutinarios y en los que se desconoce las implicaciones diferenciales para las partes.

Por otra parte, es de resaltar, que Pedro y su familia interpretan como un “robo” por parte de Patricia la responsabilidad “de la cuota de alimentos” y la exigencia de que esta sea asumida de manera efectiva haciendo uso de los medios legales. Esta interpretación lleva a justificar bajo estereotipos de género la evasión de la responsabilidad legal que le corresponde a Pedro como padre y acentuar esa invisibilización del trabajo de cuidado de los hijos reduciéndola completamente a los gastos que ellos requieren; y así mismo refuerzan en Patricia el señalamiento por este tipo de exigencias hacia un hijo que se encuentra fuera de una unión formal.

Esta situación a la que se ve enfrentada Patricia me resulta ilustrativa con respecto a cómo la maternidad en una economía no valorada del cuidado se define en función de la naturalización de la división sexual del trabajo, específicamente el tema de cuidado para las mujeres y el modelo de ideal de familia. Dentro de esta articulación experiencias como la de Patricia, donde no se cumple a cabalidad con el modelo de familia convencional y donde la exigencia de la provisión económica hacia el padre de su hijo se realiza a través de una demanda la expone a diferentes señalamientos que impactan en la subjetividad y en la valoración de su experiencia como madre. Y donde, especialmente, el cuidado es invisibilizado y en consecuencia carente de reconocimiento incluso por parte de ella misma.

2.3. *“Un manual de que como ser mamá y no cometa estos errores”:* reflexiones en torno al cuidado y el ser “buenas madres”

Palomar (2017) sugiere que en el imaginario social de la maternidad aparecen de forma subyacente las categorías de “buena” y “mala” madre. En su investigación

esta autora supone que la categoría de las "malas madres" es el negativo de la construcción social de la maternidad en nuestra sociedad, es decir:

“esta categoría [...] es el resultado del contraste que se establece con el ideal de género fabricado culturalmente para crear el mito de la mujer-madre, basado en la creencia en el instinto materno, en el amor materno y en el sacrificio y la entrega gustosa de las mujeres a la maternidad” (Palomar,2017, pág. 19).

En otras palabras, las "malas madres" serían aquellas mujeres que no cumplen con los ideales de la maternidad socialmente construida y las "buenas madres", en contraste, son aquellas que se ajustan a dichos ideales. En la conversación con la participantes traje a colación intencionalmente la pregunta por si se consideran o no “buenas madres” porque observé que ellas reconocen sus esfuerzos y habilidades como madres, especialmente en la tensión entre el trabajo remunerado y de cuidado de sus hijos e hijas, pero parecen no sentirse completamente satisfechas con su labor.

Desde esta perspectiva, las definiciones que las participantes de la investigación tienen sobre lo que significa ser una “buena madre” permiten evidenciar la manera en cómo los discursos dominantes sobre la maternidad han operado en sus experiencias, y las tensiones que ante situaciones concretas confrontan este ideal.

De acuerdo con los análisis realizados por Sanhueza (2005), en las mujeres latinoamericanas la representación de lo que debe hacer una madre está asociada principalmente con: el ejercicio del cariño: el ser cariñosa, el sacrificio por los y las hijos/as, el preocuparse por su ellos/as; por otra parte se ubica a las madres como las principales encargadas de la formación moral, de señalar que es lo correcto y permitido y que es lo que constituye una transgresión y finalmente tienen el papel de mediación con el Padre, que representa su papel de dialogar con la autoridad.

Estos tres aspectos pueden observarse en las evaluaciones que hacen las participantes en su rol como madres como señalare a continuación.

Tatiana a través de un ejemplo de su crianza y el de su prima criando a sus hijos en el momento actual expresa las contradicciones entre el deber ser y el hacer de una buena madre, llegando a la conclusión de que cada quien desde sus propios conocimientos establece la mejor manera de hacerlo:

"Entonces le digo a John: no, o sea cada quien, mira su hogar y su hogar lo sigue bajo unas reglas diferentes. [...]Cada quien lo ve como a su manera ¿no?". Y agrega: "es como... llenarse de todo eso... Como de la... de la poca sabiduría que uno tiene, de la mano de Dios, de las cosas buenas que a uno le han enseñado y uno vive y uno puede hacer".

Al reflexionar su experiencia como mamá ella percibe una intención de siempre hacer lo mejor posible, aunque nunca se pueda estar preparado para todo lo que implica, reconociendo que no hay manera de escapar a los errores. La única manera de lograr esta perfección inalcanzable sería que existiera "un manual de que como ser mamá y no cometa estos errores".

Ante la pregunta explícita de por qué considera que es una "buena madre" ella resalta que se esforzado por inculcar en su hija la autonomía frente a la toma de decisiones y le ha generado frustración de no haberlo logrado dadas las diferencias en los patrones de crianza con su padre:

"Yo digo que no tanto ser... uno siempre saber buscar lo mejor, buscar que no le pase lo que a mí me paso, porque digamos uno siempre está buscando eso. Pero no es tanto eso sino como... enseñarles a tomar sus decisiones, como que sean autónomos, también independientes y que sean conscientes. Lo que yo siempre le digo a Mafe: tú tomas cualquier decisión y eso trae una consecuencia, sea buena o sea mala, pero afróntala. Y eso es lo que digo yo que yo no le enseñé a Mafe... no le enseñamos".

La formación moral y el interés por el bienestar de su hija son los dos aspectos fundamentales con base en los cuales Luna define lo que es una “buena mamá” y se sitúa frente a dicha definición.

Por otra parte, para Luz, la provisión económica fue una de sus principales preocupaciones como mamá; en su relato ella describe la manera en que ha buscado satisfacer necesidades materiales, no solo para el mantenimiento básico de la vida, sino para buscar un bienestar emocional de sus hijos, como por ejemplo “*el traído del niño Dios*” o las celebraciones de cumpleaños. Sin embargo, ella percibe que como madre se centró en la provisión económica y no afectiva de sus hijos lo que la lleva a concluir que no fue una buena mamá:

“¿Entonces tú no crees que fuiste una buena mamá? -No, porque en la vida no todo es material, o sea yo me maté y me esforcé por tratar de que ellos no aguantaran hambre, por darles al menos un parquito de zapatos, o sea me esforcé por muchas cosas materiales mas no por los sentimental; o sea yo nunca estuve ahí con ese amor, con ese afecto de mamá hacia ellos, no, no estuve, nunca se los di ese afecto, porque no era capaz”.

El “afecto de mamá” es una alusión a esta naturalización e idealización del amor maternal, el cual le impide reconocer otras formas en que expresa su afecto y las transformaciones que ha hecho en este sentido.

Sin embargo, ella relata la forma en que otros la reconocen como “buena madre y esposa” en dos momentos: ante la infidelidad del papá de sus hijos y ante la decisión de sus hijos. Estas situaciones hacen que a través de estos “otros” indiferenciados, reconozca cualidades como la dedicación a su hogar y la exclusividad de su tiempo para estas actividades, como características de una buena madre que ella encarnaba; pero, paradójicamente, estas situaciones son las que la llevan a cuestionarse si efectivamente lo es.

Luz, como he señalado en el apartado anterior, llevó durante mucho tiempo una sobrecarga de trabajo debido a que asumió tanto el sostenimiento económico como la responsabilidad de cuidado de sus hijos ella sola. El que ella se considere a sí misma como incapaz de alcanzar el ideal socialmente construido de maternidad, es decir, una "mala madre", refleja como el sistema sexo género fuerza a las mujeres a desear la maternidad y una vez son madres a alcanzar un ideal aun en un marco tal de carencias y de falta de apoyo afectivo o material como en el que se encontraba Luz.

Patricia en cambio, define desde su experiencia una "buena madre" como alguien se preocupa por garantizar el estudio de sus hijos a pesar de las dificultades económicas que se puedan presentar, lo cual ella se ha esforzado por hacer y allí encuentra el reconocimiento y la satisfacción de haberlo hecho bien:

"Mi hermano mayor me tiene en muy buen concepto, me dice: tú eres una verraca, mira tus hijos, haberlos sacado adelante, sola, como te ha tocado, ¡eres una verraca! [...] Y pues si eso me fortifica por lo menos, el decir bueno en medio de todo hice las cosas más o menos bien, hubiera querido hacerlas mucho mejor pero tampoco fue un desastre como digamos esos hogares que los muchachos no... no valoran el estudio eso es lo más terrible, lo que yo más digo a ellos, ¡Estudien, estudien! Si yo no lo pude hacer háganlo ustedes, porque yo no pude estudiar, y pues... por tener a Nico, ya eran más gastos, tanta cosa, o sea deudas, no me alcanzaba el sueldo, o sea era a ras digámoslo, no tenía para estudiar".

Para Patricia "haberlos sacado adelante" garantizando su estudio y darles una formación en valores "llevarlos por el buen camino" es una garantía de "haber hecho lo mejor posible" como mamá. Sin embargo, ella considera que pudo haberlo hecho mejor si hubiera tenido las garantías de lo que ella considera "un hogar", reafirmando un modelo tradicional de familia como estable y deseable.

Sin embargo, es precisamente el hecho de “echarla de su casa” por tener dos hijos de padres diferentes, un señalamiento que ha marcado de forma importante su experiencia de la maternidad: *“porque conmigo la gente fue muy dura; me decían que yo era una cualquiera, que como así sola, que dos hijos de dos papás diferentes, o sea la gente ha sido cruel”*. Cuando la escuchaba podía leer cierta frustración ante la imposibilidad de “organizar una familia” con los papás de sus hijos, y se refería recurrentemente al ideal de familia tradicional como anhelado, deseable, estable, y mejor que su experiencia como de madre sola:

“Entonces pues he sido sola con mis dos hijos, y entonces de ver a Rubén [... Su pareja actual...] como es de diferente con los hijos, digo yo ¡ay tan bonito que hubiera sido tener un hogar! Una persona... un hombre a mi lado que me ayudara, que fuéramos los dos en un mismo ideal ¿no? En sacar a nuestros hijos adelante, pero bueno no se pudo, me tocó sola; De pronto surgieron mejores cosas que de pronto estar acompañada, o sea Nico se graduó, así se haya demorado un jurgo [sic.], pero bueno, se graduó. Y Danielito pues ahí... ahí va”.

De esta manera, para el modelo de una “buen madre” además del deseo y amor naturales hacia sus hijos e hijas y del buen cuidado y formación para hacerlos “gente de bien”, requiere que su familia tenga esta configuración hegemónica donde las tareas de sostenimiento económico y de cuidado y formación de los hijo/as. Este aspecto es el que le genera frustración y que pone en tensión su evaluación de su experiencia como madre.

Finalmente, Luna no hace una valoración sobre ser buena o mala madre; más bien concluye que la adultez es un momento apropiado para serlo, a diferencia de su experiencia. Y realza el hecho de que la maternidad es un proyecto de vida, que afecta el ejercicio de otros proyectos personales, lo cual refuerza la idea de que posponerla puede garantizar mayor tranquilidad y satisfacción.

En síntesis, la definición que cada una de las participantes tiene de lo que es ser una “buena madre” remite a su deseo de actuar de una manera moralmente correcta en la relación con sus hijos e hijas y dentro de esto la forma en que se realiza el cuidado juega un papel fundamental.

Sin embargo, esta tensión entre lo que se considera bueno o malo en relación con la maternidad refleja la manera en que esta tarea social de reproducción de los sujetos sociales ha sido asignada arbitrariamente a las mujeres, desconociendo si ellas pueden o no tener las aptitudes, deseos o habilidades para criar sujetos capaces de convertirse en ciudadanos plenos (Palomar, 2017). Adicionalmente, es una tarea que socialmente ha sido estandarizada bajo ideales que difícilmente pueden alcanzarse en condiciones de carencia afectiva y económica como lo evidencian los relatos de las participantes.

Así, a lo largo de este capítulo hemos visto como la maternidad se presenta como una relación ideal de cuidado, invisible, producto natural del afecto y dedicación; enmarcada en la división sexual del trabajo que le atribuye el trabajo reproductivo y doméstico a las mujeres; e idealizada en el contexto de familia tradicional. Es en este marco discursivo en el cual se producen estas experiencias, sus contradicciones y resistencias. De manera que esta dimensión moral atraviesa todas las situaciones descritas a lo largo de este capítulo, así como las decisiones cotidianas y trascendentales con respecto al cuidado de sus hijos e hijas

Capítulo 3. ¿Elegir ser mamá?

Reflexiones en la intersección entre la planeación y el deseo de la maternidad

La resignificación de un embarazo no deseado es un aspecto central y en común entre las cuatro participantes de la investigación. Todas han enfrentado situaciones en las cuales no deseaban un hijo o no hubieran querido continuar con el embarazo, sin embargo, desarrollan argumentos para hacerlo y tramitan a lo largo de su historia este “no deseo” de diferentes maneras. El “no desear” un hijo se contrapone a los discursos de una maternidad idealizada y en las historias de estas mujeres implican tramitar la culpa, el juicio y cuestionamientos sobre ellas mismas como madres.

Para Luna, Luz, Patricia y Tatiana su primer embarazo gestado durante su adolescencia o los primeros años de la juventud no fue planeado, pero, no planear no significa siempre no desear. El “no desear” un embarazo es una sensación que se presenta en diferentes momentos en cada una de las historias y que implica gestionar en su propia experiencia los discursos idealizados sobre la maternidad.

En la intersección entre la planeación y el deseo de la maternidad, me parecía importante cuestionarme sobre condiciones que la posibilitan como una elección. Es decir, si existen en sus contextos sociales, económicos, culturales los recursos materiales y simbólicos que les permitan decidir libremente si quieren y pueden ser o no madres en un momento determinado. En este sentido la manera en que ellas perciben esta posibilidad de decisión en el ejercicio de la maternidad se refleja en sus relatos sobre la anticoncepción, la educación sexual y el aborto.

1. “Está bien. Yo no soy un error”

Al releer la historia de vida de Luna, me llamaba la atención que a pesar de no haber planeado su primer embarazo encuentra dentro de su historia un momento particular en el cuál “decidió ser mamá”. Este aspecto me llamaba la atención porque en el momento en que Luna se entera del embarazo de Sol, ella no había planeado ni deseaba un hijo:

“[...] Es que yo no quería ser mamá de verdad. A mi hija le duele mucho que yo le diga, pero es verdad yo no estaba prepara mentalmente para eso, yo lo último que quería era eso, porque eso, porque eso era demostrarle a mi mamá que tenía razón. Y lo que yo tenía era muchos otros planes en la vida, no ese”.

Luna contempló la opción de interrumpir el embarazo, pero en el momento en que se enteró de éste tenía 6 meses, y esto hizo que tuviera que descartarla. La opción de interrumpir el embarazo hubiera sido la más viable si no hubiera tenido “tanto tiempo” de gestación:

“Pensamos en la opción de ya no continuar con el embarazo, pero yo tenía 6 meses, ¡6 meses!, pues no. [...] pero no, no es que ya estaba muy grande, no. Y tal vez si yo me hubiera dado cuenta antes, Sol no estaría, Sol no existiría en mi vida”.

Pero, aunque Luna consideró seriamente la posibilidad de interrumpir y el embarazo fue algo no deseado en ese momento, para ella continuar el embarazo de Sol y “ser mamá” fue una decisión y no un acto de resignación:

“Entonces yo decidí que iba a tener a Sol, desde el momento en que yo decidí que iba a tener a Sol como que todo cambió en mí. Bueno yo no sabía que estaba embarazada ¿cierto? Entonces pues no sentí, muchas cosas. Pero cuando yo dije: voy a ser mamá y quiero ser mamá y voy a ser la mejor mamá, se me salió la barriga”.

Así, para Luna la noticia de estar en embarazo no fue lo que la convirtió en madre fue su disposición a asumir este rol. Para ella el embarazo no era opción deseada, pero, el ejercicio de la maternidad si lo fue, y pudo apropiarse de ella como un lugar de agencia y de percepción positiva sobre ella misma.

En este sentido, la decisión de ser madre implicó por una parte centrar su vida en el bienestar de su hija y por otra un reto de no repetir la relación nociva que tuvo con su madre:

No, yo no sé, como que desde que la sentí y la vi en la ecografía, y supe que era de verdad... que de verdad estaba pasando que yo tenía un bebé en la barriga, que eso de verdad, era verdad, increíble pero cierto, ese día como que yo dije: voy a ser mamá y va ser una niña. Eso lo cambio todo. Porque yo dije: no va a pasar, eso que pasó conmigo, no va a pasar con ella. No. Yo me voy a encargar de que... ella va a ser una mujer feliz, y no se va tener que aguantar, no, ni trabajos pesados, ni malos tratos, no, nada de eso. Va ser una niña feliz, una mujer feliz, así yo tenga que sacrificar lo que tenga que sacrificar. Automáticamente todo empezó a funcionar siempre alrededor de ella, o sea, yo nunca tome una decisión en que no estuviera primero ella. Será como el instinto maternal, no sé, no tengo ni idea. Y no sé si a todas les pase, yo creo, ¿cierto?

De esta manera, cuando Luna narra el instante en el que decide ser mamá, da cuenta de un momento particular en el que el embarazo no planeado adquiere un nuevo significado para ella. El sentido que adquiere la maternidad tras esta determinación la lleva a transformar la percepción negativa de la situación y percibirla como una oportunidad para cambiar aspectos que le generaban insatisfacción en su propia historia. Esto también fue observado por Nóbrega (2009 y 2006) en estudios realizados con madres jóvenes en los cuales encontró que:

“A pesar de que las jóvenes reconocen las dificultades que la maternidad implica, más aún en un contexto de pobreza, son capaces de realizar lo que hemos denominado quiebres del discurso normativo con la finalidad de mantenerse en la tarea” (Nóblega, 2009, pág. 48).

Sin embargo, a lo largo de su historia como mamá esta resignificación del “no deseo” inicial del embarazo ha tenido que consolidarse y tramitarse en diversas situaciones de su ejercicio como mamá:

“Cuando ella me contó que le llegó su periodo nosotras fuimos a comer helado, a comer helado [enfatisa] y tuvimos una conversación y yo le dije todo lo que significaba, ese día yo le dije lo que había pasado cuando yo estaba embarazada y le expliqué [silencio pronunciado, llanto] que yo fui... que yo había pensado en no tenerla [llanto], pero que yo la amaba mucho. Y ya cuando decidí que la iba tener desde ese día la amé mucho. [Silencio] Porque ella me decía, ella me decía: que ella era un error. Y yo, yo no sé si hice mal en decirle, en contarle, pero pues es la verdad, si yo no quería que ella pasara, pues repitiera esos errores, lo único que yo quería era que ella no quedara embarazada”.

El no haber planeado este embarazo lleva a que su hija se piense a sí misma como un “error”, una concepción que tiene cabida dentro de una lógica neoliberal donde el embarazo es un error de planeación y de autorregulación que conlleva como lo han sugerido diversos autores a coartar las trayectorias educativas y laborales (Binstock y Näslund-Hadley, 2013; Binstock, 2014; Núñez y Cuesta, 2003). Pero, Luna confronta de manera directa esta definición aludiendo a la maternidad como la elección que hizo desde ese momento y que reafirma diariamente:

“Sol ahora molesta con eso, y me dice: pues como yo fui un error. Y yo le digo siempre: yo no te dije que tú fueras un error, yo no he dicho eso, yo te dije que tal vez nunca... si yo me hubiera dado cuenta antes no te hubiera tenido, pero

nunca fuiste un error. El día que yo supe, que yo decidí que sí, que iba a ser mamá, ese día fui mamá y fui mamá hasta ahorita entonces no puedes decir eso. Pues tú sabes que sí, tenía derecho a pensarlo, tomar una decisión y una opción diferente así a ti no te guste escucharlo. No, tú eres el motor de mi vida [silencio corto], entonces se queda mirándome y me dice: está bien yo no soy un error”.

Este paso de lo no planeado a lo electivo con una valoración positiva de la experiencia coincide con los hallazgos de la investigación de Joanne Baker (2009) en Australia; en dicho estudio la autora argumenta que estas apreciaciones de las jóvenes son sugestivas de la exigencia neoliberal de autonomía y adaptabilidad:

“las jóvenes [...] fueron capaces de describir las formas en que la maternidad no planificada les había permitido aprender de la adversidad y redefinirse como madres adecuadas [...encontrar estas maneras de...] replantear la dificultad es coherente con las lógicas individualizadoras del neoliberalismo y el imperativo psicológico de automejora” (Baker, 2009, pág. 286).

En este sentido, la reivindicación que a lo largo de su historia ha hecho Luna, de un no deseo transformado en elección, es una forma de resistirse a los discursos normativos incorporando la exigencia neoliberal de la responsabilidad individual de corregir y mejorar.

De hecho, para Tatiana, Luz y Patricia la maternidad también ha adquirido esta connotación. Por ejemplo, Tatiana en retrospectiva reconoce que su primer embarazo no fue planeado o deseado, y aunque no considera esta una experiencia deseable, en su narración ratifica como positiva la decisión de haber tenido y criado a su hija, porque esto le permitió madurar, aprender y ser más fuerte, situación que percibe como una ganancia de esta experiencia:

“Es algo que yo le decía John, es muy bonito... pues porque de hecho mi prima ahorita tiene dos niños, yo le decía: es muy lindo tener un hijo planeado y deseado, porque es tan diferente la situación, es muy diferente. Pero pues bueno, ya que Mafe llegó mucha gente me ha dicho: ¿Y si se devolviera el tiempo?, yo le diría... sí... o sea uno se pone a pensar y uno dice sí, yo lo tendría ya digamos en estos momentos ya después de los 35, hubiese yo estudiado, ya digamos he trabajado, ya tendría mi hogar, tendría mi hijo; pero también les digo yo: ¡no sería la misma!, porque pues... digamos que por el embarazo, por Mafe, sucedieron muchas cosas que me hicieron muy fuerte y muchas cosas aprendí también de la vida, entonces no tendría a Mafe como la persona que es ahorita y no hubiese aprendido, ni hubiese ganado todo lo que gane de experiencia teniéndola a ella”. (Historia de vida Tatiana).

Contemplar la maternidad como una elección personal con un resultado positivo es una estrategia que permite pasar de la victimización como “madre joven” a la agencia, dentro de la cual las dificultades en las que se da el embarazo se perciben como obstáculos superados:

“Y digamos yo ya con los años que tengo, con las cosas que he vivido, aún más conociendo a Dios, yo digo, de verdad, o sea todo eso fueron pruebas y fueron pruebas duras, pero para hacerme como más valiente, más fuerte, para aprender”. (Historia de vida Tatiana)”.

Por otra parte, Patricia, no planeó el embarazo de ninguno de sus dos hijos; a diferencia de las otras participantes ella no convivió con los papás de sus hijos, y, de hecho, a lo largo de su historia se refiere recurrentemente al abandono por parte de éstos enfatizando en el rencor y frustración de haber tenido que asumir la maternidad “sola”.

“El peor parto [...refiriéndose al nacimiento de su hijo mayor...] de los dos fue el peor, fue muy doloroso. ¡Y sola! Enfrentar toda esa situación uno solo, como decir ¡Uy!, ¡cómo se aprovecharon de uno tan feo! Y lo botaron, fue duro. Yo no quería estar con nadie, yo odiaba a todo el mundo, a todos los hombres veía y uy no todos son unas porquerías, ¡los odio! ¡Los detesto! A todos los odiaba”.

En su caso además de ser una madre joven, la carga social de ser una “madre sola” y adicionalmente de que sus hijos tuvieran un papá diferente, se convirtió en una fuente de señalamiento. Esto generó en ella una percepción negativa de su situación y de las mujeres que pudieran estar en una circunstancia similar:

¿Lo que más cambio en mi vida? ... No sé, de pronto la confianza que les tenía a las personas, porque yo me volví tan desconfiada y a todo el mundo odiaba, yo odiaba a todas las personas; veía una mujer embarazada y yo: ¡mucha bestia, tan burra, embarazada! Yo decía tan boba ¿para que se embarazaría?, tan pendeja, ¡Uy! detestaba eso. Aunque no detestaba a mi hijo porque me entregue a él totalmente y él fue... como mi salvación, digámoslo de esa manera; pero a las demás personas si las odiaba.

Los sentimientos en relación con su primer embarazo muestran la tensión entre lo negativa que fue la experiencia, especialmente por el hecho de asumir la responsabilidad de la crianza sola (sin la participación del padre) y a la vez el significado totalizante de amor hacia su hijo y de la manera en que se convierte en eje central de su vida. En otras palabras, a pesar de esta carga negativa de la monoparentalidad dentro del mismo fragmento vemos como su hijo se convierte en su *salvación*, dando lugar así a la sacralización de la maternidad como la forma de resistir a la carga negativa y carente que se le atribuía como madre joven y además soltera.

De esta manera se redefine el ingreso involuntario y tremendamente desafiante a la maternidad como algo oportuno, coincidiendo con los hallazgos de Baker (2009). Dedicarse a sus hijos, sacrificarse por ellos, convertirlos en el “motor de su existencia”, hace que las dificultades e injusticias a las que se tuvo que enfrentar en el momento de convertirse en madre, se evalúen desde el momento actual como una fuente satisfacción y realización al haberse superado:

“Mi hermano mayor me tiene en muy buen concepto, me dice: tú eres una verraca, mira tus hijos, haberlos sacado adelante, sola, como te ha tocado, ¡eres una verraca! [...] Y pues si eso me fortifica por lo menos, el decir bueno en medio de todo hice las cosas más o menos bien, hubiera querido hacerlas mucho mejor pero tampoco fue un desastre como digamos esos hogares que los muchachos no... no valoran el estudio eso es lo más terrible, lo que yo más digo a ellos, ¡Estudien, estudien! Si yo no lo pude hacer háganlo ustedes”.

Este hallazgo, concuerda con lo encontrado por Maturana (2013) en una investigación centrada en las narrativas identitarias de mujeres que decidieron asumir un embarazo no planificado sin pareja; en este estudio la autora concluye que una de las maneras de resistir a los discursos que resaltan la dificultad y carencia de la monoparentalidad, es el reconocimiento de la autonomía y el de sacar a sus hijos adelante.

Como hemos visto diversos estudios han identificado la elección y la significación positiva de la experiencia de la maternidad en mujeres jóvenes a pesar de no haber sido planeada y no considerarse inicialmente apropiada en ese momento de la vida (Baker, 2009; Noblega M. , 2009; Llenez, 2014); sin embargo, estas investigaciones se han realizado con mujeres entre 18 y 25 años.

Encontrar esta resignificación en las historias de Luna, Tatiana, Luz y Patricia, mujeres que hoy tienen entre 38 y 45 años, me lleva a pensar que asumir la

maternidad en un momento en que no lo deseaban como una oportunidad para transformar positivamente sus vidas es, además de una estrategia que permite su adaptación a la tarea de ser mamá, una forma de sobreponerse a los discursos que sancionan una maternidad no planeada, pero sobre todo que se presenta fuera de los discursos hegemónicos, heteronormativos y adulto céntricos que la configuran; aunque como lo han señalado algunas autoras (Baker, 2009; Maturana, 2013) se usen argumentos que reproduzcan una representación idealizada de la maternidad y respondan a la exigencia capitalista y neoliberal de automejora.

2. Culpables de no desear

Para Tatiana, Luna, Luz y Patricia su primer embarazo que se dio cuando tenían entre 17 y 22 años, no fue planeado y esto las enfrentó a conflictos y contradicciones que como mencionábamos anteriormente se resuelven en argumentos que presentan la maternidad en este momento de su vida como una experiencia que les permitió aprender, ser más fuertes y responsables. Pero este no es el único momento en su historia como mujeres en el que se ven confrontadas ante la responsabilidad de planear y desear ser madres.

Luz tiene tres hijos: su primera hija nació cuando ella tenía 23 años, su segunda hija cuando tenía 25 años y su tercer hijo cuando tenía 26 años. Aunque su primer embarazo no fue planeado y de hecho generó cambios importantes en sus planes principalmente educativos, al elaborar la noticia tener su hija se convirtió en un anhelo:

“Bueno el embarazo... ese embarazo para mí fue muy bonito, pues yo siempre, pues a pesar de que yo no sabía nada de niños, ni nada de esas cosas, lo recibí de muy buena manera, fue muy rico porque... que decoré la alcoba, que compré la cuna, que

compré los pañales... o sea la emoción era demasiada y se entregó como todo esperando que naciera la niña, todo, todo, todo, todo hasta el momento en que ella nació”.

Aunque el embarazo no fue planeado, y no eran las circunstancias ideales en las que había pensado ser mamá, se convirtió rápidamente en un embarazo deseado tanto por ella como por su pareja. Su segundo embarazo fue planeado y deseado:

“Entonces después de ver que la relación estaba bien que estaba sólida, que estábamos como construyendo un hogar y eso, tomamos la decisión de tener una segunda niña, que para que le hiciera compañía a la otra. Fue muy bonito la experiencia porque fue buscada, ya fue diferente a la primera que simplemente pasó, la segunda fue buscada; nos hacíamos la prueba casera ¡Ay! ¿Cuándo será? ¿Cuándo será? Hasta que un día resulto pues positiva. Fue también muy bonito, lo compartimos muchísimo”.

Sin embargo, su tercer embarazo se presenta en un momento crítico de su relación de pareja. Los conflictos se habían intensificado después el nacimiento de su segunda hija; ante la falta de participación de su pareja en el cuidado y sostenimiento económico del hogar ella había tomado la decisión de separarse. Enterarse de este embarazo implicó renunciar a la posibilidad de abandonar la convivencia con el padre de sus hijos ante la imposibilidad de asumir económicamente la responsabilidad de tres hijos y esto genera en ella un profundo rechazo al embarazo:

Resulta que al ver que no mejoraba y al haber bajado tanto peso, pues el médico me dijo: yo te voy a mandar una prueba de embarazo porque esto está muy raro, y yo: no embarazo no es porque yo planifico, y adicional a eso yo solo he estado con mi esposo una vez, yo no he estado con él, yo ni siquiera duermo con él, entonces no es embarazo. El médico me dijo: no, no importa, descartemos. Cuando me hicieron la prueba tenía cuatro meses de embarazo, de esa vez que estuve con él había quedado en

embarazo y yo no sabía. Fue creo que ¡el peor embarazo de mi vida! Porque yo lloré, yo pataleé, yo no quería, yo me sentaba en el baño a orinar y yo decía: Dios perdóname pero qué bueno que se me viniera, yo no quiero tener hijos; tanta fue la negación que a mí no me creció la barriga, yo no parecía embarazada y como adelgacé tanto!, cuando ya yo le dije a él que estaba en embarazo, le reproché, le dije: es su culpa, yo no quiero vivir con usted, usted me ha decepcionado mucho, no quiero esta relación y voy a tener otro hijo. Y el todo contento que ya por eso no lo iba abandonar que me iba tener que quedar con él y efectivamente me tocó quedarme con él porque donde yo trabajaba yo me ganaba un mínimo, ¿y que iba hacer yo con un mínimo y con 3 hijos? Yo decía no, no puedo, por mis hijos me va a tocar quedarme acá. A la familia de él no se le contó nada, mi estómago no me creció, ya iba a cumplir casi 8 meses y no tenía estómago. Y el médico me revisaba y me decía: el niño no está evolucionando, el niño no crece, ¿usted si está comiendo? Y yo le decía: lo normal, pero era tanta la depresión que yo sentía que el niño... yo no comía, no, no; hasta que ya faltaban como dos semanas para cumplir los 8 meses, y yo le dije a él: vea, yo ya estoy casi que tengo el bebé, no sabemos cómo va a nacer, cuénteles a su familia, para que a mí no me reprochen nada, no quiero que nadie me diga nada, entonces vaya cuénteles usted. Él fue y les contó, y la mamá le dijo: ¿Cómo se le ocurre?, ustedes bien pobres, bien llevados del verraco, usted que es un borracho y ¿va a tener otro hijo?, -¡Ay ma! A ella no le vaya a decir nada que ella está muy deprimida-. Y no fue sino contar y mi estómago creció ¡impresionante! Tanto que yo no me engordeé, sino que lo único que me salió fue el estómago; cuando yo fui a control el médico me dijo: ¿de dónde le salió toda esa barriga?, cuando él me midió el niño ya tenía la talla que era, tenía el peso que era, y me tumbaba.

Luz expone en detalle la manera en que se expresaba el no deseo de este embarazo con sus implicaciones emocionales, relacionales, e incluso somáticas. El rechazo al embarazo es explícito y en su narración sobresalen tres aspectos que quisiera señalar y que hallan eco en los relatos de las historias de vida de las otras

tres mujeres, estos son: en primer lugar la no planeación de los hijos como una causa y consecuencia de la pobreza, en segundo lugar la aceptación de un aborto espontáneo sobre uno voluntario y en tercera medida y a modo de conclusión la incorporación del castigo y la culpa como una consecuencia merecida por no desear un hijo.

2.1. Maternidad y pobreza

En la investigación sobre la maternidad temprana, el factor socioeconómico ha sido ampliamente estudiado. Este tema es abordado desde dos perspectivas: en primer lugar, se ha ratificado como causa de la reproducción de la pobreza en la medida en que coarta la trayectoria educativa y laboral de las adolescentes lo que a futuro representa consecuencias negativas para las mujeres y sus hijos e hijas (Flórez, et. Al., 2004; Barrera & Higuera, 2013; Urdinola y Ospino, 2010). O bien como consecuencia de las condiciones de la situación de desventaja social en la que se encuentran las jóvenes antes del embarazo (Gaviria, 2000; Marcús 2006).

La mayoría de las investigaciones en torno al tema de las madres jóvenes muestra que asumen el embarazo en este momento de la vida como no planeado representando una ruptura biográfica en las historias de vida de las jóvenes que la experimentan (Flórez, et. Al., 2004; Barrera & Higuera, 2013; Urdinola y Ospino, 2010; Gaviria, 2000) aunque ésta pueda resignificarse positivamente como veíamos en el apartado anterior (Baker, 2009; Llenez, 2014; Noblega, 2009). Sin embargo, estudios recientes han empezado a indagar por la maternidad adolescente o joven como una experiencia planeada y deseada, dichas investigaciones han encontrado que especialmente en contextos de desventaja social, la maternidad joven es percibida como una posibilidad de reconocimiento e inserción social y tránsito a la adultez (Durand, 2005; Montenegro y Pacheco, 2010; Le Van 1998; citados en Llenez, 2013; Marcus, 2006).

La complejidad de esta relación de clase, edad y maternidad es retratada en el momento en que Luz se enfrenta a un embarazo no deseado. Ella menciona las limitaciones económicas para sostener tres hijos como la principal razón por la que siente obligada a permanecer con el papá de sus hijos, punto central en el que radica su rechazo hacia el embarazo:

No, ni siquiera con la primera que no la deseé, nunca, nunca. Fue el tercero porque como la relación estaba tan mal y yo ya no quería estar ahí. Pues yo decía: uno bien pobre y ¿otro hijo más? Pues para mí eso sí era... y lo peor era que yo trabajo en Nestlé y yo me ganaba un mínimo, entonces yo decía yo nunca voy a poder salir adelante porque con un mínimo ¿yo que voy a hacer? Yo decía: yo no voy a poder tener una casa, no tengo una familia con quien contar, no tengo una mamá que me abra las puertas de la casa y me diga. Venga hija, yo le ayudo. No lo tenía”.

El embarazo de sus dos hijas constituyó una parte fundamental de su proyecto de vida. Sin embargo, la opción de la maternidad en la narrativa de Luz no se asocia a un status o reconocimiento social, sino más bien a la resignificación de una primera experiencia no planeada en la que se construye la familia como un proyecto de vida, que la lleva a la decisión de tener una segunda hija. Para Luz elegir la maternidad implicó renunciar a su crecimiento profesional y la dificultad para ingresar a trabajos con mejor remuneración, estas implicaciones sobre las trayectorias educativas y laborales de la maternidad en las mujeres jóvenes han sido señaladas por autores como Binstock y Näslund-Hadley (2013) o Penagos, G. y cols (2007).

En el momento en que se da un embarazo producto de la falla en un método anticonceptivo y en un momento decisivo frente a su relación de pareja, este entramado la enfrenta a un embarazo no deseado frente al cuál la única opción es la continuación del mismo y por lo mismo debe sacrificar su deseo de separarse por el bienestar de sus hijos.

Las implicaciones de un embarazo no deseado en la historia de Luz, muestran la manera compleja en que la clase y el género posibilitan la elección de la maternidad. En una investigación realizada por Gaviria (2000) con base en los datos de las ENDS 1990- 2000 concluye que: “el "exceso" de embarazos entre las jóvenes más pobres obedece, más que a accidentes, a decisiones conscientes” (pág.84).

Sin embargo, esta afirmación resulta problemática en el caso de Luz, pues al reflexionar sobre su experiencia desde el momento actual ella menciona:

“Y yo a veces decía ¿yo por qué tuve tantos hijos? Y después me ponía a pensar: los pobres tenemos muchos hijos, cuando uno vive como en esa vida uno no piensa más allá; mientras que mire una persona de modo, una persona rica como decimos nosotros, piensa más en eso y dice: a no yo pues tengo un solo hijo para darle lo mejor que le pueda dar, un pobre no, un pobre tiene cinco, seis, siete, ocho y nueve hijos y no piensa en que no los va poder mantener a todos. Entonces mira a mí lo que me paso, porque no tenía un estudio, no tenía un conocimiento, sino que tenía un simple bachillerato y nunca fui más allá”.

De manera que contrario a la afirmación de Gaviria al analizar experiencias como la de Luz, que se ubica a si misma dentro de una “clase popular” es posible cuestionar la posibilidad de hablar de una “decisión consciente” en relación con la maternidad. Y más bien permite reconocer la manera en que la clase afecta la concepción que se tiene a la maternidad y las limitaciones para acceder a un capital cultural que permita planearla junto a otras posibilidades personales.

Los hallazgos de la investigación de Katrina Turner, sobre las percepciones de la maternidad en adolescentes de Reino Unido, se acercan un poco más a las vivencias de las participantes de la investigación. Con respecto a los antecedentes socioeconómicos la autora dice que:

“En términos de explicar la relación que existe entre los antecedentes socioeconómicos y el embarazo en la adolescencia, no hay evidencia que sugiera que esta relación se debe a que las mujeres jóvenes de áreas desfavorecidas consideran la maternidad como un beneficio y un medio para la independencia económica y el estatus de adulto. Más bien, parece que esta relación se debe a que, una vez embarazadas, las mujeres de áreas desfavorecidas son más propensas que aquellas de áreas favorecidas a rechazar el aborto y perciben menos implicaciones negativas de convertirse en madre. Por lo tanto, parece que alguna forma de aceptación existe, pero que esta aceptación no es una que alienta a las mujeres jóvenes a concebir, sino que las mantiene en el camino hacia la maternidad una vez que están embarazadas” (Turner, 2004, pág. 237).

Esto me lleva al segundo aspecto que me parece importante abordar es la ausencia del aborto voluntario como una opción frente a embarazos no deseados y sobre todo con tan importante impacto emocional, relacional e incluso físico para las mujeres que entreviste.

2.2. Aborto voluntario vs. Aborto espontáneo

El carácter voluntario de una interrupción del embarazo es quizás uno de los aspectos más difíciles de considerar en la narrativa de las participantes. En el fragmento de la entrevista con Luz, citado párrafos más arriba, ella menciona: “Yo me sentaba en el baño a orinar y yo decía: Dios perdóname, pero qué bueno que se me viniera, yo no quiero tener hijos”. Para Luz el aborto no es una posibilidad, aunque el rechazo que sentía hacia el embarazo la llevara a desear una pérdida espontánea, pensar en interrumpir voluntariamente el embarazo no era una opción. La opinión de Luz frente a un aborto voluntario se hace explícita cuando su hija adolescente queda en embarazo:

“Y ya al verse ella embarazada, que el papá pretendía que ella abortara, cuando se le contó al papá de ella dijo que no, que ella era una niña, que ella no podía tener bebés, entonces que abortara. Yo no estuve de acuerdo porque yo dije, para mí es un pecado, puede que yo no sea la mujer más católica de este mundo, pero eso es pecado; si Dios le dio un hijo pues ya lo debe recibir. Entonces ya que se ponga los pantalones y diga: yo me metí en esta vaca loca, voy a responder por mi hijo y lo voy a criar; yo no voy a aceptar que ella aborte, ni riesgo”.

En resumen, para Luz, el aborto voluntario es percibido como un pecado, y una evasión a la responsabilidad. El aborto espontáneo se vislumbra como una opción, una deseada ante un embarazo no deseado. Tatiana realiza esta misma distinción entre el deseo de una pérdida involuntaria y la posibilidad de realizarse un aborto:

“Porque comienza el Doctor, que no que no escuchaban a la bebé. Llegó mi tía Patricia que lo mismo, que ¿Qué tocaba hacer?, que una cosa que la otra, y yo hasta llegué a pensar... y digo yo pues ahorita es duro porque pues uno no le puede quitar la vida a nadie, pero en ese momento yo decía: Agh! Bueno hasta mejor, si no escuchan a la bebé hasta mejor por algo será, decía yo. Ya cuando llegó una doctora, era mujer, entonces los hizo salir a todos, entonces comenzó a hablarme a decirme que eso era muy duro, pero que igual era una vida que yo iba a traer al mundo y que yo tenía que ser muy fuerte para que esa vida también fuera fuerte igual a mí; y esas palabras como que le entran a uno un poquito y de alguien que jumm, hasta ahí conocía, esa doctora jamás la había visto era como que también paso para mirar que era lo que tenía” (Historia de vida Tatiana).

Fue en la clínica; que yo decía Dios pues hasta mejor, me quito tanto problema, si no tengo el bebé ya sigo mi vida normal, pero si claro, si lo pensé. Y es... yo creo que es lo primero que a uno se le viene a la mente teniendo 17 años y sin saber qué era lo que estaba haciendo. Con la mamá de Juan Carlos era una persona muy abierta, y ella si

me dijo: Tatiana si usted no quiere tener ese bebé, yo conozco tal agua y tal otra y yo no sé qué, y usted tiene muy poquito tiempo de embarazo y eso usted no siente nada, se tomas agüitas y ya. Y yo: ¡Ay no Doña Emperatriz! ¡Yo no puedo hacer eso! Pero digamos que no pensar de una manera sentarme a decir: Ay voy a abortar, no quiero este bebé por tal y tal cosa, tal razón, no. Yo lo pensaba era como bueno y si Paula no nace ¿Cómo va a ser mi vida?, y hasta en ese momento en la clínica que yo dije eso. Después era que yo decía: no ¡Dios mío! Yo ¿Cómo pude haberlo pensado?, nada más haberlo pensado porque: ¡No!”

En el relato de Tatiana y de Luz, es posible notar que la carga moral de una interrupción voluntaria es mucho mayor que la de un aborto espontáneo, razón por la cuál es vista por estas mujeres como una posibilidad por ellas ante un embarazo que no deseaban. Sin embargo, el perder espontáneamente un embarazo no está ausente de esta carga moral y emocional aun cuando el embarazo no se ha planeado y deseado.

En la narración de Patricia, los límites entre el deseo y el no deseo del embarazo, y la opción de interrumpir voluntaria o espontáneamente se desdibujan, pero ponen de manifiesto el temor a la sanción social frente a la posibilidad tener un hijo en determinado momento de su vida:

“Pues ahí se vino todo encima, yo no sabía cómo decir en mi casa, me iba a ir para una fundación que se llama los Pisingos, que es donde las mujeres tienen los niños y se quedan con ellos o los dan en adopción, ¡como quieran! Pues yo quería tenerlo y quedarme con él. Sino que yo no sabía cómo decir en mi casa porque estaba sola [...]. Entonces yo dije no, ¿ahora qué hago? Pensé en irme, tenía ya como 5 meses de embarazo, pero a mí no se me notaba tal vez de la angustia tan terrible que tenía de que iban a saber en mi casa y todo eso; y yo levantaba bultos de cemento para un lado, para el otro y cargaba cosas a ver si de pronto... ay si yo decía: ay yo no quiero pues

tenerlo, porque me daba angustia, y yo sentía algo muy bonito, pero tenía ese temor tan horrible de que mis padres supieran”.

Cuando su familia se entera del embarazo la opción de interrumpir el embarazo es la primera en la lista:

“Mi papá supo y me dijo que era una perra que no sé cuántas. Y mi hermano mayor me... ese mismo día me cogieron con la novia y me llevaron a la fundación Oriéntame para que abortara, pero entonces yo ya tenía 5 meses de embarazo... 5 meses y medio de embarazo, entonces les dijeron que ya no se podía hacer nada. Yo le decía: no es que yo lo quiero tener, yo no lo quiero perder, yo quiero tener a mi hijo, aunque me toque irme a vivir debajo de un puente no me importa y llorando, yo lloraba por toda la calle”.

En la historia de Patricia, además del temor al estigma por parte de su familia es el detonante para buscar provocar una pérdida espontánea del embarazo sin embargo al ser confrontada frente a la opción de un procedimiento concreto y voluntario de aborto su narrativa respecto al embarazo cambia y se acoge a la maternidad como un deseo sacrificial *“yo quiero tener a mi hijo, aunque me toque irme a vivir debajo de un puente”*. La oscilación entre su deseo de continuar o no con el embarazo deja entrever el estigma que puede recaer en una mujer que no quiere o no desea un hijo, lo cual es opuesto a los discursos idealizados de la maternidad.

Finalmente, Luna relata la manera en que vivió una interrupción voluntaria. Posterior al nacimiento de su hija quedó nuevamente en embarazo y esta vez ella y su pareja decidieron no continuarlo. La elaboración que hace de esta situación pasa por la culpa, el pecado, la soledad y la clandestinidad con la que vivió esta situación:

“Después de Sol, yo quedé embarazada, al poquito tiempo de Sol. Y no tuvimos ese bebé. Fuimos a una de esas clínicas y no tuvimos ese bebé. Fuimos es mucha gente Alberto me dio la plata y yo tuve que ir sola, y hacerlo sola. Y eso es lo peor que te

puede pasar. [...] Además yo no lo hice consciente, osea yo fui consciente de que lo tenía que hacer porque no teníamos plata, porque no iba a optar por tener otro bebé, no iba a estar bien. [...] Pero a estas alturas yo digo que yo nunca debí haber hecho eso, nunca debí haber ido sola, así sola, él me dejó sola, yo creo que también eso hizo que algo se rompió entre los dos. [...]. Eso había sido como no, en ese momento era muy terrible, yo tenía tantas expectativas de la vida y sé que iba ser duro, pero lo iba a intentar, pero con otro bebé, no. Pues no lo tuvimos. Y yo fui a ese lugar hice eso”.

A pesar de que el aborto es una decisión argumentada en beneficio no solo de ella misma sino de su familia y especialmente de su hija, es un episodio doloroso para Luna. El no contar con el acompañamiento de su pareja y su desentendimiento frente a la trascendencia de la decisión y adicionalmente a las condiciones de clandestinidad⁶ en las que se realizó hacen que aun hoy sea difícil para ella asumir con tranquilidad y seguridad esta decisión:

“[Silencio], porque yo creo que eso es malo, ¿me entiendes? [Pausa prolongada] creo que [pausa larga] creo que pequé, es por ese lado de la religión que me cuesta tanto aceptarlo. ¡O sea yo no puedo decirte objetivamente ...sí! era la decisión más lógica, no iba a estar nada bien para un bebé, venir a aguantar hambre, literalmente. O sea ni pa' el uno ni pa' el otro, y con esa situación familiar y mi mamá o sea o salíamos adelante con uno, con dos iba a ser muy difícil, realmente iba a complicar más una relación que ya estaba mal, iba complicar mucho más las cosas y pobrecito ese bebe, o sea no. No te lo puedo decir así, porque para mí fue muy duro, además del proceso de pasar por esa clínica, que... [Pausa] que nadie se preocupó por preguntarte ¿cómo te sientes?, o... No, eso era... yo no sé si el entrar y: ¡ah! usted, siga, siga, ahorita el

⁶ Cabe recordar que hasta el año 2006 el aborto era penalizado con cárcel en Colombia, en este año a través de la sentencia C-355 se despenalizó en tres condiciones: cuando la continuación del embarazo supone un riesgo para la vida o para la salud física o mental de la mujer, cuando existen serias malformaciones que hacen que el feto sea inviable, y cuando el embarazo es consecuencia de un acto criminal de violación, incesto, inseminación artificial involuntaria o implantación involuntaria de un óvulo fecundado.

doctor va. Como que todo era feo, como que yo decía: me voy a morir acá y esta máquina. No que feo. Como que yo sentía que lo estaban asesinando, como que, no. Además, Dios dice que eso está mal, mis creencias religiosas no me lo permiten. Bueno yo ya pedí perdón por eso, ya me perdoné por eso, y ya no me duele, y creo que fue la mejor decisión. Pero creo que no estuvo bien, porque yo a veces digo: donde comen 3, comen 4. Pero como no era solo comida lo que tocaba darles. ¿Si me entiendes?"

El aborto para Luna a pesar de ser una decisión responsable es percibido como algo moralmente malo, no solo en términos legales sino también religiosos; lo cual ha hecho que se sienta culpable y avergonzada de esta situación. De hecho, al contrastar la decisión de continuar el embarazo frente a la opción del aborto, se presenta la primera opción como una decisión valiente y en su experiencia su hija se ha convertido en el motor de su vida; mientras que el aborto es percibido como una decisión difícil y con alta carga de culpa:

"Pero si es de valientes tenerlo. El pesar que... cuando la decisión es fácil. O sea no, o si, es fácil irse por el camino de mejor yo no lo tengo porque no me voy a complicar la vida. Tenerlo es una decisión de valientes. Yo creo que la niña que queda embarazada a esa edad es consciente de que no se cuidó, es consciente de que es una consecuencia de eso y que no va a ser una tarea fácil. Yo creo que todas piensan eso ¿no?, ¿no será? Entonces sí me parece que... aunque entiendo las que no lo tienen. Las que asumen la decisión de no tenerlo, si creo que la decisión es de valientes. Aunque yo creo que no... no es que eso es algo muy difícil de juzgar, porque el que tu tomes la decisión de no tenerlo también cambia tu vida radicalmente. Pues eso creo yo porque a mí me pasó, o sea... aunque yo me critico mucho, porque yo pensé que estaba muy mal en ese momento, yo cometí un pecado grave y el padre me lo dijo, me lo reconfirmo, yo me sentía muy mal, eso me daba mucha vergüenza, tanto así que yo de eso no hablo con nadie. Creo que es algo malo, algo que yo hice mal yo me siento

mal o sea, y en ese momento yo estaba más cercana a la iglesia o sea que peor, en este momento ya mis conceptos han cambiado un poco. ¡Gracias a Dios!”

En resumen, en las experiencias de las participantes de la investigación la interrupción voluntaria del embarazo es una decisión moralmente sancionada y especialmente ligada a los discursos religiosos, se considera: un pecado. De allí la dificultad de contemplarla como una opción. Aunque enfrentarse a un embarazo no deseado las llevo a vislumbrar el aborto de maneras involuntarias como un deseo en ese momento, desde hoy estos deseos son vistos con arrepentimiento y culpa. Para ellas los discursos desde los movimientos feministas que reconocen el aborto como un derecho no son cercanos y están lejos de participar en la construcción de la experiencia de la maternidad.

2.3. Castigo por no deseo

Las representaciones hegemónicas de la maternidad que la presentan como una experiencia univoca e ideal, donde el amor es natural e intrínseco desde el momento de la concepción tienen una importante responsabilidad en la construcción de la culpa y el arrepentimiento que sienten las mujeres que rechazan un embarazo en determinado momento de su vida. Para Luna y Luz esta culpa ha generado incluso que se sientan merecedoras de castigos y sanciones.

Como mencioné párrafos atrás durante todo el embarazo Luz se sentía molesta por el hecho de estar en embarazo y no podía dejar de sentir que no lo quería. Pero, cuando decidió contarle a su familia observo un cambio drástico en su cuerpo que le generaba inestabilidad y le ocasionaba frecuentes caídas, lo cual ella percibía como un castigo:

“Era tanto el peso que yo me iba, siempre que iba caminando me caía, me llegue a raspar los codos me raspe las rodillas. Yo me caía en la calle, me caía en todas partes, yo decía que eso era un castigo, yo decía: esto es un castigo de Dios por tanto que

renegué de que yo no quería ese bebe. No le compre nada al bebe, no le teníamos cuna, no le teníamos ropa, no le teníamos nada, porque como el papá era un degenerado que no daba plata, y como yo no hacia el esfuerzo adicional porque yo no quería otro hijo”.

Posteriormente tras el nacimiento del bebe, el no haber deseado el embarazo hace que se genere en ella un intenso sentimiento de culpa que ratifica en la mirada y el llanto del bebé, y aun hoy se disculpa por haberle rechazado durante el embarazo:

“Niño lloró y lloró mientras la enfermera lo tenía, pero me lo entregaban a mí y él bebé se quedaba calladito, pero él no me quitaba los ojos de encima; yo era cargándolo y él era así... y yo ¡dios mío! Yo me siento muy mal, yo me sentía triste, yo lloraba. Cuando ya entró pues el papá a verlo, eeh pues feliz pero igual el papá lo cargaba y el niño lloraba, con la única persona que no lloraba era conmigo. Pero yo igual si lo abrazaba, le pedía perdón, le pedí perdón muchas veces por lo que yo sentía, por todo lo que lo negué, incluso ahora que ya está grande... yo mi niño lo adoro, yo lo adoro. Y a pesar de que él no se parece en nada a mí, porque él es igualito al papá, pero yo si le he pedido mucho perdón por haberme comportado así, porque fue algo interno sea algo que yo no quería”.

Por otra parte, Luna describe la experiencia de un embarazo planeado en el que, a comparación de su primer embarazo, si se presentaban las condiciones adecuadas para ser madre: apoyo familiar, era un embarazo esperado y deseado, familia estable, un buen papá, y condiciones emocionales y económicas deseadas. Sin embargo, este embarazo no llego a término y tuvo una perdida. El avivamiento de la culpa tras esta situación la llevó a pensar que esto era un castigo por haberse practicado un aborto voluntario:

“Yo decidí tener a Sol y ¡decidí que la iba tener bien! Y que me iba a enfocar en que fuera una mujer feliz, de pronto cuando perdí a Miguel Ángel, yo siempre... en parte

no está bien, porque no tiene sentido, además no paso por eso. Pero siempre dentro de mí yo, yo le decía a Carlos: quizás esto es un castigo, un castigo de Dios por lo que yo hice. Cuando yo estaba tan triste porque perdí a mi bebé y estaba tan deprimida, yo no podía evitar pensar en que eso era un castigo, porque yo cometí un error, porque yo hice eso. Y después yo solita analizaba las cosas y decía: ¡No! Dios no es un Dios castigador. ¡No! Él no es un Dios que diga... él no me iba a castigar, me estoy castigando yo sola como una boba. Pero es un tema psíquico, ¿sí?, porque el vino acá para enseñarme algo, y ya y está arriba. Y es mío, será mi bebé toda la vida hasta que me muera, y solo vino a eso, a darme una lección de vida. Pero no, no fue porque yo hice algo o... Y no estoy llorando, estoy superando ese tema, porque eso a mí me pone muy mal, es muy triste para mí. Pero creo que ya estoy más liviana con el tema”.

Aunque racionalmente Luna sabe que no es esta la razón de haber tenido una pérdida de un embarazo deseado, ante la tristeza que le cuesta trabajo dejar de recordar y relacionar con esta situación. Esto muestra que existe efectivamente un estigma sobre las mujeres que se practican un aborto el cual opera y se incorpora fuertemente en los significados que las mujeres dan a las experiencias relacionadas con la maternidad.

En resumen, en las experiencias de Luna, Luz, Tatiana y Patricia, hay diferentes momentos en los que se ven confrontadas por el hecho de no desear un embarazo. Ante el primer embarazo que para ninguna de ellas fue planeado y algunas reconocen como no deseado, implica un resignificación de la experiencia como difícil pero afortunada porque les ayudó a madurar, a aprender y transformó sus vidas de manera positiva. Esto coincide con varios estudios realizados con mujeres jóvenes (González, et.al., 2010; Aparicio, et.al., 2015; Ortega; 2013) y encontrarlos con tanta fuerza y coherencia en sus relatos evidencia que esta resignificación es fundamental no solo en la adaptación para la tarea de ser mamás sino en su identidad misma como tales.

Sin embargo, a lo largo de su experiencia como mamás el “no desear un embarazo” se articula con la situación económica en la que se presenta y con las percepciones y experiencias de aborto, en los relatos entorno a estos temas emergen cuestionamientos sobre sí mismas, la culpa y la percepción de que son merecedoras de castigo por rechazar un embarazo o un hijo. Para ellas la elección de la maternidad está vinculada a un rechazo al aborto el cual es comprendido como un acto moralmente malo, principalmente desde el argumento religioso del pecado. Para la mayoría de ellas el aborto voluntario nunca fue una opción, aunque contemplaron el deseo de una pérdida ante el embarazo no deseado. En todo caso el pensar en no tener un hijo o efectivamente interrumpir voluntariamente un embarazo es asumido con culpa, tristeza, dolor.

Capítulo 4. Marcas que no se ven

Violencia de género un correlato de la maternidad

Algunos estudios señalan que ser madres jóvenes expone a las mujeres a uniones más tempranas, inestables y con ello a un mayor riesgo de sufrir violencia por parte de sus parejas (Komura, 2008; Urdinola y Ospino, 2010). Sin embargo, las historias de Luz, Luna, Patricia y Tatiana nos llevan a hacer una mirada más compleja de la violencia de género.

La violencia de género hace referencia a un tipo de violencia dirigido hacia las mujeres por el mero hecho de serlo. En Colombia La Ley 1257 de 2008 define la violencia contra la mujer como:

“Cualquier acción u omisión, que le cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual, psicológico, económico o patrimonial por su condición de mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, bien sea que se presente en el ámbito público o en el privado”⁷

Este tipo de violencia aparece en sus diferentes manifestaciones en los relatos de las cuatro participantes, parece ser una experiencia inevitable en la vida de las mujeres. Segato (2013) sugiere que dentro de un sistema de género que distingue y jerarquiza arbitrariamente entre lo femenino y lo masculino, la violencia aparece

⁷ Definición basada en la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer Convención de Belém do Pará (OEA, 1994)

como una forma necesaria de sostener estas relaciones desiguales de poder, es decir, más que un “resultado automático de la dominación masculina” es un mandato: “la condición necesaria para la reproducción del género como estructura de relaciones” (Segato, 2013, Pág., 13).

Así, no es de sorprenderse al observar que como correlato de las vivencias de la sexualidad y maternidad de estas mujeres emerjan diferentes situaciones de violencia en cada una de las historias de las participantes. La violencia de género se manifiesta en la vida de las mujeres de manera cotidiana, pues como dice Segato (2013) donde hay jerarquía tiene necesariamente que ser mantenida y reproducida por métodos violentos. Sin embargo, sus manifestaciones pueden ser más o menos visibles para cada una de ellas dependiendo en gran medida de los recursos materiales y simbólicos que le permitan identificar los actos abusivos y desafiar no solo a su agresor, sino a un orden social que legitima esta asimetría entre hombres y mujeres y que favorece el ejercicio del control y la violencia como parte del mantenimiento de esta relación jerárquica.

De acuerdo con el estudio realizado por López y Murad (2013), con base en las cifras de las Encuestas Nacionales de Demografía y Salud de 1990 al 2010, en Colombia la violencia contra las mujeres en sus diferentes manifestaciones aumentó de manera considerable en estas dos décadas y de la mano de esas cifras, aumentaron los estudios académicos y los avances normativos con respecto al tema. Sabemos que las cifras en relación con la violencia son problemáticas, pues el aumento en el porcentaje de mujeres que se identifican como víctimas de violencia, no necesariamente quiere decir que haya aumentado la frecuencia con la que se ejerce, sino más bien, es un indicador del aumento la denuncia y reconocimiento de ésta por parte de las mujeres. Es decir, estas violencias siempre han estado allí (y siguen estando) de forma invisible y naturalizadas por las mujeres.

Adicionalmente, como lo sugiere Segato (2003), aunque crecen los datos y las leyes para erradicar la violencia de género, es necesario la reforma misma de los afectos constitutivos de las relaciones de género tal y como la conocemos. Pues, desde su perspectiva, la violencia se ha establecido como dinámica tradicional de las relaciones jerárquicas de género, prácticamente inseparable de la estructura misma, de esta relación. Y es allí, precisamente, donde reside la dificultad de erradicarla.

Por esta razón he decidido dedicar este último capítulo a reflexionar a partir de las situaciones que relatan las participantes sobre las diferentes manifestaciones de violencia de género y su agudización en la intersección con la situación de clase y la edad. Y en este contexto me parece pertinente abordar las experiencias de violencia sexual durante la adolescencia, narradas por Luz; las situaciones de maltrato físico, verbal, psicológico y sexual que enfrentó Luna en la convivencia con el padre de su hija; y finalmente la violencia simbólica que Luna, Tatiana y Patricia experimentan sin notarlo al sobreponerse al estigma por ser madres fuera de los márgenes socialmente definidos.

1. Crecer con miedo: retratos de la violencia sexual en la adolescencia

En la historia de Luz, ante la pregunta por la forma en que le educaron en sexualidad ella comenta que aprendió a tenerle miedo a la sexualidad y a su cuerpo, debido al acoso de su hermano durante su adolescencia. La explicación que ella encuentra es que sus padres le escondían su cuerpo a su hermano generando en la curiosidad que motivaba los abusos (mientras dormía o se bañaba); a pesar de poner en conocimiento esta situación, su madre no le creyó y la culpó e insultó por levantar estas acusaciones en contra de su hermano. Esto sucedió hasta los 17 años cuando ante la amenaza de tener que convivir únicamente con su hermano y el temor de que éste abusara sexualmente de ella decide irse de la casa:

“Entonces mi hermano no podía acercárseme, si yo iba a cambiarme mi hermano no podía estar, y eso fue lo que le despertó a él la curiosidad, de ver qué era lo que le escondían en mí. Entonces hubo un tiempo en que por ejemplo yo me estaba bañando y él me piteaba por encima del muro, con un espejo, o sea fue tanto la perseguidora que yo ya ni me bañaba y me iba a estudiar sin bañarme; porque me daba miedo, de solo mirar el muro que era un nivel como más alto de la cabeza mía y ver un espejo ahí por donde él me estaba mirando. Era tanta la obsesión de él de quererme ver, que le hizo unos huecos a la pared del baño desde el solar y cuando yo me bañaba él iba y se asomaba por los huecos para mirarme y mi mamá no me creía. [...] Entonces yo crecí con miedo, crecí con miedo, yo dormía con mi papá y mi mamá, porque no había más donde y la casa, no era casa, eran dos piecitas: una era la sala y la otra era la cocina; entonces en la sala dormía mi hermano y en la cocina dormíamos mi papá, mi mamá y yo en una cama y yo dormía en el rincón. Y muchas veces yo era dormida y sentía que iban subiendo la mano sobándome hasta llegar a mis partes íntimas y yo me despertaba y era tal el susto que yo me pasmaba, y no era capaz ni de gritar, ni de moverme, nada, o sea totalmente pasmada. Eso fueron muchos años, gracias a Dios en esa época no me hizo nada, simplemente me tocaba. [...] Pero cuando ya empecé a crecer, que yo ya tenía como 14 años y me sentía más valiente, empecé a patear. Entonces cuando yo sentía que me... [Silencio]... estaba le boleaba pata, puño, lo que fuera; y ahí se despertaba mi mamá y me decía, me arañaba o sea me sacaba sangre de las rodillas dizque para que la dejara dormir. Entonces yo le decía: ma, pero es que me están tocando, y me decía: usted está loca, usted se lo está soñando, usted se lo está inventando. Y mi papá no la iba con mi hermano, ellos tenían una muy mala relación, entonces ellos vivían agarrados; resulta que mi papá en el fondo sí me creía, pero no le hacía nada a él por no enfrentarse con él, porque mi hermano había intentado matarlo una vez. Mi hermano se metió en malos vicios, en bandas, en todo eso... entonces mi papá por miedo no se metía con él. ¡Fue muy duro! Porque yo nunca había estado con un hombre, yo era una niña pues juiciosa”.

En este relato es posible observar la manera en que, dada la posición privilegiada dentro de un orden binario y jerárquico de género, que como hombre tiene el hermano de Luz, se justifique su curiosidad y se permitan las conductas abusivas hacia ella. El hecho de que no se cuestione el comportamiento de su hermano, que no se consideren las quejas de Luz y que se dude de su veracidad, son producto precisamente de las diferencias del valor que la palabra de cada uno tiene en este orden social. De esta manera se refleja la complicidad entre estas asimetrías de género y la violencia, demostrada en la capacidad de dominación sobre aquella que ocupa la posición débil de la relación de estatus (en este caso Luz), lo que explica la tolerancia de esta situación por tantos años y los ajustes que ella realizó para protegerse a sí misma.

Adicionalmente durante el transcurso de su adolescencia relata tres situaciones de abuso sexual, aunque no todas son reconocidas por ella como tales ninguna denunciada formalmente. Estas tres experiencias marcan la manera en que Luz vive la sexualidad durante esta etapa de su vida:

“En el barrio había un muchacho que a mí me gustaba mucho, entonces ellas [sus amigas] me insistían que saliera con él y yo: no, no soy capaz; y el muchacho era encima de mí y él era mayor, yo tenía 14 años y el man tenía 28, y él era muy mayor, yo decía: no, no soy capaz me daba mucho susto. Incluso una vez yo estaba en una fiesta... para yo poder ir a una fiesta una de... la mamá de una de mis amigas ella me llevaba, entonces nos llevaba a las dos para cuidarnos. [...] Pero una vez yo me le volé, porque llegó el muchacho que a mí me gustaba y me mandó a llamar con un amigo, y yo salí toda tímida y él cómo no era tímido porque él era mayor, entonces me montó en la moto y me llevó. Y cuando me llevó por allá intento pues buscarme el lado, y gracias a Dios, pues yo digo gracias a Dios porque yo sé que no... esa experiencia yo no estaba para vivirla a esa edad; yo tenía el periodo, y al estar así yo le dije que no, que yo no podía hacer nada con él, y él al ver que era verdad que yo estaba así, me

devolvió pa la fiesta. [...] Él me siguió buscando, yo nunca jamás volví a salir con él porque me dio mucho susto, de sentirme ahí me dio un susto terrible, entonces yo no volví a salir con él así él me gustara mucho. Yo seguí juiciosa, no volvía a fiestas, porque no me dejaban”.

Luz no nombra esta situación como un abuso sexual, a pesar de que en su narración es claro que no deseaba tener este tipo de contacto sexual, en esta situación es el hecho de estar menstruando lo que impide que se le forcó a tener una relación sexual más que su consentimiento a la situación, el cual es completamente ignorado por el abusador.

Esto se repetirá en las dos siguientes experiencias, donde su voluntad, su deseo y su decisión frente a su cuerpo son completamente ignoradas. En el sistema sexo/género como organizador de los afectos y las satisfacciones ha legitimado la fantasía que socialmente y culturalmente ha construido el cuerpo femenino como un objeto disponible para el placer masculino, y en complicidad con dicha fantasía estas situaciones de abuso son banalizadas. Incluso como lo muestra la siguiente situación hace que la denuncia y la sanción explícita por parte de Luz, no sea escuchada y por el contrario sea usada para perpetuar otro tipo de violencia:

Tenía un muy buen amigo, que se llamaba Fernando, que era como de mí misma edad... un poquitico mayor me llevaba como 2 añitos, él tenía 16 y yo 14, y él se había metido en malos vicios y eso. Y una vez él pasó y me gritó: ¡Flaca! ¿me acompaña donde mi abuela? [...] Y yo: ¡Vamos! Y como mi papá no estaba, yo me volé con él pa donde la abuela. Cuando llegamos donde la abuela, me dijo: ¿vamos pa la terraza? Entonces yo iba con una minifalda blanca, iba con una blusita así amarrada que en esa época se usaban acá. [...] entonces yo ese día iba con mi minifalda súper cortica, mi blusa por acá mostrando todo el abdomen, entonces mejor dicho súper mostrona. Nos fuimos pa donde la abuela y me invito pa la terraza, y yo inocentemente me subí con él para la terraza, y cuando estábamos allá intentó abusar de mí. Me rompió los

interiores, ¡fue horrible!, porque él sí logro meter... meterme la mano y me estaba doliendo, y yo era tratando de quitarme y yo le decía que yo nunca había estado con un hombre y no lo soportaba. Entonces él seguía encima y me salvó que él tenía un pantalón blanco y allá había un perro, y resulta que él se ensució el pantalón en las heces del perro, entonces él al ver que se había vuelto nada me dijo: espéreme acá que yo me voy a ir a cambiar y me dejó encerrada en la terraza, y la terraza era un tercer piso y él se bajó para donde la abuela a cambiarse el pantalón. ¡Yo me tiré! Desde allá hasta la calle. [...] Me tiré del tercer piso, sin interiores porque él me los había dañado, la minifalda se me rompió y me volvió nada, toda empantanada. Llegué corriendo a mi casa, toda sucia, que ¿Qué que me había pasado?, corriendo cogí unos interiores me fui pa el baño y me los puse como para que nadie viera, y llorando dije que me había caído, que era que me había caído y me había aporreado [...].

El haber pasado por esta situación generó en Luz vergüenza y culpa, lo que la llevo a aislarse:

¡Y yo dejé de salir un año! Yo solamente salía pa el colegio, por las mañanas me arreglaba me iba estudiar, regresaba corriendo porque literalmente corría, yo salía del colegio y salía como en una maratón corriendo para mi casa, yo no le hablaba a nadie. Mis amigas me decían: ¿usted qué tiene? ¿Por qué está corriendo? Y yo: no, no tengo que llegar a mi casa, pero yo era de miedo. Estuve encerrada un año hasta que cumplí quince años, cuando cumplí quince años le conté a una de mis mejores amigas, se llamaba Adelaida, me dijo: Venga ¿Usted porque dejó de salir?, nosotras salíamos por ahí en las noches, yo: ah no, es que Fernando me hizo esto, esto y esto. Cuando yo le conté, ella me dijo usted no... usted tiene que enfrentar la vida, usted no puede dejar que todo el mundo le haga las cosas y usted se quede como sin nada, es que sabe que la solución no es quedarse encerrada, entonces vamos a contarle a su papá. Y yo: No, no, no, a mi papá no. Yo con ese miedo, yo no, - entonces lo enfrentamos nosotras-, yo: ¡no yo no soy capaz!, -vamos-, y me llevó hasta donde estaban los muchachos, me llevó a enfrentarlo y a que lo insultara y a que le dijera un poco...y yo no era capaz,

[...] Y me tocó ir y enfrentarme y decirle un poco y decirle que lo iba a denunciar y que lo que me había hecho y más se negó, dijo que eso era mentiras que él a mí nunca me había hecho eso, que ¿yo de dónde me estaba inventando eso?, y yo le dije: ¿sabe qué? Si vine a decirle eso es porque no le tengo miedo. Y yo pasaba y el tipo me gritaba cosas, me hacía... lo que llamamos ahora bullying, yo pasaba él me gritaba cosas, me hacía sentir mal, a todos los amigos les dijo que yo me había acostado con él y eso es mentira).

Esta situación que es reconocida y cuestionada por Luz como abuso sexual, muestra la manera en que los valores morales y tradicionales que establecen diferencias de género en la vivencia “adecuada” de la sexualidad para unos otros, operan generando la culpa y vergüenza en Luz por un largo tiempo. Esto impide que busque formas efectivas de sanción para esta situación a pesar de reconocer la conducta abusiva de este hombre hacia ella como un delito. Adicionalmente, la complicidad con otros hombres igualmente privilegiados por el orden patriarcal hace que el intento de Luz por enfrentar al abusador y exponerlo socialmente sea usado por éste para difamarla, y dicha difamación es acogida y perpetuada en la medida en que sostiene las jerarquías propias de las relaciones de género así concebidas.

Esta cadena de violencias concluye con un abuso sexual en lo que ella considera su primera relación sexual:

“Hasta que ya como a los 17, 18, a los 18 años me conseguí un noviecito [...] empezamos a charlar, la familia de él me cogió mucho cariño, y mi mamá le cogió mucho aprecio al muchacho, entonces ya me dejaba ir allá los fines de semana, la mamá de él se comprometió a que si yo iba ella me iba a cuidar, que no sé qué, que pues no me iba a pasar nada. ¡Pues un día me pasó! Pues no me acuerdo ni me di cuenta la verdad: Estábamos en una fiesta en la casa de él, yo nunca he bebido, nunca me ha gustado el trago, y ese día él me hizo tomar un trago, y hasta ahí es donde me acuerdo.

Yo solo sé que al otro día yo amanecí acostada con él, toda en sangrada, vuelta nada, muerta de la pena. Yo le dije a la mamá de él que era que me había venido el periodo, yo: ¡Ay Doña Marta qué pena! Es que me vino el periodo, yo no me puedo parar de esta cama ¿yo que voy a hacer? Y mentiras que era que él había abusado de mí. Entonces cuando yo le pregunté a él que qué me había pasado, que, porque yo estaba así, me dijo que lo perdonara, que él no sabía que yo era señorita, que... y yo: pero es que yo a usted nunca le dije que me quería acostar con usted, o sea ¿en qué momento paso esto? -No es que yo le eché no sé qué en el trago. No sé qué me había echado, me echó en el trago porque con los amigos que estaba le dijeron: ¿usted es que es bobo? Esa vieja no le va a dar nada, vea échele esto. Y como yo nunca bebía ni nada me hizo más efecto porque quedé privada hasta que yo no me acordaba de nada. Pues ahí yo perdí mi virginidad y ni cuenta me di. [...] Entonces al otro día me levanté, la mamá de él me dijo: Mija, yo a usted la quiero mucho, pero Óscar no se la merece, usted es una muy buena persona, y yo le recomiendo que lo deje. La misma mamá de él, desde ese día yo no volví con ese tipo, yo no volví allá. Él me buscaba, me rogaba, él iba a buscarme hasta mi casa y yo: no, yo no quiero tener nada con usted. No lo volví a ver, me alejé totalmente de él, él me busco mucho tiempo, pero yo no... no le preste atención, para nada”.

Así las vivencias de Luz alrededor de su sexualidad, están marcadas por hechos de violencia explícita de carácter sexual. Donde el su cuerpo es tratado como materia disponible para la satisfacción de los hombres que realizan los actos abusivos, estas conductas son justificadas y banalizadas, mostrando la complicidad de las desigualdades de género con el ejercicio de la violencia. Y finalmente Luz, aunque reconoce y agrupa estas situaciones como abusos no contaba con los recursos materiales y simbólicos para enfrentarse a un orden social que los legitima:

“Cuando yo le conté, ella me dijo usted no... usted tiene que enfrentar la vida, usted no puede dejar que todo el mundo le haga las cosas y usted se quede como sin nada, es que sabe que la solución no es quedarse encerrada, entonces vamos a contarle a su

papá. Y yo: No, no, no, a mi papá no. Yo con ese miedo, yo no, -entonces lo enfrentamos nosotras-, yo: ¡no yo no soy capaz!, - vamos-, y me llevó hasta donde estaban los muchachos, me llevó a enfrentarlo y a que lo insultara y a que le dijera un poco...y yo no era capaz, porque es que yo mi temperamento no era así, o sea yo la mujer que soy ahora eso no existía. Porque yo en este momento soy una persona, súper clara en lo que quiero, le respondo al que sea, nunca me quedo cortica, le tengo el argumento que sea y a la persona que sea. Y a mí en este momento nadie se me orina encima, como yo decía en esa época, que pesar, pero yo había crecido así”.

Producto de estas situaciones Luz aprendió a temer a su propio cuerpo y a su capacidad de placer, haciendo que para ella las relaciones sexuales sean un tema difícil, y que ciertas prácticas sexuales le generen ansiedad, pánico, o somatice el temor frente a los abusos antes cometidos:

“Para mí fue... una relación sexual era muy dura por lo que me había pasado con mi hermano. Entonces por ejemplo si yo estaba durmiendo y me tocaban, pues yo lo cogía a puños, pues porque yo me sentía que era otra persona que me estaba tocando. Entonces por ejemplo el papá de mis hijos no entendía eso, él decía: No, es que usted no quiere estar conmigo; y la verdad ¡No! Me daba mucho miedo, pues me sentía intimidada [...] Cuando empecé con el papá de mis hijos ¡fue duro! Incluso cuando él se consiguió la novia, él me echó la culpa a mí, él dijo que él se había conseguido otra persona era por mi falta de interés en él, que porque como yo no le brindaba lo que él esperaba de una mujer”.

2. Yo dije que ese día me moría: ciclos de violencia en la relación de pareja

Ante la noticia del embarazo, Luna y su pareja decidieron vivir juntos. Alberto, su pareja, tenía una casa propia, herencia de sus padres; esta opción resultaba estratégicamente favorable para ahorrar para la llegada de su hija. Luna

optó por algunas estrategias de flexibilización laboral para poder atender los cuidados de su hija en los primeros meses de vida.

Sin embargo, como lo sugiere Pineda (2011) muchos de estos ajustes que las madres trabajadoras hacen en su actividades laborales como: jornadas más cortas, trabajo informal, cese de actividades para responder a situaciones especiales por las que atraviesan sus hijas/os; ubican los ingresos de ellas en un lugar secundario frente a su pareja, produciendo un ahondamiento de la división sexual del trabajo y una dependencia económica de sus parejas, que las coloca en situaciones de vulnerabilidad frente a la violencia de género.

Y esto fue precisamente lo que le sucedió a Luna. Ella cuenta:

“La bebé nació, estando embarazada tuvimos problemas y estando embarazada él me pegó la primera vez, me empujó por las escaleras y yo pues... esa fue la primera vez que él... y me trató mal me dijo groserías; pero pues ya te cuento la situación en la que estábamos, yo no tenía para donde irme, ni plata ni nada entonces pues... y medianamente acostumbrada a que me pegaran pues...”

La convivencia implicó paulatinamente que tenía que hacerse cargo del trabajo doméstico y del trabajo de cuidado de las personas con quienes convivía (pareja, cuñado, e hija) esto independiente de que ella al igual que él trabajara, y además estudiara. La obligación del trabajo doméstico llegó al punto de ser una tarea supervisada por él quien la infantilizaba tanto en la instrucción como en la revisión de este y adicionalmente empieza a ser una de las causas del maltrato físico:

“Alberto siempre me trato como si yo fuera una niña, y como pues yo estudiaba, mi mamá nunca me enseñó a lavar la ropa ni me enseñó a no, yo no sabía cocinar, no, no lo sabía, entonces él me enseñaba. Pero me enseñaba como si fuera mi papá y como mi mamá me trataba, o sea él llegaba a la casa y revisaba el aseo, revisaba así (pasa el dedo sobre la superficie de un mueble) si tenía mugre o no tenía mugre y si tenía mugre

me trataba muy mal y me pegaba, me pateaba las piernas si la cama no estaba bien tendida; entonces él llegaba a las 7, entonces yo hacía aseo durante el día, pero a la seis y media de la noche yo volvía y recomponía todo, limpiaba el polvo, todo estaba perfecto, así terminé siendo o sea que cosa tan absurda!”

La convivencia con el papá de su hija duró 8 años, durante este tiempo recibió todo tipo de violencias desde verbal, física hasta violencia sexual. Este ciclo de violencia que se incrementa progresivamente a pesar de sus esfuerzos por poner límites llega al punto de sentir que puede matarla: *Yo empecé a pedirle a Dios y al Universo que yo ya no quería estar ahí, ¡ya no más!, él me iba terminar matando, te lo juro, él iba terminar matándome si seguíamos así.*

Lo que cabe resaltar aquí, es que, para Luna, una de las principales razones para tolerar esta situación era evitar que su hija repitiera el maltrato que ella recibió de su madre y que faltara el padre en su estructura familiar:

“[...] mi vida iba alrededor de Sol, osea [sic.] Yo amaba a mi hija al 100% y por ella iba a hacer lo que fuera; parte de quedarme con Alberto es que yo no quería que mi hija viviera sin su papá como yo, ni tampoco quería que mi hija viviera lo que yo viví con mi mamá entonces yo me esforzaba mucho porque Alberto tuviera una buena relación con la niña, así no la tuviera conmigo, así yo tuviera que aguantarme muchas cosas”.

De manera que tolerar una situación violenta incluso al punto de considerar morir en ella, estuvo por mucho tiempo centrada en garantizar la estabilidad y estructura familiar que ella no tuvo.

Finalmente, a pesar de haberse separado Luna, se ve enfrentada a una situación extrema en la que la violencia es empleada por su expareja como una forma de control con el propósito de reafirmar su lugar dentro de un sistema patriarcal que se había visto cuestionado por el hecho de que Luna se fuera de la casa:

“Yo me fui el 20 de julio y un 31 de Octubre de ese mismo año, y yo no volví a entrar a la casa porque él se ponía muy grosero y muy agresivo conmigo, entonces ese día me convenció de que fuera y me encerró, ese día yo dije que ese día me moría, ese día casi nosalgo viva de ahí, ese día no sé cómo paso que me pude salir viva de ahí ; él tenía una peinilla, me pegó con la peinilla y me dijo que me iba a matar porque yo le decía que: no quiero vivir con usted, además usted está enamorado de alguien, entienda que esto no es sano, esto no está bien, no podemos vivir así, no quiero vivir con usted. Entonces él seguía diciendo que yo me creía mucho porque estaba en la universidad y que me iba matar y que si yo no era para él no era para nadie y que eso no iba a pasar. En algún momento yo dije este man ya... yo me senté en un rincón de ese cuarto donde me encerró y dijo ya, ya me cansé me agote, o sea ya que pase lo que quiera, y me quedé callada y me agaché, esperé que él hiciera lo que dijo que iba a hacer [pausa corta] y milagrosamente me dijo: tiene 5 minutos para irse cuando yo vuelva no la quiero ver acá. Y yo no me podía levantar porque me dejó tirada en el piso y Sol tuvo que entrar con Fabián, con el hermanito menor que es como mi hijo putativo, y me tuvieron que sacar de la casa alzada, porque yo no podía caminar; Sol no se acuerda de eso, ella ese día lloraba y yo hoy le pregunto, pero ella no se acuerda de eso. Y después de esa situación yo ya no volví a hablar con él nunca, no le volví a pedir nada, no necesitaba que me diera nada. Yo no hablaba con él, o sea yo no pasaba al teléfono, yo no hablaba con él nada, o sea él y Sol, quería ver a la niña me mandaba a decir con alguien y yo mandaba a Sol y él la traía y ya”.

De manera que a lo largo de la convivencia con el padre de su hija Luna, presencia la manera en que la desigualdad de género habilita las conductas violentas de diferente tipo para mantener este orden social. Este tipo de violencias se originan en el entramado de relaciones de género que la legitiman y agudizan, y su continuidad evidencia la presencia de una violencia estructural constitutiva del género (Segato, 2003).

CONCLUSIONES

Estudiar las experiencias de la maternidad de Luz, Luna, Tatiana y Patricia como un proceso mediante el cual se ubican o son ubicadas dentro del orden social (Scott; 2001), siendo este lugar desde el cual le dan sentido a lo que han vivido en su historia como mamás, necesariamente, implicó analizar la forma en que la lógica binaria y jerárquica de género opera en la configuración de sus experiencias y se conecta con otras formas de desigualdad de poder como la edad y la clase.

Desde esta perspectiva las historias de vida de las participantes me permitieron: en primer lugar analizar la manera en que el género como significante primario de las relaciones de poder configura los significados que le dan a su experiencia como “**madres jóvenes**” y posteriormente como **madres trabajadoras**, y desde allí señalar la forma en que ellas han incorporado y/o dado nuevos sentidos a los discursos de la maternidad a partir de las situaciones particulares que se les presentan desde este lugar. En segunda medida, llevaron a reflexionar sobre a) las posibilidades que ellas tienen de **decidir sobre la maternidad** y de albergarla o no en su deseo y b) sobre la **violencia de género** como un correlato de sus vivencias en relación con la sexualidad y la maternidad.

Producto del análisis de su experiencia como “madres adolescentes” o “madres jóvenes” es posible observar que la maternidad adquiere un carácter “problemático” en la intersección de: una definición de adolescencia y juventud como un periodo de transición y formación para la vida adulta desde los discursos médicos, psicológicos y de la escolaridad formal, y las demandas de autorregulación de la conducta de las mujeres jóvenes, especialmente relacionada con la sexualidad y la reproducción, con miras al cumplimiento de ciertas metas sociales de inserción laboral, escolar y configuración familia heteronormadas (Viveros, 2004).

Este razonamiento neoliberal de autogobierno desde la libertad ha sido incorporado por las participantes y se evidencia en la evaluación que hacen de su experiencia como madres jóvenes en las que se asumen como responsables del estancamiento en sus trayectorias educativas y laborales (Tatiana, Patricia y Luna) o concretamente de una situación económica desfavorable (Luz). Por otra parte, esta concepción de maternidad como una falla en la educación de la familia y de la escuela, y como la responsable de limitar el desarrollo individual (Melo, 2010) es usada para interpretar la experiencia de la maternidad y la paternidad de la hija de Luz y el hijo de Patricia, respectivamente.

Así, las madres adolescentes, en el marco de la definición de la adolescencia como un periodo de transición, en el que se espera la autorregulación y aplazamiento de la sexualidad y la reproducción con para que puedan de ciertas metas sociales, implica la normalización temporal y vital de la maternidad: ser madre, joven y pobre es percibido como “anómalo”, y una alteración al “orden social”.

Bajo esta definición subyace el señalamiento que Luna y Tatiana experimentaron a través de diferentes manifestaciones rechazo y aislamiento en los diferentes contextos en que se desenvolvían marcado de manera importante la manera en se han construido y reconocido como madres. En primer lugar, porque les implico responsabilizarse de la falla en la implementación de este “calculo reproductivo” que les corresponde como mujeres y como jóvenes y en segunda medida las llevó a reinventarse como “madres” colocando la centralidad de su proyecto de vida en la maternidad “es el motor de mi vida” o bien aludiendo a las transformaciones que adquieren valor en el ejercicio de la vida adulta “valiente”, “responsable”, “madura”.

Por otra parte, las participantes cuestionan la construcción de la adolescencia como un periodo de transición con unas características y comportamientos

definidos, en la medida en que en sus experiencias no existían las condiciones de estabilidad económica y social que les permitieran transitar por esta etapa de esta manera, pues en esta edad Luna, Luz y Tatiana debieron asumir roles y comportamientos adultos como una inserción temprana al mercado laboral, la independencia de su núcleo familiar, y en última instancia la maternidad.

Sin embargo, aparece la figura de las “niñas de la casa” como la forma de reconocerse a sí mismas en el momento en que quedaron en embarazo, incorporando en esta expresión las diferentes formas de gobierno sobre la sexualidad que experimentaron durante su adolescencia, apoyadas en un modelo de feminidad “adecuado”.

De esta manera, entre el estigma sobre la maternidad adolescente, su resignificación a través de la responsabilidad y la madurez que adquirieron como madres y el gobierno sobre la sexualidad durante su adolescencia reconocido a través de la figura de las “niñas de la casa” estas mujeres construyen una representación de sí mismas como “madres jóvenes” gestada en medio de una contradicción que les impide encajar a estos criterios biológicos y psicológicos que definen la adolescencia y la juventud: son muy jóvenes para ser madres, pero a la vez el haber elegido serlo las hace más maduras y responsables, más adultas.

En segundo lugar, el hecho de que Luz, Luna, Patricia y Tatiana a lo largo de su historia se hayan caracterizado por ser mujeres activas dentro del mercado laboral, es una particularidad que permite analizar complejidad de la relación entre maternidad y clase más allá de afectación en sus trayectorias educativas y laborales. En este sentido, para ellas desde el momento del embarazo, la maternidad ha estado marcada por las tensiones entre el trabajo remunerado y la responsabilidad de cuidado de sus hijos e hijas.

Para poder conciliar estos dos aspectos, estas cuatro mujeres ponen en marcha su flexibilidad y creatividad para generar estrategias que les permitan garantizar el cuidado de sus hijas/os sin descuidar sus actividades laborales: fomentar una participación activa de su hija en su propio cuidado (Luna), el apoyo en otras mujeres de la familiar articulándose en una red de cuidado (Tatiana), o la contratación del cuidado (Luz).

A pesar de que el ser madres trabajadoras genera cuestionamientos a la división sexual del trabajo, siguen siendo ellas, y no los padres, las principales responsables de resolver y garantizar de forma efectiva el cuidado de sus hijos. Cuando acceden a apoyos externos para cubrir el cuidado de sus hijos cuando ellas no están presentes, como la red de apoyo familiar del cuidado o la contratación, son exclusivamente mujeres quienes asumen las labores, sosteniendo de esta manera la asignación de las labores reproductivas a las mujeres y su correspondiente carencia de reconocimiento y valor dentro del mercado.

Así mismo, muchas de las tareas que las participantes de la investigación realizaban en la cotidianidad para el cuidado de sus hijos e hijas, dentro de una división sexual, binaria y jerárquica de las labores productivas y reproductivas, carecían de reconocimiento y visibilidad. La decisión de la hija de Tatiana y los hijos de Luz de irse a vivir con sus padres y exigencia de la 'cuota de alimentos' hecha por Patricia al padre de unos de sus hijos, hacen que las participantes reconozcan los esfuerzos materiales y emocionales invertidos en el cuidado de sus hijos y a cuestionar la falta de reconocimiento de estos en la medida en que se han naturalizado como producto del afecto y el instinto inherentes a la maternidad.

Desde esta perspectiva, las definiciones que las participantes de la investigación tienen sobre lo que significa ser una "buena madre" remite a su deseo de actuar de

una manera moralmente correcta en su relación con sus hijos e hijas, dentro de la cual el cuidado juega un papel fundamental

En tercer lugar, llamó mi atención que la resignificación de un embarazo no deseado fuera un aspecto central y en común en las historias de vida de las cuatro participantes de la investigación. Todas han enfrentado situaciones en las cuales no deseaban un hijo o no hubieran querido continuar con el embarazo, sin embargo, desarrollan argumentos para hacerlo y tramitan a lo largo de su historia este “no deseo” de diferentes maneras. El “no desear” un hijo se contrapone a los discursos de una maternidad idealizada y en las historias de estas mujeres implican tramitar la culpa, el juicio y cuestionamientos sobre ellas mismas como madres.

En este sentido, Luna, Tatiana, Luz y Patricia, asumen la maternidad en un momento en que no lo deseaban como una oportunidad para transformar positivamente sus vidas, lo cual más allá de ser una estrategia que permite su adaptación a la tarea de ser mamá, se convierte una forma de sobreponerse a los discursos que sancionan una maternidad no planeada, pero sobre todo que se presenta fuera de los discursos hegemónicos heteronormativos y adultocéntricos que la configuran.

Finalmente, al tocar el tema de la de la sexualidad, como un correlato de la maternidad, emergen diferentes situaciones de violencia dirigida hacia ellas por el único hecho de ser mujeres. Esto me lleva a pensar que la cotidianidad con la que experimentamos como mujeres diferentes tipos de violencia en nuestra vida, pone de manifiesto un orden social patriarcal que distingue y jerarquiza arbitrariamente entre lo femenino y lo masculino, y en el marco del cual la violencia aparece como una forma ‘necesaria’ de sostener estas relaciones desiguales de poder (Segato, 2013).

Esta necesidad de la violencia para reafirmar esta “jerarquía de género” se refleja en las experiencias de violencia sexual durante la adolescencia, narradas por Luz; las situaciones de maltrato físico, verbal, psicológico y sexual que enfrentó Luna en la convivencia con el padre de su hija; y finalmente la violencia simbólica que Luna, Tatiana y Patricia experimentan sin notarlo al sobreponerse al estigma por ser madres fuera de los márgenes socialmente definidos. Estas manifestaciones son más o menos visibles para cada una de ellas dependiendo en gran medida de los recursos materiales y simbólicos que les han permitido identificar estos actos abusivos y desafiar no solo a su agresor, sino a un orden social que lo legitima.

En resumen, al buscar comprender la manera en que se configuran las experiencias de la maternidad de estas cuatro mujeres adultas que fueron madres jóvenes, se pone en tensión una representación hegemónica e idealizada de la maternidad como adulta, deseada, responsable, cualificada, enmarcada en una familia convencional. Esta concepción de la maternidad se ha configurado a partir de discursos dominantes como: una identidad femenina homogénea cuyo eje central es la maternidad; de la división sexual del trabajo y su consecuente distribución de las tareas productivas y reproductivas de manera binaria y jerárquica; del modelo neoliberal de gobierno de la vida en el que el autorregulación es la base para garantizar el bienestar colectivo e individual y dentro del cual las mujeres tienen una especial responsabilidad de controlar su reproducción; todos ellos enunciados que son ordenados a partir de la distinción arbitraria, binaria y jerárquica de categorías sexuadas.

Bibliografía

- ALVARADO, Ricardo., MARTÍNEZ, Oscar., BAQUERO, Margarita., VALENCIA, Catalina., RUÍZ, Ángela (2007). Problemática en torno al embarazo en adolescentes de 14 a 19 años, en Nocaima (Cundinamarca). *Revista Ciencias de la Salud*, 5 (1), pp. 40-52.
- AGURTO, Gladys (2012) *Construcción Subjetiva de Madres Adolescentes acerca de su Maternidad y proyecto de vida, Residentes En Sectores Vulnerables De La Comuna De Cauquenes*. Tesis de grado de Magíster en Familia con mención en mediación familiar. Universidad del Bío-Bío, Concepción, Chile.
- AGUILERA, Paulina (2010). Sexualidad y maternidad adolescente en el “plan nacional de prevención del embarazo en adolescentes en ecuador”: identidad, subjetividad y corporalidad. *Revista Salud, Sexualidad y Sociedad* 3 (2).
- ARNIJO, Lorena (2016) *Ciudadanía y cuidado en España: El dilema trabajo/familia según las madres trabajadoras*. *Psicoperspectivas*, 15 (3), pp. 87-10
- APARICIO, Elizabeth (2015) 'I want to be better than you:' Lived experiences of intergenerational child maltreatment prevention among teenage mothers in and beyond foster care. *Child and Family Social Work* 2017, 22, pp. 607-616
- APARICIO Elizabeth, PECUKONIS, Edward., O'NEALE, Shalita (2015) “The love that I was missing”: Exploring the lived experience of motherhood among teen mothers in foster care. *Children and Youth Services Review*, 51 (2015), pp. 44-54.

BAKER, Joanne (2009). Young mothers in late modernity: sacrifice, respectability and the transformative neo-liberal subject. *Journal of Youth Studies*, pp. 275-288.

BARRERA, Felipe e HIGUERA, Lucas (2013) Embarazo y Fecundidad Adolescente. FEDESARLLO Serie de Documentos de Trabajo. 24., pp. 1-23.

BATTHYÁNY, Karina (2007) Articulación entre vida laboral y vida familiar. Las prácticas de cuidado infantil de trabajadoras asalariadas de Montevideo. En Gutiérrez, M.A., *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política.* (pp. 213-23). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. 2007.

BELLO, Jeisson (2013) Cuerpos encerrados, vidas criminalizadas. Interseccionalidad, control carcelario y gobierno de las diferencias. Tesis De Maestría en Estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia Bogotá, Colombia.

BENAVIDEZ, Alexandra (2008). Algunas ideas en torno al embarazo adolescente: Un ejercicio Biopolítico. Tesis Maestría en Derecho. Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

BINSTOCK, Georgina y NÄSLUND-HADLEY (2010) Iniciación sexual, asistencia escolar y embarazo adolescente en sectores populares de Asunción y Lima: una aproximación cualitativa. *Debates en Sociología* 35, pp. 45-67

BINSTOCK, Georgina, y NÄSLUND-HADLEY, Emma. (2013). Maternidad adolescente y su impacto sobre las trayectorias educativas y laborales de mujeres de sectores populares urbanos de Paraguay. *Papeles de población*, 19(78), 15-40.

- BINSTOK, Georgina (2014) Maternidad adolescente en Argentina: Factores asociados en contextos sociales vulnerables. Estudio de caso múltiple. Investigación para Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, Foz de Iguacu. 2016.
- BOAS, Taylor y Gans-Morse, Jordan (2009). *Neoliberalism: From New Liberal Philosophy to Anti-Liberal Slogan, Studies in Comparative International Development (SCID)* **44** (2). pp. 137-161.
- CASTRILLÓN, Sandra (2010) La función del embarazo en adolescentes sobre la resignificación de la sexualidad. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 28 (1), pp. 42-47
- CLEVES, Sonia, DEAZA, Nany y TOVAR, Diana (2010). Aproximación a los significados de la gestación y maternidad que construyen adolescentes y jóvenes de la localidad de Engativá-Bogotá. Tesis de Grado Pregrado en Enfermería. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- CRESWELL, John (2003) *Research design: Qualitative, quantitative, and mixed method approaches*. Estados Unidos. Ed. Sage Publications, Inc.
- CHECA, Susana (2008) "Introducción. Aproximaciones a la problemática de la sexualidad adolescente". En Susana Checa (comp.). *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*. Paidós Tramas Sociales. Buenos Aires.
- Facundo, Ángela (2006): "Los padres y las madres de la patria. Representaciones médicas de las mujeres en Bogotá a comienzos del Siglo veinte". En: Rivera, Rodríguez, Viveros (Comp.) *De mujeres, hombres y otras ficciones, género y sexualidad en América Latina*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Tercer Mundo. (pp. 77 - 95).

DELPHY, Christine, (1993,). "Rethinking sex and gender", in *Women's Studies International Forum*, 16(1), pp. 1-9. Pergamon.

DÍAZ, Jorge (2009). Estado social de derecho y neoliberalismo en Colombia: estudio del cambio social a finales del Siglo XX. Virajes: antropología y sociología. No. 11, Enero - Diciembre 2009, págs. 205 - 228.

FERNÁNDEZ, Ana María (2006) *La Mujer de la Ilusión*. Buenos aires, Argentina. Ed. Paidós.

FLEITAS, Reina (2000) *Identidad femenina y maternidad adolescente en Cuba*. Doctor en Ciencias de una Especialidad, Universidad de la Habana.

FLÓREZ, Carmen y SOTO, V. (2013). Factores protectores y de riesgo del embarazo adolescente en Colombia. SERIE DE ESTUDIOS A PROFUNDIDAD ENDS 1990 - 2010. Profamilia. Bogotá. Colombia.

FLÓREZ, Carmen (2004). *Fecundidad adolescente en Colombia: incidencia, tendencias y determinantes. Un enfoque de historia de vida*. Bogotá, Colombia.: Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, Facultad de Economía y Departamento de Psicología de la Universidad de Los Andes.

FOLCHI, Mauricio (2007) *La higiene, la salubridad pública y el problema de la vivienda popular en Santiago de Chile (1843-1925*. En: Loreto López, Rosalva coord. *Perfiles habitacionales y condiciones ambientales. Historia urbana de Latinoamérica, siglos XVII-XX*. México, 2007. p. 361-390.

GALINDO, Camila (2012) *Análisis del embarazo y la maternidad durante la adolescencia: diferencias socioeconómicas*. *Revista Desarrollo y Sociedad*, 69, pp. 133-185.

- GAMBOA, J. (2007). Actitudes Lingüísticas Y Culturales De Las Madres Adolescentes En El Desplazamiento Forzado En Colombia. En Medina, M., Dominguez, E., Icaza, R. (Eds.) *Género y globalización en América Latina. Décimo aniversario de la Red Haina (1996-2006)* (pp. 93-112).
- GAVIRIA, Silvia y Chaskel, Roberto (s.f) Embarazo en adolescentes de América Latina y el Caribe: impacto psicosocial. 12 (3). Pp. 5 -16.
- GAVIRIA, Alejandro (2000) Decisiones: sexo y embarazo entre las jóvenes colombianas. Coyuntura Social, FEDESARROLLO. pp. 83- 95.
- GÓMEZ, Constanza, PÉREZ, Karina y DUSSERT, Denisse (2012) Sin tiempos: entre la jornada de trabajo femenino y la maternidad en un contexto laboral flexible. *Laboreal*, 8 (1), pp. 85-98
- GONZÁLEZ, Electra, y MOLINA, Temístocles. (2007). Características De La Maternidad Adolescente De Madres A Hijas. *Revista chilena de obstetricia y ginecología*, 72(6), 374-382
- GONZALES, Roció., ROBLES, Francisco, y GALICIA, Iris. (2010) Hacia una nueva maternidad: relatos de mujeres que fueron madres en la adolescencia. *Alternativas en Psicología*, 15 (23), pp. 23-31.
- HALL, Stuart (2010): "El trabajo de la representación". En: Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (Ed) *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, sede ecuador. Envión editores. (pp. 447 - 482).
- HARAWAY, Donna. (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.

HERRERA, Raquel., BLANDA, Elizabeth., y GARCIA, Silvina (2002) El yo en crisis: embarazo adolescente. *Psicología: Teoría e Práctica*, 4 (1), pp. 73- 79

HERRERA, Raquel., AMAYA., Juanita y BLANDA, Elizabeth (2012) Identidad y embarazo adolescente.) El yo en crisis: embarazo adolescente. *Psicología: Teoría e Práctica*, 4 (1), pp. 73- 79

JORDÁN, Vanessa (2013) Representaciones sociales del embarazo en adolescentes embarazadas y no embarazadas procedentes de la subregión sur del Valle del Cauca. Tesis Magister en Psicología. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.

KOMURA (2008) Maternidad en la adolescencia en una comunidad de bajos ingresos: experiencias a través de historia oral. *Rev Latino-am Enfermagem*. 16(2). Recuperado de: www.eerp.usp.br/rla.

LLANES, Nathaly (2013). Acercamientos teóricos a la maternidad adolescente como experiencia subjetiva. *Sociológica*, 27 (77), pp. 235-266

LLANEZ, Nathaly (2014). Significaciones de la maternidad adolescente entre mujeres jóvenes residentes en Buenos Aires, Argentina: CLACSO.

LO Camilla, TUNG Keith., CHAN KO Ling, YIP Pau., LAU Joseph, WONG Wilfred, WONG Rosa, TSANG Anita, TSANG Hannah, TSO Winnie, IP Patrick (2017). Risk factors for child physical abuse and neglect among Chinese young mothers. *Child Abuse & Neglect* 67 (2017), pp. 193-206.

LÓPEZ, Claudia, MURAD, Rocio y CALDERÓN, María Cristina (2013) Historias de violencia, roles, prácticas y discursos legitimadores. *Violencia contra las mujeres en Colombia 2000-2010. Estudio a Profundidad Basado en las Encuestas Nacionales de Demografía y Salud - ENDS - 1990 / 2010.*

- MARCÚS, Juliana (2006) Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad. *Revista Argentina de Sociología*, 4 (7), pp. 99-118.
- MATURANA, M. (2013). Narrativas identitarias en mujeres que decidieron asumir un embarazo no planificado: algunas historias de construcción de la maternidad. Santiago de Chile, Chile: Tesis Maestría en Psicología Clínica de Adultos. Universidad Santiago de Chile.
- MARTÍN Palomo, (2011). "Domesticar" el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. En: *El trabajo y la ética del cuidado*. Pascale Molinier y Luz Gabriela Arango, compiladoras. Universidad Nacional de Colombia. La Carreta editores, Medellín, 2011.
- MCDERMONTT, Graham y HAMILTON, Val (2004) Resilient young mothering: social inequalities, late modernity and the 'problem' of 'teenage' motherhood. *Journal of Youth Studies*, 8 (1), pp. 59- 79.
- MCDERMONTT, Graham y HAMILTON, Val (2004) Experiences of Being a Teenage Mother in the UK: A Report of a Systematic Review of Qualitative Studies. Informe de Investigación.
- MEADE Cristina, KERSHAW, Jeannete e ICKOVICS, Kerchaw. (2011) *The Intergenerational Cycle of Teenage Motherhood: An Ecological Approach*
- MELO, Marco (2010). "Como el cangrejo". La construcción de un problema social: los discursos de la prensa bogotana (El Tiempo, El Espacio y el Nuevo Siglo) sobre el embarazo adolescente, 2000-2007. Universidad nacional de Colombia. Tesis maestría en estudios Culturales. Bogotá Colombia.

MOLINIER, Pascale (2011). Antes que todo, el cuidado es un trabajo. En: Molinier, P. y Arango, L.G. (comp.), *El trabajo y la ética del cuidado*. Universidad Nacional de Colombia. La Carreta editores, Medellín, 2011.

MULHERIN, Kate., y JOHNSTONE, Melissa (2012). Qualitative accounts of teenage and emerging adult women adjusting to motherhood. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 33 (4), pp. 388-401.

NIETO, José Miguel, RINCOÓN, Luz, ÁVILA, Samuel, MARIÑO, Yenifer y FORERO, Maryely (2011). Aproximación a los significados de la maternidad, Paternidad y embarazo adolescente en contextos de desplazamiento. En: UNFPA y Secretaria Distrital de Salud. *Embarazo adolescente en Bogotá. Construir nuevos sentidos y posibilidades para el ejercicio de los derechos*. Bogotá, Colombia.

NGUM Chi Watts y LIAMPUTTONG, McMichael (2015). Early motherhood: a qualitative study exploring the experiences of African Australian teenage mothers in greater Melbourne, Australia. *BMC Public Health*. 15 (873). DOI 10.1186/s12889-015-2215-2

NOBLÉGA, Magaly (2009). La maternidad en la vida de las adolescentes: implicancias para la acción. *Revista de Psicología*. Universidad Católica del Perú., Vol. XXVII, N° 1, pp. 30-54.

NÚÑEZ, Jairo y CUESTA, Laura (2006) Qualitative accounts of teenage and emerging adult women adjusting to motherhood. Investigación fue financiada por Profamilia para la Misión para el Diseño de una Estrategia de Reducción de la Pobreza y la Desigualdad.

ORTEGA, Ana. (2013). Antes, durante y después del embarazo adolescente: Proyectos de vida y vivencias sobre su sexualidad. Tesis de grado Maestría

en estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

PALOMAR, Cristina (2005). Maternidad: Historia y Cultura. Revista de Estudios de Género. La ventana, 22, pp. 35-67.

PALOMAR, Cristina (2017). "Malas madres": la construcción social de la maternidad. Debate Feminista, Vol. 30 (OCTUBRE 2004), pp. 12-34

PALINTELIDES, Edith (2004) Aspectos sociales del embarazo y la fecundidad adolescente en América Latina. En: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL, y la colaboración del Centre de Recherche Populations et Sociétés de l'Université de Paris X-Nanterre. La fecundidad en América Latina: ¿Transición o revolución? (pp. 167-182).

PEDRAZA, Zandra (2008): "Al borde de la razón: sobre la anormalidad corporal de niños y mujeres". En: Herig Torres (Ed.) Cuerpos anómalos, colección estudios histórico-político del mundo transatlántico, Tomo II. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. (pp. 205 - 234.).

PENAGOS, Gloria., RESTREPO, María., CORREAL, Elvia, GONZÁLEZ, Valentín., BEDOYA, Paula., y RESTREPO, Aura., (2007) Cambios en la vida de las mujeres adolescentes a consecuencia de los embarazos y partos de sus hijas/os nacidos entre los años 2002 y 2004 en Medellín. Informe de investigación: Red de prevención del embarazo adolescente en Medellín. Proyecto Sol y Luna.

PINEDA, Javier (2011). La carga del trabajo de cuidado distribución social y negociación familiar Molinier, P. y Arango, L.G. (comp.), El trabajo y la ética

del cuidado. Universidad Nacional de Colombia. La Carreta editores, Medellín, 2011.

PUYANA, Yolanda y BARRETO, Juanita (1993) La historia de vida: Recurso en la investigación cualitativa. Reflexiones metodológicas. *Maguare*, 15, pp. 185-197.

QUINTERO, Angy y ROJAS, Héctor (2015) El embarazo a temprana edad, un análisis desde la perspectiva de madres adolescentes. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 44, pp. 222-237.

RAMÍREZ, María Himelda (2006): "El poder de la imagen: la devoción mariana, al niño Jesús y a la sagrada familia" y "La coexistencia de la perfecta casada, la mística, la beata y las demás mujeres". En: de la misma autora *De la caridad barroca a la caridad ilustrada: las mujeres, el género y la pobreza en la sociedad de santa fe de Bogotá, Siglo XVII y XVIII*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Facultad de ciencias humanas. (pp. 105 - 113) y (pp. 114 - 126).

REYES, David, y GONZÁLEZ, Esmeralda (2014) Elementos teóricos para el análisis del embarazo adolescente. *Revista Latinoamericana Sexualidad, Salud y Sociedad*, 17, pp.98-123

REDACCIÓN JURIDICA, (3 de febrero del 2016) ¿Cómo acordar la cuota de alimentos de mi hijo? *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/acordar-cuota-de-alimentos-de-mi-hijo-articulo-614474>.

RITT, Pereira, Levandowski (2017). Analysing the Experience of Motherhood Among Adolescents Living With HIV. *Psychology, Community & Health*, 2017, 6(1), 16-27, doi:10.5964/pch.v6i1.185

- RODRÍGUEZ, José Manuel (2003) La producción de la subjetividad en los tiempos del neoliberalismo: hacia un imaginario con capacidad de transformación social Cuadernos de Relaciones Laborales, Vol. 21, núm. 1 89-10
- ROJAS, Jorge (2006) La sociedad neoliberal. Sociedad Hoy, núm. 10, primer semestre, 2006, pp. 41-72. Universidad de Concepción, Concepción, Chile.
- ROJAS, Dalia, ALARCÓN, María Helena., y CALDERÓN, Bertha. (2010) Vivencia del Embarazo en Adolescentes en una institución de protección en Colombia. Index Enfermería, 19 (2-3).
- SALAZAR, Andrés, RODRÍGUEZ, Luisa Fernanda, y & DAZA, Rodrigo (2007). Embarazo y maternidad adolescente en Bogotá y municipios aledaños: consecuencias en el estudio, estado civil, estructura familiar, ocupación y proyecto de vida. Persona y Bioética, 11(2), 170-185.
- SALETTI, Lorena (2008) Propuestas Teóricas Feministas en Relación al Concepto de Maternidad. CLEPSYDRA, 7, 169-183.
- SERRANO, José Fernando (2004). *Menos querer más de la vida. Concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos*. Siglo del Hombre Editores- Universidad Central-DIUC. Bogotá.
- SCOTT, Joan. (1993) La mujer trabajadora en el siglo XIX. En: Duby, G. (dir.) y Perrot, M. (dir.). Historia de las mujeres en Occidente. Vol. 4. (pp. 405-436).
- SCOTT, Joan (2001). La experiencia. Traducción de Moisés Silva. Revista la Ventana. N.13 2001. Pag.43-73.
- SCOTT, Joan (1986) "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (compiladoras), Sexualidad, género y roles sexuales, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, pp. 37-76.

Disponibile en: Segato, Rita Laura (2003). Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los Derechos humanos. Buenos Aires, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes.

SHAMI, Michal y KOSHAL, Rinat-Billy (2000) "Motherhood Starts in Prison": The Experience of Motherhood Among Women in Prison. *Family Process*, 47, (3), pp. 323-340.

TOBIO, Constanza (2012) Conciliación O Contradicción: Cómo Hacen Las Madres Trabajadoras. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 97(02), pp. 155-186.

TURNER, Katrina (2004). Young Women's Views on Teenage Motherhood: ¿A Possible Explanation for the Relationship between Socioeconomic Background and Teenage Pregnancy Outcome? *Journal of Youth Studies*, Vol. 7, No. 2, pp. 221-238.

URDINOLA, Piedad y OSPINO, Carlos (2010) Long-term consequences of adolescent fertility: The Colombian case. *Demographic Research* 32 (55), pp., 1487-1518. DOI: 10.4054/DemRes.2015.32.55.

VÁSQUEZ, Fredy., RENGIFO, Lina., PERDOMO, Diego., y ACEVEDO, Carolina (2012) Embarazo no deseado en adolescentes: problemática social permanente. Caso: El Calvario. [Con] *Textos*. 1(2), pp. 65-72.

VIVEROS, Mara (2004). El gobierno de la sexualidad juvenil y la gestión de las diferencias. *Revista Colombiana de Antropología*, 40, 155-184.

ZAMBRANO, Gloria, Vera, Silvia y Florez, Lisset. Relación entre funcionalidad familiar y las estrategias de afrontamiento utilizadas por adolescentes embarazadas. *Revista Ciencia y Cuidado*, 9 (2), pp. 9-16.

Ministerio de Salud y Protección Social -MSPS- y Fondo de Población de las Naciones Unidas -UNFPA- (2014) "CONPES social 147/2012: Instrumentos para la intersectorialidad a nivel local. Definiciones teóricas, políticas y programáticas". Bogotá, Colombia.

WALKERDINE, Valerie (2003): Reclassifying Upward Mobility: Femininity and the neo-liberal subject, *Gender and Education*, 15:3, 237-248. To link to this article: <http://dx.doi.org/10.1080/09540250303864>